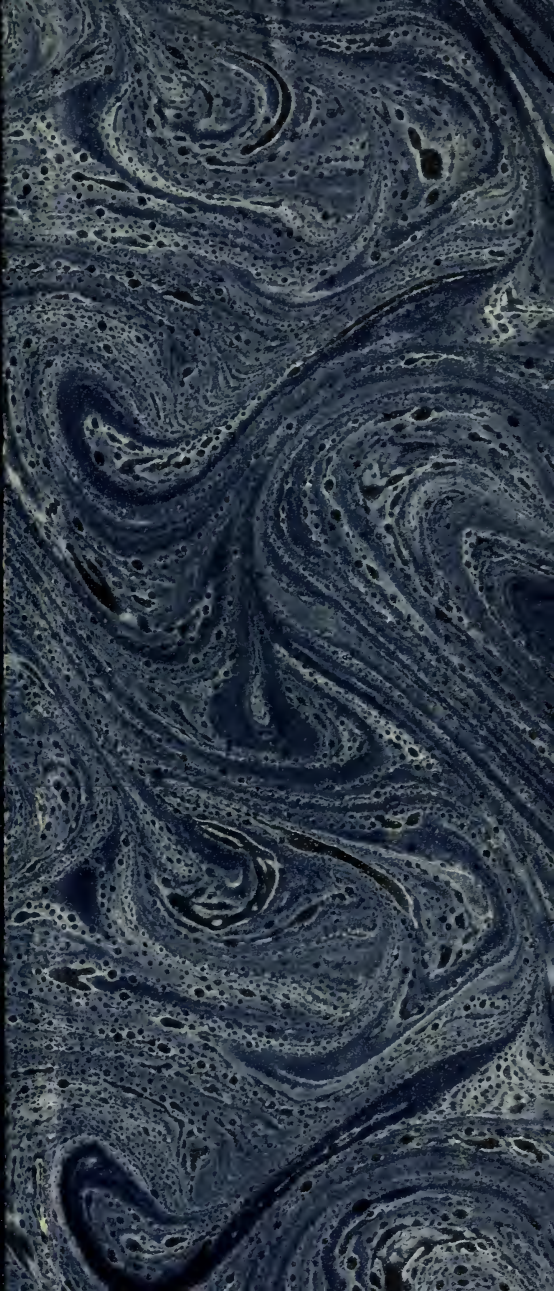

PQ7797
.S72
C8

RC
1-14-74

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.S72
C8

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418475

Cuentos de mi padre

DEL MISMO AUTOR

—

Poesías (1880-1895. París) . . . . . 1 vol.
Croquis de Italia (París, 1896) . . . . . 1 vol.
Aires de Montaña (París, 1896) . . . . . 1 vol.

EN PRENSA

Cuentos de Edelina . . . . . 1 vol.

EN PREPARACIÓN

Sobre arte . . . . . 1 vol.
Quince días en Tanger (novela) . . . . . 1 vol.
Escenas de viaje (España, Francia y Países Bajos) . . . . . 1 vol.
Por la Pampa y los Andes . . . . . 1 vol.
Cuentos internacionales. . . . . 1 vol.
Poesías (1895-189...) . . . . . 1 vol.
Curado (novela) . . . . . 1 vol.

RC
C.
PQ779
.S72
C8

Francisco Soto y Calvo

Cuentos
de
Mi Padre

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE DEL PERÚ — 680

1897

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/cuentosdemipadre00soto

EL DORADO DE LAS PIEDRAS

EL DORADO DE LAS PIEDRAS

—Cierto es — dijo mi padre una tarde en que sostenía conmigo acalorada discusión, — que la civilización tiene sus grandísimas ventajas, y no he sido yo jamás de los que abominan de ellas : pero no es menos verdad que el carácter de nuestros lugareños ha experimentado cambios capaces de quitarle las condiciones de sencillez y franqueza que antaño lo distinguían...

—La naturaleza humana es muy dada á entonar elegías — le interrumpí, diciendo — y tú cantas las que tus descepciones naturales te han inspirado en el largo transcurso de tus ochenta y tres años de vida. ¡ Quisiera yo haber visto la *sencillez*

y franqueza de bárbaros que vivían en eterno *casus-belli*!

—Pues precisamente eso era lo curioso. La mentira, la deslealtad y el doblez, ni aún para con el enemigo eran empleados. Pero no; he dicho irreflexivamente — y aquí no vendrá mal otro asombro tuyo, hijo mío — he dicho irreflexivamente para con el enemigo; pues no conocí ni un caso de hombre alguno que habiendo sembrado odios hubiera de cosechar tempestades. Además, no hago sociologías. Tú deducirás de los hechos la moral que creas pertinente: yo me reduzco á citarlos. Por otra parte, no era virtud la magnanimidad en aquellos corazones exhuberantes; la generosidad brotaba de la tierra como un hálito capaz de saturar cuanto alcanzaran sus ondas. ¿Qué quieres? Así se nacía y dijérase que el mismo suelo, pródigo en extremo, iba expandiendo y haciendo necesario para la respiración de sus habitantes un como desdén caballeresco por la hacienda y por la vida, del que aún hoy quedan por todos los rincones de nuestra patria los magníficos resíduos. ¿Que el embrión de estas virtudes, la semilla, estuviera en la sangre española? ¡Santo y

bueno! Pero no me negarás halló aquí para su germinación tierra bastante adecuada. La caballerosidad alejada de las miserias que envilecen la existencia en los países muy poblados, necesitaba germinar como lo hizo, en tan grande alejamiento para alcanzar el desarrollo obtenido por esa virtud entre nosotros. Y fué así cómo por algún tiempo pudimos poner á raya la mezquindad y falsía de la civilización europea. Desgraciadamente éstas fueron supeditando á la hidalguía castellana y forman hoy como el sedimento que, allá en el fondo de nuestro sér, va depositando el cosmopolitismo invasor que nos conquista. Si, hijo mío, somos mezquinos y falsos más por educación que por timidez nativa.

Mi padre al decir ésto clavó en los míos sus ojos penetrantes y como yo levantara las manos al cielo, en actitud de librar la cabeza de un derrumbe, prosiguió:

—¿Exageración? ¡Lo será tanta cuanta quieras! Pero el positivismo práctico de esta civilización egoísta de que ahora nos envanecemos y que nos va amasando á todos en una misma levadura y haciéndonos un montón de pueblos sin forma propia, no ha creado un tipo, ni con mu-

cho, digno de reemplazar al del gaucho que acaso tan irreflexivamente nos hemos empeñado en proscribir no sólo del mundo de nuestras artes, sino también del de nuestros íntimos recuerdos.

— ¡ Pero hombre ! — exclamé riendo — si tus característicos personajes le partían á uno el corazón con el cuchillo por un quítame allá esas pajas ! ¡ Prefiero nuestra falta de *forma* á tener la mía expuesta á que me la reforme el puñal de un desalmado !

Mi padre no pareció inmutarse ante la justeza é inflexibilidad de mi aserto, y repuso :

— Verdad dices. Aunque en proporción no eran tantas las muertes ni las heridas como lo son hoy, á pesar de policías y civilización. Un insulto, un golpe, se cobraba inmediatamente en moneda de puñaladas ; pero después de satisfecho el primer impulso bestial, en el cual sólo Dios sabe la parte que al espíritu del hombre le cabía, se olvidaba todo ; y muchas, pero muchas veces, el perdón seguía á la ofensa ó la reconciliación á la riña. El arrebato era violentísimo en aquellas naturalezas de brutos ; pero su misma violencia parecía arrancar de cuajo las pasiones

malsanas que lo producían, como esas grandes erupciones de la piel que acaban por purificar la sangre. Tú conocerás hoy todavía mucha gente inclinada á plantar *frescas*: pues no la impele otro móvil sino el de dar gusto al espíritu gauchesco en ella transvasado al hombre de escuela y que, traído del campo á la ciudad y conservado en el seno de las familias, se fué desbastando sin perder por eso su combatividad nativa. Mirado bien el caso, esa gente agresiva es plausible: pues allá en el fondo de sus groserías, se halla la franqueza primitiva que en los mejor educados no queda hoy ni en proporciones infinitesimales.

Cierto ejemplo curioso de desarrollo de esta condición de franqueza — prosiguió mi padre, ya inspirado por el calor de la polémica — conocí en San José, hace más de treinta años, en la residencia señorial del General Urquiza, cerca de la Concepción del Uruguay.

Me hallaba yo... pero ya te haré el relato esta noche después de cenar. Ahora, — terminó levantándose y dirigiéndose al extremo del corredor donde se veía un banco lleno de pertrechos de caza y pesca

—ahora, aprovechemos de que el sol se ha nublado para ir á recorrer el espinel.

¡Vicioso — exclamé riendo — vas á dejar mal recuerdo en la población acuática de la laguna de Obligado!...

Oye — me interrumpió — y ¿qué dirías tú si lleváramos la fisga?

¡Bueno! Bueno. En marcha... Ya veo se trata de una expedición en toda regla.

Cargado yo con los remos de la canoa, con largas cañas para pescar y con el paquete de trozos de carne prevenida para cebar los anzuelos del espinel, rompí la marcha. Mi padre iba detrás de mí llevando la fisga, y sobre el hombro, pasado por el cabo de ésta, un pequeño banco de plegar, su inseparable compañero de excursiones; en el vano de cuyo asiento se encerraban ovillos de líneas aparejadas de antemano y ya con cebo.

Los opacos guardafuegos de las nubes bermejas, inmóviles en ese entonces, hacían del antes riguroso día estival, una de-

liciosa tarde de otoño. Saturadas del perfume excitante de la vegetación de las islas, venían desde estas continuamente las ráfagas cuyo frescor derramaba en contorno un casi palpable contento de la existencia...

Descendimos por la vereda tortuosa de la barranca y nos enselvamos pasando por bajo espeso monte de talas centenarios. Una calandria ensayaba, oculta en las reconditeces del gran domo de verdura, sus inagotables creaciones...

Mi padre se detuvo á escucharlas. Yo me volví hacia él. Descollaba la figura del anciano en medio de tupido marco de verdura y tenía iluminada la expresiva fisonomía por vivo rayo de luz que en forma de lluvia de oro rociaba desde la cúpula cerúlea y le formaba en contorno como una gloria de sol. Su cuerpo se destacaba sobre el fondo perlino de la laguna cuya agua volvía escamosa, al pasar rizándola suavemente, el airecillo escarciador que discurría entre los sauces llorones como haciéndoles cosquillas.

Fuí á hablar.

— ¡Psit! Calla — me dijo mi padre por lo bajo — mira hacia allí: un idilio. — Y ex-

tendiendo el brazo me mostraba en dirección á la linda hacienda de La Fortuna, en el claro del soto, un risueño cuadro de poesía bucólica. Lo componía como primer personaje cierta muchacha que contaría á lo sumo diez y seis años; era una de esas criollitas aceitunadas en donde todo movimiento es armonía y toda mirada fuego. Apoyaba su pecho en el tejido de alambres del vallado que cierra la propiedad por el linde de la hacienda precitada, y lo hacía con gracioso abandono de lascivia americana, en tanto que, del otro lado, en mi misma propiedad, un muchacho robusto, el cual nos volvía la espalda, uníase con la moza en grupo estrecho como que estaban ambos platicando intimamente al amor y al arrullo de la incitante naturaleza paranaense. Tamizada la luz por el nutrido follaje que la desperdigaba sobre la alfombra de verdura de la cuesta, iluminaba tan sólo á medias la escena; y los viejos talas, cumpliendo su deber, callábanse muy discretos, como expertos hilvanadores de voluntades que son desde que Dios los nació en estas tierras de espontánea galantería.

Pero el movimiento producido en las ra-

mas por nuestra entrada en el bosque, hizo enmudecer y escapar luego volando atropelladamente á la calandria que acompañaba con sus trinos las ternezas del casal amartelado; todo lo cual, dió aviso de la proximidad de algún ente indiscreto á los personajes del idilio.

La muchacha se ocultó entonces rápidamente entre las malezas bajo la espesura del arbolado, y el zagal comenzó á trepar por el barranco, después de haber vuelto con inquietud investigadora la cabeza hacia nosotros.

— ¡Pedro! — grité al reconocerle.

— ¿Patrón? — contestó el muchacho deteniéndose en una meseta de la cuesta y sombreando con la mano las pupilas.

— ¡Ven aquí! — le dije.

El hermoso garzón después de haber solevantado respetuosamente el sombrero, bajó á saltos la barranca. En pocos de ellos estuvo á nuestro lado.

— Toma la canasta que lleva el señor — le dije. — Estos remos, ahora; y vamos á ver si fisgamos un buen pacú.

Pedro estaba más rojo que las flores de los ceibos que sacudió con el chambergo é hizo caer deshojadas á sus plantas al ir

á ponerse en marcha. Con pretexto de acomodarse el sombrero y esquivando de la rama la cabeza, fijó el mozo sus ojos un segundo en los míos, y apresuró luego el paso. Mi padre le dejó pasar adelante y exclamó con socarronería, como si se refiriese á los pacús que dije querer fisgar:

— Hoy sí los vamos á sorprender dormidos y hasta sin perros!

¡Qué se le había de escapar al avispado muchacho la indirecta! Cruzó empero silencioso la planchada; inclinó un poco el cuerpo hacia delante; pisó en el centro de la canoa; depuso sobre las bancadas de ella toda la carga que conducía en hombros; tomó de nuestras manos la llevada por nosotros; y luego comenzó á achicar afanosamente el agua de la embarcación, sirviéndose para ello de un jarro viejo lleno de aboyaduras, el cual de tiempo en tiempo lucía al sol como una lente despidiendo haces vivos de fulgurantes destellos.

★

Pocos minutos después bogábamos todos tres hacia la isla.

La placidez del ambiente era tan dulce, la calma de la naturaleza decía á mi oído con tal arrobo — "¡sé bueno!" — que no pude contenerme; y fijando los ojos en Pedro, que llevaba los suyos bajos mientras remaba callado, le pregunté, con intención de ayudarle en sus amores si pensaba en ellos sériamente.

— ¿Conque parece que te está gustando Paula?

El muchacho se puso aún más colorado que estaba; y mordiéndose los labios contestó:

— Así será... señor...

Comprendí abrigaba el temor de que yo hiciera broma de sus amores y respetando tales dudas no le dije una palabra más sobre el asunto.

— ¡Hacia el pajonal! — ordené, dando un golpe al mismo tiempo con la pala,

para desviar la canoa de un camalote arrastrado por la corriente.

— ¿El patrón va á chucear sábalos? — preguntó el muchacho.

— Nó — contesté sonriendo de puro contento que estaba, — queremos fisgar un pacú. ¿Te parece bien la hora?

— ¡Psit! — Siseó mi padre de pie en la proa con el gancho de recorrer el espinel en una mano; y al hacerlo vivamente nos impuso silencio con la otra poniéndose el índice extendido sobre los labios en actitud misteriosa.

Habíamos llegado cerca de la embocadura del arroyo Tia Lucha, punto para el pescado semejante á la Avenida Alvear para los paseantes de Buenos Aires.

Por tal razón mi padre bautizó ese paraje con el sonoro nombre de "Palermo de los dorados"; porque saliendo éstos de las profundidades acuáticas, acuden allí en cardúmenes como á lucirse y pasear sus caparazones de oro, en tanto chupan el zumo de juncos y camalotes bajo las reconditeces transparentes de los arbolados á cuyo pie el agua modesta busca un sombroso retiro. Arriba, los sauces varias veces centenarios, mueven las lacias guedejas

entregándolas á las brisas de la tarde que las peinan con cariño. Los inmensos troncos, que el reflejo parece cortar en dos y dobla y blandea á voluntad en el inquieto vaivén del agua, reposan sobre la hoja de acero de la sensible superficie, y derraman hasta lo más hondo las sombras de sus ramajes ; cuyas manchas transparentes son agujereadas aquí y allí por los movibles caparazones auríferos de los dorados ó el peto de plata fúlgida de los reposados pacúes.

— ¡ Chist ! — insistió mi padre arrancándome de la contemplación que llevaba mi atención y mis miradas á todos estos encantos de la orilla. Luego, dirigiéndose á Pedro: — ¡ Más despacio !— dijo; y vuelto á mí, á media voz: — ¡ Á la izquierda, á la izquierda ! ¡ Á rodear la valiza !

La canoa como deslizándose de costado contrarió la corriente, é impulsada por los remos y dirigida por la pala se inclinó casi imperceptiblemente, describió pequeña curva y llegó hasta la lata que, brillando con intermitencias á la luz, marcaba el arranque del espinel balanceándose en el agua. Poco á poco la embarcación fué recostándose en el acero extendido que mi

padre recogía. Iba saliendo ese del río como un largo fleco de agua del cual contrahacían borlones los anzuelos descarnados ó con cebo; los que, una vez revisados, volvían al seno líquido despojados de las heces con que los había envuelto la corriente.

De pronto, como á quince metros hacia adelante de la canoa, el agua bulló con un hervir afanoso; y rota en cristales nos dejó ver enorme trozo de oro que se revolvía entre las linfas alborotadas de su seno. El trozo de oro saltó luego al aire; dando en la líquida plancha al caer un potente coletazo, se hundió rudamente en ella desparramando los vellones de espuma y flores de nácar que formaron las burbujas arrebatadas bien pronto por la corriente, como para tachonar con sus pétalos la tranquila superficie del río.

— ¡ Ya lo tenemos ! ¡ Ya lo tenemos ! — Clamó mi padre, contento como unas pascuas — ¡ Con tal que no sea éste *el dorado del "Las Piedras"* !

Extendió luego el gancho, cogió con él el grueso cordel de alambres que se estiraba como si fuera á cortarse, ó se aflojaba y torcía y retorcía volviéndose sobre sí

mismo, á modo de esos cordones nuevos de cáñamo que repliegan las cortinas; y después de mil precauciones, pues el espinel se zamarreaba ferozmente, mi padre fué, con lentitud, pasando los anzuelos uno á uno. Pero á medida que la canoa se aproximaba hacia el punto donde luchaba el prisionero, los esfuerzos de éste se hacían más evidentes. Mi padre zarandeaba el cordel en balanceo adormecedor al contrastar los esfuerzos del pescado. Uno de ellos, sacando al pescador de su aplomo, le hizo perder la estabilidad, caer sobre la borda y meter ambos brazos en el agua. Yo me lancé hacia el caído mientras Pedro trataba con los remos de conservar en equilibrio la frágil embarcación.

—¡Caramba!—dijo mi padre riendo; en tanto se levantaba y proseguía su tarea escurriéndose las mangas—¡caramba! Seguramente; debe ser éste el dorado del "Las Piedras"—Y al decirlo dió con la fisga en el agua revuelta un tan fiero saetazo, que yo le pregunté si se proponía traspasar el río todo y su álveo y la costra de la tierra y pasando al través de ella herir de muerte un antípoda.

Mi padre no contestó á mi chascarrillo;

pero espesa mancha roja, como fuera la de una inmensa rosa del Paraná, quedó flotando en el agua una vez calmado el gran tumulto que respondió en ella al lanzazo. Comenzó entonces el pescador á traer hacia sí con una mano el alambre y con la otra la caña de la fisga que se cimbraba con violentos encontrones.

Al punto apareció en la borda de la canoa la gran cabeza cuadrada de un hermoso monstruo del río, cuyo blando cuerpo de oro coleteaba y hacía dengues, mientras los salientes ojos vidriados parecían implorar piedad al cielo.

—¡Hermoso animal!—exclamaba mi padre haciendo esfuerzos por retirarlo del agua.

Yo sonreía en la popa de la canoa contrarrestando el impulso de la corriente, la que casi del todo vencía Pedro bogando con suavidad, á fin de mantenernos á igual distancia del espinel, mientras mi padre desenganchaba el anzuelo de las enormes fauces del dorado.

Al cabo el aureo cuerpo blandiente cayó tendido en el fondo de la canoa; volvió el anzuelo al agua; la embarcación pasó por encima del espinel; reflejóse en la ya lím-

pida superficie del río la figura de ermitaño de mi padre sentado de nuevo en la proa del esquife; y Pedro antes de empezar á remar en la dirección primera, volviéndose en la bancada descargó dos secos golpes con el lomo del cuchillo sobre la cabeza del pescado cuya boca se abría y se cerraba ya en las ansias de la muerte.

Mi padre reía encantado con la presa y quiso volviéramos en seguida á casa.

Una vez ante ella, ya no hubo medio de decidirle á dejar en poder de los criados su conquista. Ayudó á Pedro que, por no arrastrarla, traía sobre el hombro la gran pieza cuya sangre le manchaba la blusa azul. En el corredor enfrentado al río se comenzó la limpieza del pescado, en medio de las exclamaciones de la familia admirada de la magnitud y hermosura de la presa.

Á poco nos dejaron solos en la operación á mi padre y á mí. Huían todos, chicos y grandes, de las reverberaciones del sol que

por entre los claros de las viajeras nubes bajaban á cada instante hasta la caldeada planicie de la campiña.

Corrí entonces la cortina á fin de atemperar el bochorno, y recordando la exclamación de mi padre al sacar del agua el pescado, le pregunté:

—¿Y qué diablos es éso de *El dorado del Las Piedras*? Nunca te había oido semejante reminiscencia.

—¡Ah!—me repuso muy serio mientras movía sin descanso el cuchillo separando los intestinos del pez, los cuales por estar éste ya colgado del gancho del techo caían en gran tacho apercibido al efecto debajo de su ancha cola.

El dorado del Las Piedras, será tal vez algún día interesante y filosófica leyenda pulida y engarzada artísticamente por algún poeta de Entre-Rios. Hoy es tan sólo el recuerdo de un hecho vulgar al que abona la veracidad que te he dicho era el distintivo característico del campesino en èpocas ya pasadas. Aquí mismo, hace pocos momentos,—y mi padre levantó al decir esto la cabeza luminosa para fijar la mirada de sus grades ojos en los míos,—hace pocos momentos Pedro nos ha dado

la mejor prueba de la transformación que en demérito del campesino la civilización ha operado en su carácter. ¿Por qué esa falta de ingenuidad que ayer formaba su encanto? Doroteo el caballerizo y asistente del General Urquiza, de quien creo haberte hablado en distintas ocasiones, se hubiera hoy conducido de muy diversa manera.

Una tarde, nos hallabamos reunidos con el gobernador y sus ministros, algunos amigos y varios jóvenes llegados hacía poco de Buenos Aires. Estábamos sentados en el corredor de la gran casa cuadrada de San José. Ocupábamos el alero enfrentado hacia el poniente. En medio del hervor de conversaciones de actualidad más ó menos apasionadas, observábamos cómo los últimos rayos del sol salían de su disco á flor de tierra en vivaz chisporroteo, á modo de esos suspiros del fuego que se exhalan de la llama del alcohol en agonía; y el General, que si no muy instruido era indudablemente de inteligencia y sagacidad poco comunes, y suspicaz y socarrón y taimado por extremo, se empeñaba en hacer creer á los de la reunión que le formaba corte, y sobre todo á los rábulas ó tinterillos Porteños, como los llamaba, que él,

el brillante vencedor de Caseros, había tomado en serio el novelesco "Viaje á la Luna" acabado apenas entonces de publicar en castellano: publicación que fué el faraute encargado de derramar el nombre de Julio Verne como en un eco triunfal á los cuatro vientos, sobre la faz aún no muy culta de la República Argentina.

El terrible caudillo tal vez reía en su interior pensando en las conversaciones que, sobre su credulidad, tendrían luego entre sí aquellos *diplomáticos* anhelosos de hallar en él lo que sólo, como te he dicho, se encontraba en el seno de la vida pastoril, en el aislamiento campesino: la excesiva ingenuidad no fué virtud capaz de hacer pecar al socarrón general, ni aún en aquellas poquísimas ocasiones en que según cuentan solía soñar á voces. El ambiente de las alturas del solio ha sido siempre mal sano para el ave sencilla cuyo canto anhelaban oir los delegados; por eso en el fondo de la escena que te relato palpitaba una severa lección.

—No crea usted General—decía uno de los tinterillos—si eso es novela; si no se puede ir á la Luna; si es sólo una bella fantasía de poeta...

— Hum. Hum. Bien lo arreglan todo ustedes los doctores con sus benditas novelas y poesías. Hum. Hum. El hombre cuenta que ha ido y debe ser cierto... en una bala de cañón... grande, muy grande! —proseguía el astuto.

—No crea usted, General...

—Hum. Hum. Siempre: ¡no crea!; siempre: ¡no crea!... Doroteo — dijo al asistente — traeme agua.

Doroteo llegó al instante con la enorme azumbre de loza azul y blanca, de la que el general trasegaba habitualmente al estómago más de un litro: mitad de su contenido, cada vez que la empinaba; y al presentársela muy serio, él, el *bagual* Doroteo, á quien los ¡Hum! del gobernador no intimidaban, acaso por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, él: — Vea, patrón — prorrumpió, sin apresuramientos y sin excogitar la frase — Vea, patrón, que no ha de ser cierto... lo del galopecito hasta la Luna.

Quedaron todos aterrados. Lo menos que esperaban era oir decir al general, después de algunos Hum... contenidos: — Andate á lo oscuro... Andate á lo oscu-

ro; presentate al Comandante; — y ver se llevaran el gaucho al calabozo.

Pero los sucesos no pasaron como lo imaginaban los porteños.

— Hum... Hum... — balbuceó el general por entre los labios plegados. — Qué sabés vos, bagual! — Y volviéndose hacia el grupo — Y ¿por qué no ha de ser cierto que la Luna esté habitada y se pueda ir hasta ella? — nos preguntó.

Es debalde patrón — afirmó el asistente que se había quedado con el jarro vacío entre las manos, en pie delante del general, quien lo envolvió con un relámpago de sus ojos punzadores.

— Ahora sí lo hace castigar — me dijo por lo bajo mi vecino, un joven porteño cuya cabeza estaba llena con los relatos mentirosos de las crueldades atribuidas en Buenos Aires al poderoso caudillo.

Pero volvió á atemperarse la mirada fulgente del general y como soñoliento le fué preguntando al gaucho:

— Vamos á ver... Hum... Doroteito... ¿por qué no ha de haber gente en la Luna?

— Usté lo sabe más bien que yo, patrón.

— Pero ¡vamos á ver! dilo: ¿por qué?

— Pero... ¿qué quiere que haiga? Si hu-

biera gente en la Luna — canturreó contoneándose el paisano — y si hubiera campos y haciendas como usté dice, patrón, ¿de ande se le iba á haber á usté escapao de tener por allí también alguna buena estancita?

La carcajada del general, al verse halagado en su vanidad de hombre rico, permitió salieran las que en nuestro interior retozaban.

— ¡De juro! — agregó el gaucho dirigiéndose á nosotros — y ya tendría por allí vaquitas mestizas y parejeros...

Y luego, entre las carcajadas de todos se fué el paisano hasta junto al brocal del pozo, donde comenzó á entonar una milonga, en tanto que el chirriar de la cadena del balde al descender hasta el agua, le hacía como un extraño acompañamiento.

Pues bien, ese hombre tan franco, — prosiguió mi padre, cuando yo hube reído también la ocurrencia del gaucho — que no tuvo jamás reparo en manifestar cuan-

to le ocurría á las mientes, y dudaba estuviese habitada la Luna porque no se extendía aún hasta ella el poder de su señor, conservó siempre una ingenuidad y sinceridad verdaderamente evangélicas.

Entre las muchas creencias disparatatadas arraigadas en su sereno espíritu, fué la que más me impresionó, la referente al dorado del "Las Piedras".

Una tarde, sentados Doroteo y yo junto al margen del arroyo que divide la isla grande frente al puerto donde nació la leyenda, mientras pescábamos, me refirió con aquella su pintoresca manera de trazar cuadros, la tradición de la familia:

—Vea, mi señor Don Pepe; no se reiga de las cosas de los pobres; si tuitos no somos plumísticos naides se tiene la culpa. Y si usté se llega á desgraciar, ansí tenga más cencia que los Arquímedes, nunca se va á sacar de allí ardentro la enjundia del remordimiento. Y los hijitos, y los hijitos de los hijitos, han de dir cojiando siempre de la mesma pata. Vea si no: aquí mesmo ¿vé este ceibo? Asentao aquí el agüelo de mi padre, le contó al hijo, y ése le contó á mi padre, y mi padre me lo contó á mí, y yo mesmo se lo he contao á los mucha-

chos y los muchachos se lo han de decir á los suyos si en algún aina los tienen, cómo Juan de la Veyga Torres, ¡ Dios lo guarde! le refirió al hijo y ansina vino el rosario del cuento hasta mí, que estando á línea pescando sacó un dorado machazo, pero machazo Don Pepe! Y cuando éste estuvo en la canoa, ansina al filo del agua, y con ya la panza abrida, al sacarle de ella el cuchillo, saltó al suelo un pescadito raro que pareciba vivo; y al irlo á agarrar Veyga Torres, el dorado pegó un brinco y se echó al agua ¡ me caiga muerto ! y se juyó; y hasta el día de hoy... Mi padre no lo queriba creer y siempre andaba pensando que mi agüelo lo engañaba; hasta que en otra siesta y en tal sitio y en tal día como en éste, él también, ¡ que Dios lo libre de lo mesmo á usté Don Pepe! él tamién agarró un dorado tamañazo; y cuando lo tuvo en la canoa, ansina al filo de la agua y lo fué á despanzar, tamién vió que el dorao le largaba un pescaito que se dejó en la canoa para distrairlo á mi padre y después se azotó al agua; y ansina se le juyó y.... ¡ hasta el día ! Y yo tampoco lo queriba creir á mi padre, y siempre andaba pensando que mi padre me queriba en

gañar, hasta que una siesta ¡me caiga muerto Don Pepe! en tal sitio y en tal día como en éste mismo, yo tamién pesqué el dorado machazo y ojos de igüana; y cuanto lo tuve en la canoa y lo comencé á despanzar, largó de adentro un pescaito y después anque ya no teniba las tripas se me azotó al agua el dorado y se me juyó y... hasta el dia de hoy no lo he visto... Y mi hijo tamién cuando sea grande ha de agarrar el dorado y ¡no lo dude Don Pepe! porque está de Dios, que el dorado es el alma del hermano que mató el padre de mi agüelo, ¡al mesmo hermano Don Pepe! y en un pronto que tuvo en la Pulpería de la Cruz junto al puerto; y que cuando tiró el cuerpo al agua de Dios, el dijunto se golvió dorado ansina, grande como era, para hacerse pescar por tuitos los de la familia, hasta que el señor nos perdone y haigamos hecho decir bastantes misas por el alma del finado ¡Dios lo salve! que murió sin confisión...

Y la tristeza de la fisonomía y la vibración de lealtad que movía todo su sér impresionado, al decir esto, la sinceridad que formaba como aureola invisible á aquella cabeza de convencido, así como también

el gran respeto á la verdad tantas veces comprobado en el que hablaba, me persuadieron de que aquel hombre excelente, valiente hasta rayar en la temeridad y de rectitud de procederes extrema; ese hombre cuyo sistema de vida era una antinomía de grandeza y mezquindad y de inteligencia y de torpeza, ese hombre había heredado con la sangre el remordimiento de un crimen, lo había convertido ya en tradición con sus cabilaciones y lo retransmitía á sus hijos, con la fe con que el espíritu devoto y profundamente místico de nuestros paisanos cree en la *cosa mala*.

Y lo curioso del caso, — agregó mi padre sonriendo mientras empezaba á hacer saltar con el lomo del cuchillo las grandes escamas del pescado que rodaban por el suelo como pétalos de nácar, – lo curioso del caso es que á mí, sin tener las causas hostigadoras del bisabuelo, del abuelo, del padre de Doroteo y de éste mismo, yo que no tuve en mi familia un ascendiente, quien yo sepa, fuese capaz de haber matado un conejo... ¡no! no te rías ni lo dudes!... á mí, mismo, me ha pasado igual fenó-

meno con un dorado, y no antes si no después que Doroteo me hubo hecho la curiosa referencia. Pero éste — y lo dijo acabando ya de lavar las frescas carnes lucientes — pero éste no es, por lo visto, "El dorado del Las Piedras".

Y con sus últimas palabras puso las manos bajo el caño de las aguas corrientes que comenzó á sonar la argentina canturría, en tanto la familia bulliciosa inundaba el corredor, para ver ya limpia, luciendo en el alto puesto, la soberbia res acuática.

LA DOMA

LA DOMA

Bajo la sombra espesa de un gran paraíso, sentados en las sillas que la patrona del rancho nos proporcionara, hallábamonos con mi padre. Impresionado yo aún por la escena de la doma que acababa de admirar, exclamé como olvidado de mí mismo: — ¡Salvaje! Verdaderamente salvaje; pero homérico. — Y observando la nube de polvo que el potro levantaba á lo lejos sobre la espalda reverberante de la llanura donde se perdía llevando al ginete en su loca y desordenada carrera: — ¡Homérico! — repetí.

Entonces mi padre, con una tranquilidad que me llenó de sorpresa,

— ¿Homérico? — preguntó. — Verdad

es — agregó — que el epíteto es poético y sonoro: *¡Homérico!;* pero cuán lejos está de expresar con justeza el carácter real de esta escena. ¿Homérico ésto? ¡Bah! Yo sí que ví en mis mocedades una épica domada...

Poco á poco se había ido entusiasmando, y al pronunciar esas palabras hundió sus vívidos ojos en la inmensidad de la Pampa bochornosa, como para evocar allí y hacer levantar del fondo de ella, corporizado, el recuerdo.

— Hace más de sesenta y cinco años; y te aseguro que, para el artista, no ha ganado la región donde presencié la escena. El río de San Salvador corría entonces por entre inmensos bosques vírgenes, y sus tributarios, los arroyos de Maciel, del Corralito y del Águila, eran verdaderos torrentes que se abrían camino por entre selvas impenetrables para todo el mundo, excepción hecha de los tigres y de los gatos monteses. Cerca de la confluencia del primero y el último de los riachuelos citados, se hallaba un rancho pajizo, muy pequeño y desaseado, sobre el que una diminuta bandera blanca aleteaba sin cesar noche y día, destacándose en el cielo azul

profundo con nitidez tal, que, cuando la ví desde lejos por vez primera, creí que una gaviota estaba allí revoleando. La pulpería del Tuerto era el lugar de cita de los habitantes de aquellas inmediaciones. Á la *Esquina,* como la llamaban todos, corrían desde cinco leguas á la redonda, los acerados paisanos que jugaban la vida diariamente en el peligro mortal de la domadura, y en el que entonces no lo era menos, de frecuentar toda reunión concurrida. Se peleaba como se domaba: por el gusto, tan sólo, de vencer dificultades. Poquísimos días de carreras terminaban en el almacén del Tuerto, sin que algún parroquiano que hubiera salido de su casa desprovisto de resoluciones agresivas, ni temores de tener que ejercitar su maestría en el manejo del *facón* en legítima defensa, pegara ó recibiera puñaladas. Por eso me excusé cuando don Carlos, el capataz de la Estancia de los Albín, me invitó ese día para ir á las carreras. Pero así que le ví comenzar á ensillar el redomón, cuando sentí el picaso que yo enfrenaba de costumbre, relinchar desde el corral donde estaba la tropilla y llamar á su compañero ya enjaezado, que ató el paisano al palen-

que, se despertaron en mí deseos vehementísimos de ver aquellas carreras, y prometiéndome tener prudencia:

— ¡Vamos, don Carlos – le grité al capataz — yo también soy de la fiesta.

— ¡Qué se había de quedar usted don Pepe! — exclamó riendo el paisano. — Si usted es como la perdiz que se hace del mesmo color del pasto, pa que no la vean y ansina vivir á gusto.

Pocos momentos después estábamos ya en camino. La hermosa mañana parecía palpitar en las colinas frescas y en las húmedas y aljofaradas vegas, de donde comenzaba á levantarse el rocío en tules sonrosados, lucientes y diáfanos. La quebrada campiña, valorizando más el detalle, presta encanto singular á los paisajes: por ello y en virtud de mis pocos años, mi cabeza era un constante fermentar de ensueños y de creaciones. Así fué que primero al tranco de las cabalgaduras, al trotecito más luego y al galope tendido una

vez que el astro del día comenzó su cruzada por la Pampa azul del cielo, llegamos mi acompañante y yo á la Pulpería.

— Mire — me dijo don Carlos interrumpiendo mis fantaseos juveniles — mire, parece que habrá domada.

— ¿Y en qué lo conoce? — le pregunté.

— ¿Pero, no ve la potrada encerrada en el corral?

Efectivamente, al pasar por cerca del enorme círculo construido de grandes troncos de ñandubay y quebracho, se veían cien cabezas que más parecían ser de animales feroces que de potros.

— ¡Vea cómo bufan! — exclamó mi compañero, que por asustar á los alzados atracábase al costado del corral en que el grupo piafaba y resoplaba apuntándonos con sus orejas aguzadas por el horror. — Vea cómo bufan. Éstos no son camperos, ¿eh? Son cimarrones. De juro antier los trujeron: salió el pulperío de monteada y se ganó la Esquina trayéndose estos sotretas.

— ¡Vaya con los sotretas! — respondía yo, cuando:

— ¡Velay don Carlos, que viene con el pueblero! — gritó un paisano que apareció en la puerta del rancho junto al montón de

caballos enjaezados que rodeaban el palenque. Entonces un grupo pintoresco de personas se desbordó en la enramada y la ronca voz de mi acompañante, al contestar á sus saludos, fué nombrando á todos los que lo componían.

— De mañanita, es verdad... Más mejor es hacer la cruzada con la fresca, como los teros... Y después, este pueblero, no va á estar más de unos días; y yo querría que viera toditas las fiestas, y presentarle á los amigos.

— ¿Y cómo se llama? — preguntó desde adentro un paisano de expresión vivaz que, sentado junto al mostrador, tenía las piernas cruzadas y pulsaba una gran vihuela. Y como el que había sido interrogado, ocupado en saludar y prepararse un asiento no le contestase, el tocador, sin apagar el rasgueo ni siquiera inclinarse ante nosotros: — ¿Cómo se llama el don Nuevo? ¡Canejo! — volvió á preguntar gritando.

— Don Juan José Soto — contestó don Carlos, y agregó: — Echémele, pues, don Cirilo, una relación de aquellas... y no dijo más, porque el otro había empezado, así como oyó mi nombre, á cantar con voz de caña rasgada:

Jesucristo Rey del Cielo
Ansí lo dice mi fama,
Señor don Juan José Soto
Me han dicho que así se llama.

Aplaque el mar el oleaje
Lo dice la cencia mía
Que aunque le canto de amor
No falto á la cortesía.

Tal era la facilidad para la rima y la destreza en la armonía del verso que tenía aquel verdadero trovador de la barbarie, que no sé cuando hubiera terminado, si una furibunda voz que venía desde afuera no hubiese hecho explosión proyectando en contorno estas palabras :

— ¡ Pa su mamita don Cirilo, que hoy ha comenzau temprano! — Y entró riendo, como siempre, el bestial negro Amaya, rodeado de tres ó cuatro amigotes, todos peones de estancia, como él. Luego agregó palmoteando entusiasmado : — ¡Aura, pues! Aquí está Rufino y trae también su augeriada.

Todos se dirigieron y aplaudieron entonces al joven cantor que le acompañaba, quien traía realmente y en bandolera terciada sobre la espalda, la *agujereada*, la guitarra. El rápsoda prestigioso tomó en-

tonces asiento junto al otro payador; y cuanto se sentó, arrancando más que atrayendo la vihuela de su espalda y arrojándola rendida en sus rodillas, se dejó ir en una honda y prolongada armonía que derramó en contorno cierta melodía lánguida y enfermiza; la que después, con el crecedor rasgueo, fué bullendo y rebullendo con más vigor y más brío, hasta trocarse en un verdadero fuego graneado de notas vivas y agrias, capaces de irritar por lo insolentes.

Las bordonas de la guitarra de don Cirilo también gruñeron un rato; luego las primas, aceptando ya sin más el desafío, silbaron de contrapunto, empezando como á arañar los oídos.

— ¡Ahora, pues!—gritaron los del concurso.

Entre tanto se oía, entonado por una valiente voz masculina y acompañado por el rasgueo de la tercer guitarra, que pulsaba el *preparador*, el ya clásico

Caballeros milongueros
La milonga está formada,
Y el que sea más milonguero
Que se atreva y la deshaga.

Invitación á la lucha del ingenio campesino que terminó el bastonero, como de costumbre, con el insolente:

> Yo, como soy forastero,
> Me callo y no digo nada.

Era la legendaria payada de contrapunto, que se encendió entre los dos bardos, cuanto enmudeció la voz del *preparador*, así como se incendia un campo reseco, en un mismo instante, por dos costados. Poco después hervían los debatientes y el auditorio en un verdadero torbellino de entusiasmo.

— ¡ Este si que es güeno ! — gritaba un criollo, refiriéndose á un cantor.

— ¿ Y qué me dice de este otro ?— le preguntaba el de al lado, que prefería las *salidas* del contrario.

— ¡ Palméemelo don Cirilo, para ver si afloja el lomo ! — chillaba el de más allá.

— ¡ Viene muy de cola alzada ! — dijo uno; y otro hizo la calma con un: — ¡Pero á ver si dejan cantar, los barullentos!

La pulpería se iba llenando con los gauchos asistentes á la fiesta, que no cesaban de entrar unos tras otros; y los gritos y las risas y las bromas sonaban por todas

partes. La milonga estaba en lo mejor, y aquellos dos verdaderos bardos, dignos de haber vivido en la Edad Media, con una verbosidad y vena pasmosas, improvisaban ó repetían endechas tiernas, provocaciones audaces, réplicas sutilísimas: todo mezclado y revuelto, como si el toque estribara en cantar mucho y de todo, improvisando á la vez magníficos acompañamientos y redondillas magníficas. Las endechas se sucedían, se complicaban los acompañamientos, destemplábanse ya las guitarras, se enronquecían las voces; más personal y más dura hacíase la polémica y ocupaba todo el estrecho recinto un como ambiente de barbarie que no he vuelto á respirar.

Deshizo de pronto aquel salvaje encanto, un grito universal que viniendo desde afuera llenó todo el vano de la pulpería y se aumentó y redobló con el palpitar que pusieron en él las voces de los de adentro.

—¡Á los pasteles! ¡Á los pasteles!

—¡Al cabo llegó Aniceto!

—¡Cincha que se ha hecho esperar!

—¿Para eso invitan á la gente?

—¿Y don Agapito de esta hecha no se ha enfermao?

—Valiente, señores,—dijo el famosísimo domador, en pie sobre el umbral de la puerta—valiente, señores, ni que fuera ya el mediodía. ¡Qué delicaos!...

—Perdone don Aniceto—gritó interrumpiéndole el payador que me saludó, al entrar, con la coplada: y rompió en una recitación monótona, llena de desatinos, y sólo de tarde en tarde, un si es no es pintoresca. En ella se nos explicaba el motivo de la reunión "chaparrosa y tan temprano". Don Aniceto había aventajado, en una apuesta de contrapunto, á don Agapito, el gran domador ya algo viejo, que no tenía hasta entonces quien le *pisara el poncho* ó entrara con él á prueba en orden á domar potros; y el vencido, atribuyendo á enfermedad la mala salida de pie en la rodada en que cayó hecho ovillo el animal que él montaba, y habiendo sido sólo este lance motivo de su *redota*, según su arrogante decir y azar inesperado del triunfo de su contrario, le habia retado á éste, en

despique, á una otra prueba definitiva y emplazádole para llevarla á efecto el día *mesmo* de las carreras, en las fiestas de María,

Por bainte pesos de plata,
Á hacer boliar los caballos,
Y á pagar tuitas las copas
El que no salga parado.

Y semejante heroicidad había de ser hecha en medio de la carrera y al desfilar en el camino pelo á pelo y lomo á lomo, para que las gentes de la región pudiesen dar testimonio :

De una vez para jamás,
Y de jamás para en siempre
De quién y cuál de los dos
Era el domador más liendre.

Así lo proclamaba á voz en cuello el cantor, y todos los oyentes aplaudían con los ¡lindo! y con los ¡aura! cada pie de redondilla.

Entonces me expliqué el motivo de la pasión que ponían en el debate, adelantando el resultado de los sucesos, las dos fracciones ó bandos en que los concurrentes á la fiesta se habían naturalmente separado; y comprendí que si se estaban quietos los

puñales, era sólo para que hablaran bien alto el valor y la pericia de los domadores ante público tan experto y de tal firmeza de juicio en la materia, que el fallo una vez dado, no podía ser jamás rebocado á duda. Para la épica lidia se habían traído los potros más salvajes, los montaraces nacidos libres en lo hondo de la selva virgen, y esos eran los *torpones*, los *bagualecitos*, los mansos caballos de que con sorna hablaba el héroe de la jornada.

Á las diez y media llegó un negro, que fué recibido con mil dicharachos y cuchufletas por parte de los congregados.—Ya se lo suponían todos.—¡Que no lo diga!—Que sí!—Al fin se hizo silencio y el negro habló:—don Agapito, el desafiador, está fieramente enfermo, y le mandaba decir al canchero, depositario de la apuesta y dueño de la pulpería, que si el contrario no quería dejar la prueba para en otra ocasión le entregasen el dinero para que se guardase la parada de los veinte pesos, ¡y Dios con todos! que ansí lo dijo el patrón.

Las voces de júbilo apagaron las del negro: los vivas y *¡aura!* que se dieron en honor del que era ya vencedor de hecho, fueron infinitos. Se le abrazó, se le llevó en

alto, se le hizo beber; y si aquel grupo de bárbaros hubiera tenido que elegir un emperador omnímodo, de seguro que el salvaje Aniceto Vera habría sido exaltado en aquel momento y colocado por siempre en alto solio.

El triunfante agitaba las manos entre el tumulto. Por fin pudo hablar. La exaltación más que las copas de alcohol se le había ído á la cabeza; y como loco, á grito herido, lanzó á todos los vientos estas palabras:

—¡Bueno! ¡Muchachos! ¡Que no se diga! ¡Que no se diga, canejo, que ustedes han venido á ver domar y que se guelven á sus ranchos sin que un oriental de los buenos se le haya sentado á un potro!

—¡Aura! ¡Aura!

Y los mil gritos bestiales alborotaron los ecos.

Como la gruesa onda con que se desborda un torrente salimos todos revueltos hacia el corral.

La soberbia mañana parecía embriagar-

nos. Dijérase que en las emanaciones de ella, por nosotros respiradas, bebíamos á grandes sorbos entusiasmos é impulsos de verdadera locura. La bandada de paisanos gritando y revoloteando, alborotadamente, desató y montó con ligereza en sus bridones y se precipitó hacia el gran corral dentro del cual los potros aturdidos daban feroces carreras. Aprensados parecían moverse: tal era de compacta la tropilla, que como alud se estrellaba contra las tremendas vigas de ñandubay y quebracho.

—¡Que no se diga! — Vociferaba el domador dirigiéndose á pie hacia la tranquera; y rayaba el suelo, al moverse, con las espuelas enormes. Interrumpiendo sus voces, las de los demás, sonaban como el reventar de los cardones poseídos por las llamas en las islas Paranaenses:

—¡Enhorquétesele á éste, don Aniceto!

—¡Monte el bayo!

—¡Á aquél overo temblón!

—¡No! ¡No! don Aniceto; siéntesele á aquel cebruno!

—¡Al overo! ¡Vea que es el mejor pa dar trabajo!

—¡De juro — gritaron los más de los

paisanos — el overo es el güenaso! ¡Vianlon! ¡Cómo se quiebra! ¡Si se hace que es una cimbra!

Por fin el domador gritó más recio que todos y dijo, riendo á estampidos:

— Pues ha de ser al overo.

Lo que ví entonces no lo olvidaré en mi vida. El animal salvaje parecía haber comprendido el designio de la tumultuosa asamblea, porque la dominaba en ese instante con su cabeza sobresaltada. Todo era moverse y removerse entre el grupo de animales; todo era levantar nubes de polvo del calcinado suelo del corral, fatigar el eco á fuerza de hondos alaridos, y hacer resonar patadas, y huir de un lado para el otro en forma de remolino... La puerta del corral alzaba y hacía destacar sobre el azul del cielo, sus horquetones unidos por ferreos sunchos, donde enchufaba el gran crucero que proporcionaba solidez á la construcción, y asiento cuando habían *encerradas,* al gaucho que contaba las haciendas.

Subióse allí el domador que oprimía bajo el brazo un hueso de canilla de bagual, y mandó que corrieran las tres palmas que cerraban el recinto.

— ¡No van á salir! ¡No van á salir los potros! ¡Es debalde! ¡Es al nudo! — Gritaron varios espectadores.

— ¡Listo muchachos! — Vociferó el domador y se corrió velozmente hacia el centro de la cumbrera donde al quedar colgado, semejó un Absalón americano con espuelas y flotante chiripá.

Cuatro criollos, veloces más que el rayo, cerraron entonces piernas á sus parejeros y se metieron, dando ahullidos, entre las bestias acorraladas. Estas, enloquecidas de pavor, ganaron la puerta; y al pasarla se les descolgó encima el domador; y yo, sujeto por el asombro, vi como si los potros salpicaran hacia todas partes en una tendida enorme. Y los ví luego disparar y alejarse en todas direcciones, mientras que, en la playa de la puerta del corral, solo, en medio del pintoresco grupo de paisanos, el potro overo atontecido, temblaba bajo el grande cuerpo del domador que se acomodaba en su lomo. Pero el aturdimiento del indómito fué muy breve, pues vuelto en sí, dió un corcovo tan tremendo que yo no vi sino el pecho y la panza blanquizca del animal.

¡Lindo! — gritaba el paisanaje.

Entonces el potro arqueó el lomo; digérase que bramó: metió la cabeza entre las manos, pegó tres grandes saltos, largó coces furibundas y emprendió la más loca y desordenada carrera. Á los cien metros detúvose atropelladamente como sin comprender qué le pasaba; arqueó de nuevo, y más que lo hiciera, el lomo ya sudoroso; al esconder la cabeza entre los remos pareció querérselos desgarrar á dentelladas; y dando atroces brincos y vueltas de costado, cayó por dos veces sobre las rodillas; arqueadas éstas dejaron dar el espumoso hocico en tierra; y en un segundo, aquel demonio, de nuevo estuvo en el aire, y sus cuatro cascos golpearon á un mismo tiempo en el suelo.

Entretanto, don Aniceto pegado en el lomo virgen de la bestia, movía los largos brazos, en uno de los cuales relucía al sol la canilla de caballo.

Ya desesperado el potro overo de librarse de su carga, se lanzó en una carrera vertiginosa, y la nube de gauchos lo siguió vociferando y dejando que aletearan los blandos ponchos al viento...

Envuelto yo también en el grupo volador me detuve en una hondonada donde el po-

tro se había empacado de nuevo. Dos veces, ya fatigado acaso, don Aniceto levantó el hueso de que iba armado para dar con él un golpe entre las orejas del animal y derribarlo así por tierra para *salir parado*, y dos veces las voces de los salvajes que le alentaban embriagándole con un triunfo interminable, le hicieron dejar en amago lo que era resolución. La maza no cayó sobre la nuca del potro y éste seguía loco en sus prodigiosos saltos. Pero de pronto se irguió como una pirámide, derecho sobre sus patas traseras. El domador se preparó para salir de pie y á un costado, ileso tras la *boleada*; pero en vez de dejarse caer sobre el lomo dió el animal una tendida; y revuelto, apelotonado, aquí caigo, aquí levanto, se entregó bruscamente á la carrera desazonando casi, con tan inesperada treta, al ginete, quien hubo, por no caer, de asegurarse á las clines y de enarcar todo el cuerpo.

Un grito general, de horror y de disgusto, salió de todos los labios. Ésto y el temor por al gaucho experimentado, le irritaron por tal extremo, que dando una voz de trueno:

— ¡Á vida ó muerte! — clamó y lanzó al

aire el hueso, único auxilio con que contaba para detener el potro. Éste ensayó entonces corcovos más complicados; otra vez levantó derecho el cuerpo sobre las patas traseras y se lanzó después á correr desatentado. Luego en una cuesta empinada empezó á acortar el paso; cada vez menos furiosos fueron sus saltos; menos bulliciosos sus resuellos; y al cabo quedóse quieto, parado, duros los remos, como embarado; y el grande cuerpo angustioso se inflaba y se desinflaba por acciones encontradas. Empezó luego á temblar más vivamente y por fin se desplomó fulminado.

Cuando me di cuenta de lo ocurrido, don Ániceto hallábase en pie sobre la grama de la colina, pálido como un muerto, y contemplaba al potro que, caído á sus plantas, revoleaba con las patas en el aire y revolvía los ojos ya vidriados por la agonía, entretanto se empapaba la inteligente cabeza en los coágulos espumosos de sangre espesa y humeante que arrojaba en borbotones por la boca.

Mi padre quedó callado durante un largo rato cuando hubo terminado su narración. Yo, aferrado por la emoción que me produjo tan tremendo relato, no interrumpí su silencio. Al cabo se puso en pie, sombreó á favor de la enjuta pero aún vigorosa mano las penetrantes pupilas, y observando el horizonte sonrió con tristeza; se volvió hacia mí y con voz que era una elegía hacia la grandeza bestial pero sublime de nuestras generaciones extintas:

—Mira — me dijo extendiendo el brazo nervioso — mira tu mono sabio quien se viene ya al tranco del pobre potro aburrido acompañando á la chata que acarrea el maíz desde el vecino rastrojo. ¡ Ya tienes otro caballo !

EL ÚLTIMO TIGRE

EL ÚLTIMO TIGRE

—... ¿Y, dígame don Pancho —le pregunté— después de eso que usted me refiere no ha vuelto á hallar á Don Simón?

—Velay... Aquí tiene uno; vea dos, vea tres. Son los cueros —decía extendiendo el brazo y señalando las pieles de los felinos colgadas en la pared— ¿Y este es lindo verdad? ¡Viera un tigrazo!

—¿Es el del último Don Simón que encontró usted por estos pagos?

—No... El último me huyó.

—¡Ah, criollo! —gritaron, riendo á grandes voces, los paisanos que rodeaban el vasto fogón donde dentro de la pava tarareaba el agua hirviente que iba decreciendo consumida en cada vuelta que

daba el mate. — ¡Ah criollo! — La vanagloria de que un tigre huyera de un hombre solo les excitaba.

— ¿Y adónde le huyo? — preguntó con avidez un jovencito vivaz y delgado como una cimbara, cuyos ojos negros relampagueaban ganosos de sentir inquietudes de pelea.

— Allicito no más me huyó, en la costa del San Salvador.

— ¿Y ni siquiera se le enfrentó?

— De juro que se me enfrentó... ¡Y demasiado! ¡Á distancia de tiro de saliva, hijito!... Y me pegó un buen cerote...

— De adonde se iba usted dejar amilanar, don Pancho, y más si tenía por delante el machete caronero... ¡Jo! ¡Jo! — interrumpió riendo á voces descompuestas el negro Toribio. Y al hacerlo así señalaba con el brazo el largo puñal de campo, que pendía en la pared, dentro de su vaina de cuero crudo. — ¡Jo! ¡Jo! ¡Con el caronero, don Pancho! — Y mientras reía dejaba relucir descubiertos los dientes blancos.

— ¡Ah, negro! ¡Siempre pelando el choclo! — exclamó el viejo, refiriéndose al esplendor de los dientes del moreno entre el estuche de los rojos labios carnudos.

Y después de reído el chascarrillo, por los circunstantes, el viejo prosiguió: —¿El caronero? ¡Ah, mal haya lo tuviera! — Clavaba al decir esto la mirada sedienta en el ocioso puñal, y los ojos, vidriados por los ochenta y cinco años de lucha con la naturaleza, revivían y brillaban como en los épicos tiempos de la fuerza de su dueño, iluminándole al parecer, la ancha cara angulosa que se erguía audazmente sobre el cuello. — ¡Quién me diera mi facón en aquel entonces! — agregó el anciano. Y sacudió la cabeza cuya melena como la de un viejo león de Africa se desparramó formando un chal de espuma que le cubrió los hombros.

La mirada del temerario peleador de tigres encendiéndose bajo las greñas del anciano al solo recuerdo de su fama evocada por el negro, fué tan terriblemente dura al fijarse en Amaya, que éste con ser quien era, bajó los ojos sin poderla resistir.

—¡Ah, mal haya lo tuviera! — repitió don Pancho mientras entregaba el mate á la mulata Patricia, quien para volver á llenarlo se puso en cuclillas junto al fogón llameante. El gaucho prosiguió diciendo: —¡Era lindo y morrudo muchachos el

gatote!... ¡lindo y parejito! ¡Vieran que pinta! ¡Y qué blandura de cuero! ¡Y la cabeza cuadrada parecía un buen basto porteño! De seguro venía el animalote de paso... encelado. Era la siesta del burro, tarde arriba, ya saben; yo andaba campeando un potro rosillo que se me había alzao y ganado el monte. Y entonces no eran como ahora las costas del río San Salvador y del arroyo Maciel... ¡juepucha!... ¡qué montes más grandes! Era cada uno un Montiel. ¡Qué haber de chañares y sarandíes! ¡Qué guerrear para el campero todito el día con uñas de gato y garabatillo y currú-mamuel! ¡Yo andaba incado de las espinas y el redomón me iba dando más trabajo...! ¡Conforme una ramita le hacía cosquillas ahí no más quería agacharse á bellaquear! ¡Andaba más delicado esa siesta! Yo lo palmeaba suavecito en el cogote y lo llevaba cerrao, la barba clavada al pecho, de tanto ceñirle las riendas para que no se me alzase.

—¿Y cómo dijo que no cargaba el puñal caronero? ¡jo! ¡jo!

—¡Ah negro canalla! No debalde te marcó el guacho. — Contestole don Pancho al insolente, con esa velocidad con

que fosforece un relámpago. Y entre las risas de los otros concurrentes el negro también reía con sus ¡jo! ¡jo! resonantes, aunque no lo hiciera esa vez de muy buena gana, puesto que harto sabía él que, con las contracciones de la risa, dejaba aparecer más disforme á la observación burlona de los presentes la tremenda cicatriz de la cuchillada que le dividiera el rostro.

Calmado ya el viejo con el deleite de haber puesto en berlina al deslenguado negro prosiguió con la pachorra desdeñosa del que se siente admirado:

—¿Para qué llevar el puñal? Primero, que había andado yo campo afuera; y segundo, que hacía tiempo ya no se veían por allí ni las almas de los tigres... ¿Para qué? para hacer lonjas no más del cuero del redomón, quien ya dije que era como avispa, cosquilloso y que dejuro, en las cuerpeadas, habría arrugado las caronas y se hubiera rasguñado con las guardas y las

eses del puñal; velay, y es ansi como los negros maturrangos de estos pagos charquean al nudo á los pobres animales que les caen entre las manos.

Otra carcajada general aplaudió la cortante salida del viejo aún resentido, cuyo hijo menor saltó diciendo con voz más áspera que el ludir de un cerrucho contra una punta de acero:

— Siga, Tata, su relación y no haga más caso de las soncerías de Amaya, que no es bueno ya ni para hacerse cortar otra vez la jeta por un cristiano.

Los ojos del negro relampaguearon de cólera y sus ¡jo! ¡jo! no fueron ya tan estentóreos. Pero entre las risas de todos los asistentes tragó callado el insulto del rapaz, y acaso por hacerse perdonar del anciano y que se echara su indiscreción en olvido preguntó:

— ¿Y de ahí, don Pancho?

— Diay... Que tenía el gañote seco; que el sol tumbaba los pastos; y que me allegué á una picada del arroyo, por la que el agua se dejaba huir tan clara, que por entre sus torzales azules se alcanzaba á ver las piedras en el fondo apiñuscadas. Y me apeé. Y junto con lo que me apeé, el redo-

món empezó como á espantárseme de algo. — ¡Vaya, Refucilo! — le dije: ¡chée! ¿Estás con ganas de alzarte y disparando darle gusto á las tabas? Y mientras que se lo decía le palmeaba por el pecho y las paletas, y le ceñía el cabestro bien anudado á un tala morrocotudo. Al cabo el redomón pareció sosegarse... En todavía lo miré por ver si se quedaba quieto, y lo volví á palmear. Y lo dejé allí, porque ya sabía yo que lo que era poderlo llevar junto al arroyo ¡ni por pienso! Estaba muy huido y era muy torpón el animal para el agua!... Aflojó entonces el lomo, resopló fuerte y como lo caté tranquilo, me resbalé hasta la orilla de la corriente: pero al ir á agacharme ví un rebenque arreador que estaba allí caído como á los veinte pasos de donde yo me hallaba, al pie mismo de la barranquita. Me acerqué, lo alcé y lo estaba mirando por todos lados y pensando ¿quién sería el desgraciao que andaba rociando las prendas por mis pagos, cuando me pareció sentir ruido en el sarandizal. Y seguí caminando hacia donde el ruido sonaba. Pensé que de fijo estaría allí el dueño del rebenque y le iba á cobrar albricias por el hallazgo.

— ¡Ah, don Pancho, siempre trajinista!

— Y ¿qué querés Garmendia? Por algo me había tomao el trabajo de alzar la prenda del suelo.

— ¿Y estaba allí el forastero? — preguntó Garmendia.

— ¡Qué había de estar, hijo!... Sin duda era alguna igüana la que hizo bulla; porque cuando me allegué no oí más ruido, y la mesma torcaz que estábase allí lamentando de sus penas la pobrecita, me mostró bien á las claras que no andaba alma viviente por esos alrededores. Entonces colgué el rebenque en las ramas de un molle, por si acaso lo buscaba el dueño, ó si éste no lo sacaba recogerlo yo del mismo sitio más tarde; y me acerqué después al filo corredoso del agua. Me puse echado de barriga porque estaba muerto de sed y comencé á sorber de la frescura con unas ganas... No había acabado la primera sentada de lo fresco, cuando, á dos varas de mí mesmo, sentí ruido como de si alguien se alzara del suelo; y levanté un poquito la cabeza. Aquí está de fijo el perdidoso forastero que viene campeando su rebenque, pensé y... ¡juépucha!... ¡qué espantada

hubiera pegao yo si me encontrase en pie y si no me viera perdido á haber hecho el movimiento más mínimo! ¡Don Simón estaba allí! ¡allí mesmo muchachos!.... ¡Y qué pedazo de tigre! ¡Dios me valga! Juntito á mí que me hallaba despatarrao como un sapo entre los pastos. De juro que el animalote había estao durmiendo y se recordó á punto con el ruido que yo hice. Y estiraba el cogote acercándome la cabeza y me olfateaba confiado y me clavaba los ojotes redondos y grandes como dos tachos; así, lo mismo que hacen los gatos cuando atisban un ratón: arqueando el lomo ya hechos ovillo y las patas encogidas como el gatillo de un trabuco bien montado. Todo armao estaba el animal que parecía un retobo pronto pa pegar el brinco, y las uñas aferradas en la tierra buscando hacer allí más fuerza. El último sorbo de agua, muchachos, se me cayó de la boca. Don Simón ya me estaría saboreando porque se acomodaba con la lengua los labiotes babosos de puro hambriento, sin quitarme los ojos de encima que lucían como dos linternas. Se abrían y se achicaban los ojazos con la luz como si quisieran chucearme con su fuego, mientras que el

aliento hediondo de la boca reseca del tigrazo me mareaba. Al fin, el cuerpo del animal se hizo ovillo del todo. Comprendí que había llegado mi última hora de vida y... verdá, muchachos, me asusté más feo. Pero desesperao y por hacer algo, le clavé al fin al tigre también los ojos como si yo hubiera querido con esto atajarme los chuzazos que me tiraban los suyos. Y mientras se seguía el animal acomodando y haciéndose más chiquito, como si no tuviera de sobra con el cimbronazo de sus patas para pasar la zanjita que nos separaba, yo, cobrando coraje, desesperao de asustado que estaba al verme tan atravesadamente sorprendido, me comencé á enderezar y medio como á desatar las bolas que llevaba colgadas en la cintura. Sin apartar los ojos del hambriento me puse casi derecho y revoliando una bola lo comencé á insultar. La cabeza le dió entonces un tironcito para venirseme encima, pero todavía el cuerpo dudoso lo sujetó temiendo algo... Cuanto lo caté indeciso de atropellarme me animé de pronto, y ya también lo agarré á pordelantear y me lo traté como á hijastro. — Venite ahora, maula — le grité — ¿Qué esperás? — Venite no más sarnoso.

— Al cabo Don Simón apeó la cola que desde allí del fondo del cuerpo armao me había estado amagando, la extendió, después la acomodó medio arrollada entre las piernas, lueguito entornó á medias los ojos haciéndose ya el mansito, allanó el anca, muchachos, y quebrando el cuerpo se ganó un sarandizal como diciendo: "más vale". Allí se paró, estuvo todavía muy dudoso sobre lo que había de hacer; me dijo *¡fúu!* arremangando la jeta para mostrarme que tenía completos los colmillos, y se perdió al tranquito haciendo dengues con el cuerpo blandujo entre lo más espeso de las maciegas...

Cuando el gaucho llegaba á este punto de su relato la tumultuosa asamblea le hizo una bulliciosa ovación, pero él, sin hacer caso de ella, prosiguió:

— Entonces yo, mirando siempre hacia atrás, para que aquel cobarde no me fuera á cazar desapercibido, y aunque enredándome con las espuelas en las malezas, llegué al tala donde estaba atao el redomón que resoplaba y hacía fuerzas por cortar el cabresto, lo que no pudo conseguir por ser este nuevecito y de doble torzal de guasca bien sobada como yo la

sé sobar; que si no, me quedo á pie. Sin duda el pobre Refucilo había olfateao á Don Simón y por eso estaba desesperao, tentando desamarrarse para ganar campo afuera salvando el bulto. Cuanto me le acerqué, entre el hipar de sus resoplidos, me le puse como horqueta; y así que monté no tuve que convidarlo.... ¡Juépucha muchachos!... arrastrando en todavía las bolas que yo llevaba en la mano, salió el flete matando como una flecha pa el campo raso. Entonces sí que rumié el miedo. Pero al cabo sentí rabia y medio sujeté al redomón. —Casi me volví... ah mi puñal, ¡no tenerlo!... Y enderezé el potro á las casas que blanqueaban distantes entre el verde espaldar de la cuchilla. Pero como me hallaba lejos de ellas, en el viaje me fuí calentando tan fieramente, que en llegando que llegué al palenque bajé del potro las caronas, cambié caballo, cazé la horqueta y el cuero de carnero; medio llorando de rabia descolgué el facón... ¡pa qué te quedaste! le dije... y lo afilé y salté luego á caballo y salí al galope, salpicando maldiciones, hacia el lao de la picada. ¡Ahora verás maula viejo — decía como si fuera á oirme el tigre — ahora verás mau-

la viejo cómo se ha de asustar á los varones de mi laya !...

— ¡ Ah gaucho ! — clamaron á grito herido algunos de los del grupo.

Don Pancho sacudió la melena, excitado por el calor que le producía el relato.

— Anduve, muchachos, hasta la tardecita — prosiguió. — Seguí la rastrillada dejada por Don Simón en el lugar donde se había estado revolcando y del que salió para asustarme tan sólo con la parada y de donde se fué luego el cobarde insultao y lengüeante, desaprovechando la ocasión de comer fácil y bueno. Después me metí en el pajonal y luego me volví al rancho, sintiéndome caliente y despiao, y me puse á tomar mate, callao por dejar pasara la calentura. Á la mañana siguiente torné á hacer la mesma cosa.

... ¡ Juépucha !... yo quería hacerle pagar al tigre el susto que me había pegado agarrándome sin perros y sin puñal despatarrao en el suelo : por eso los días si-

guientes, así como amanecía, ya montaba yo á caballo y me ganaba el monte y lo recorría de punta á cabo; y me pasaba las siestas en las honduras con los cachorros de mis perrazos tigreros, que no dejaban rastro por olfatear ni nutria ni carpincho que no hicieran azotarse de un derrepente al arroyo... Pero de Dios estaba que el último Don Simón con que topara en mi vida se me había de escapar contento, después de haberme asustao, porque desde entonces, muchachos, no volví á ver más tigres ni pintaos por estos pagos.

El viejo terminó así su relato, bajando la cabeza que tuviera elevada y llena de luz de los ojos aún tremendos, los cuales parecían desafiar al gran felino y dominarlo; y entre el silencio de tantos semisalvajes temerarios como lo rodeaban, me pareció, el viejo aquel, la encarnación del espíritu de la época primitiva de nuestra joven nación, fulgurante con aquella grandeza bestial, por ventura hace ya tanto tiempo desvanecida...

Y esto me lo refería mi padre á los ochenta y tres años de su edad, estando en la Vuelta de Obligado tendidos él y yo bajo la fresca sombra de un ceibo en la agreste

isla del arroyo de Tia Lucha, mientras que la cigarra escondida entra las ramas de los sauces centenarios agitaba sus élitros sonorosos, y el rio Paraná, como pensativo al ir depositando en la orilla la resaca, parecía secretear en torno nuestro la más dulce canturía de recuerdos y ambiciones, que también como sus aguas van pasando...

POR SACARSE LOS BOTINES

POR SACARSE LOS BOTINES

Para probarme la posibilidad de abstenciones tan heróicas, mi padre dió principio de este modo á su relato:

No se podría afirmar con verdad — dijo don Antonio de Trelapia en una hora de inspiración, que mi amigo Pedro Taboada das Moras, fuera un ente original en la justa acepción de la palabra. Faltábanle para serlo, algunas imprescindibles condiciones, y sobrábanle otras que, en fuerza de caracterizarle, situaban su personalidad entre los grupos clasificados ya como de tipos corrientes. Pero sin destacarse de cuerpo entero en ninguna reunión de hombres de valía, llamaba sobre sí la atención de tarde en tarde por medio de ingenui-

dades que le hacían estimable y muy digno acaso de compasión. Parecía mentira hubiese llegado á los cuarenta y cinco años llevando tan indefenso, puesto como á la intemperie, un corazón mucho más de tres y media veces bueno. ¿En qué no hubiera sido capaz de poner fe aquel santísimo varón, si le tomaba la hora de creer, como decía Quevedo? ¿Y, de qué no hubiera estado dispuesto á dudar cuando menos razón cupiera para ello?

Antiguo plantador y propietario rico de haciendas y cafetales, don Pedro conservaba la burda exterioridad de un payo, la que metía de través en todas partes sin temor ni desconfianza de ningún género. En el seno del hogar era un espíritu honrado ¡ay! á veces en demasía; y yo creí mucho tiempo, se probara en él el aserto de que Dios protege la inocencia, ó se realizara el milagro admirado por el bueno de don Francisco al hacer la información del hombre aparente para ser canonizado. Tenía mi amigo una mujercita. — Vamos, no te rias malicioso! — dijo aquí mi padre viéndome sonreir con intención, y prosiguió: — Tenía una mujercita que á primera vista no se la hubiese creído brasi-

leña: tan esponjada, carnudita, frescachona, y llena de salud y de jugo, era. Tu imaginación juvenil y tu salud te suscitarán mejor que mis palabras lo hicieran conforme á las referencias de don Antonio, — dijo mi padre, — el retrato de la vivaz riojaneirense que hubo de sorberle el seso: y para completar dicha pintura puedes unir á tu proceso las siguientes condiciones: una expresión vivarachuela; unos ojillos negros traviesos ó adormilados; viveza de expresión encariñadora y picante; actitudes de cuerpo y de intenciones más que regularmente provocativas; imagínatela constantemente tan bien puesta como la duquesa más encumbrada de la corte de Versalles en tiempos de Luis XIV; véela coquetamente caídos sobre la frente de marfil los pícaros rizos negros del crespecito cabello; préstala el indolente andar de felino haciendo quites y dengues; ródéala de cierta aureola de contento que sin cesar de su alma se expandía é iluminaba su cuerpo: y dime tú si aquello de la incolumidad del papandujo don Pedro no era realmente mucho más que milagroso. Por el tiempo en que mi compañero de viaje comenzó su relato, el bonazo de Ta-

boada le llevaba á jugar al ajedrez á la tejavana de su bella casa de la Rua das Larangeiras. No llegaban nunca las cuatro de la tarde sin que el brasileño penetrara en el Consulado Oriental de que se hallaba por entonces encargado mi héroe, y quieras que no le sacaba en dirección de su quinta. Una vez en ésta, venía el revolver sin necesidad la casa por entero; el arreglar personalmente el sitio que habían de ocupar en la solana, mientras la avispada mujercita, le estrechaba al invitado con mucho afecto la mano, y entre el cúmulo de atenciones hacía, á fuerza de arrumacos y de posturas, que la visita se preguntara para su capote: ¿esta gatita marrullera, al parecer hecha de colas de lagartijas, será tan sólo así, refregona y dengueadora, por ingenua coquetería habitual, ó creerá que yo, como el consejero de Putifar, haya de dejar la capa si me detienen por ella? Luego aquel santo varón volvía la vista al bonazo de don Pedro, que replandecía de gozo sentado ya en el sillón de junco, cuyos adornos del respaldar se alzaban como los atributos del Moisés de Miguel Ángel y parecían salir de su inspirada cabeza formándole una armadura.

Francamente, en aquella casita aquerenciadora, las horas pasaban sabrosísimas.

El parapoco del dueño siguiendo las simples combinaciones del ajedréz y mi amigo don Antonio oyendo allá á lo lejos la vocesita argentina que acompañada del arpa cantaba dulces endechas; ambos aunque de tan distinta manera se dejaban envolver por los encantados momentos fugitivos. Después el ruido de pasos del entarimado, y un soplo de magnolia fuscata junto al oído, que decía muy quedo al homónimo del santo:

—¿Verdade don Antonio você nâo tem vontade de pitar?

—¡Tantas gracias! amable señora doña Julia: acabo de hacerlo en este mismo momento.

—¿E nâo quer um mate?

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! Si es del caso lo tomaré más tarde.

Y mientras el importante Taboada se descalabazaba buscando una salida hon-

rosa de la situación difícil en que mi amigo le había puesto estrechándole en su juego, aquél, oprimida la frente en ambas palmas de las manos y como si quisiera agujerear la mesa con los codos, tan fuertemente los clavaba á los lados del damero, fijos los ojos que echaban chispas sobre las piezas trenzadas en formidable entrevero, suspiraba hondamente como un camello agonizante. En tanto la gatita, respetando la majestad de aquel sabio, se iba como serpenteando hacia dentro, graciosamente contoneando el lindo cuerpecito que se restregaba en muebles y puertas medio entornadas y volviéndose de tarde en tarde muy risueña á buscar con las alas temblorosas de sus ojos adormilados de gusto, la mirada francota de los de mi amigo que no querían comprender los convites de los suyos. Desde allí le decía entonces con su voz de sabiá como haciéndole una caricia y refiriéndose al modo cómo quería tratara en la partida á su marido:

— ¡Nâo tenha compaçâo!

¡Qué había de tenerla el pobre hombre cuando estaba pasando tales torturas! Entonces riéndose mal de su grado:

— ¡Vamos, vamos! — le decía al enton-

tecido contrario.—Vamos, vamos don Pedro; que me parece que usted me está dando tiempo y ésto va á acabar mal.

Y el muy sandio contestaba:

—Así me lo temo. ¿Pero qué quiere? Esta maldita combinación que me propuse desde un principio me tiene dificultado.

Verdaderamente, aquello iba á acabar mal; pero en razón de ser mi amigo hombre prudente y agradecido, empezó con gran disgusto del predestinado á escurrir el bulto de su casa y á desertar sus partidas. Aceptaba muy de tarde en tarde las invitaciones del sandio; y ante la gatita hacía también el socorrido papel de parapoco.

—¿Nâo pita, don Antonio?

—Acabo de hacerlo señora.

—¿Nâo chupa um mate?

—No deseo por ahora, señora: su marido me tiene muy apurado...

Y como otro San Antonio de nuevo cuño, se abstraía y clavaba sin necesidad la mirada en el tablero, imitando al bueno de don Pedro que, la boca medio abierta y los ojos aún más grandes que la boca, escudriñaba aterrorizado los cuadraditos rojos y amarillos donde campaban las piezas;

y como él pachorrudo y silencioso, se quedaba también así hasta oír sobre la encerada madera del piso del salón y de la estancia contiguos el frufú-sú despechado del incitante vestido de raso que, restregándose en los muebles, iba á perderse allá lejos en la concha encantada del monísimo costurero. Por el amplio balcón volado de éste, que daba sobre el jardín de verdes lomos montuosos, entraba el libidinoso perfume de los bananos con fruta, y se paseaba en alas del airecillo aperitivo llevado en ráfagas excitantes al través de la ancha casa lascilante y silenciosa, para sacar de sus casillas á los habitantes y á los visitantes de ella...

Cierto día que paseábamos reunidos por las afueras de Rio Janeiro, don Antonio me declaró que en aras del agradecimiento al amigo había roto del todo aquella difícil situación ; y al poco tiempo agregaba á su relato la siguiente conversación tenida en un baile de la Corte.

— ¡Cuánto siento, don Antonio sus ocupaciones que han venido á interrumpir nuestras deliciosas partidas de ajedrez! Y de noche, ¿no podría usted salir? ¿No quiere usted le mande el coche después de comer?

— ¡Muchas gracias don Pedro — le contestó el invitado. — Yo también lo siento mucho: pero no puedo dejar de noche sola á mi señora, y de día... ¡ya sabe usted!

— ¿Y qué le parece á usted el baile?

— ¡Espléndido! Magnífico. Que no esperaba hallarlo tan completo: aunque sabía iba á ser concurridísimo.

Un grupo de personas del cuerpo diplomático separó á mi amigo del porfiado, y la gallarda apostura del ministro inglés, quien se puso á hablar con él, lo libró de la continuación de los tremebundos cariños de don Pedro.

Los salones rebosados por la corte estaban en verdad esa noche animadísimos. El soberano con su realenga amabilidad atendía á la mayor parte de las señoras de los representantes del cuerpo diplomático y las cuatro enormes salas resplandecían de luces y de joyas, las que, sobre los tintes obscuros de las carnes brasileñas, da-

ban el carácter más exótico é interesante á los ojos del extranjero á aquella reunión, la primera á que mi héroe asistía en el Casino.

Todo contribuía á despertar en el joven la más sedienta atención. Los movimientos de las damas, armónicos y laxos como si fueran sonámbulas; el accionar de los hombres, afeminado y tímido; el eco dulzón del lenguaje portugués, el río de brillantes al quebrar en mil haces las rojizas llamaradas de las bujías de cera: y el arrullador balanceo de las gavotas y mazurcas, de la pavana y minués acabó por envolverlo en cierta como ebriedad de animación y locura que se convirtió de pronto, y al recuerdo de la patria y la familia, en una melancolía nostálgica muy capaz de llevar al expatriado á buscar la soledad del corredor avanzado sobre el parque. Melancólico así lo hizo.

Apagado allí el sonido de las notas musicales y el murmullo del gentío, reinaba en contorno del aislado mancebo una calma arrobadora. La flora ecuatoriana derramaba en suaves emanaciones su perfume clorótico, y por las grandes puertas abiertas de las salas, salía otro como perfume libi-

dinoso de alegría y de carne femenina, que se compadecía mágicamente con aquel aroma de la incitante noche brasileña. Dijérase que, locuaz y desencadenado por la vida primaveral, el Amor andaba suelto aquella noche.

De pronto una voz femenina sacó de su abstracción melancólica á mi amigo. Era la acariciadora canturía de la muy suave gatita de la Rua das Larangeiras. Pasaba la esposa del bondadoso don Pedro acompañada de un grande hastial bigotudo, de cejas enmarañadas, larga patilla bardosa, apuntados y como espinosos cabellos de escobillón de cañón, y conjunto, en fin, el más áspero, el más hirsuto, el más basto y el más inquietante que pueda revestir un hombre sobre la tierra.

Trabajo me costó no soltar la carcajada — dijo mi padre — cuando hube oído de boca de mi amigo el relato del catálogo de las dotes externas del compañero que se había echado la dama en su reemplazo; pero la presencia del bolseado me hizo contenerla. Él continuó: No me volví hacia la pareja ni hice el menor movimiento á fin de que no me vieran; lo que conseguí valido como estaba de la obs-

curidad cobijadora del banco por mí ocupado. Pero la brasileña iba tan contenta con su tremebundo mamífero, que infiero no me habría visto, aún en el caso no improbable de llevarse por delante, distraídos ambos, el barandal marmóreo por junto del cual pasaban.

Picóme la curiosidad y seguí con la vista la pareja. Bajó ésta muy amartelada la ancha gradería de mármol ; y sin inquietud, sin apuro, se hundió entre la indecisa penumbra de las callejas tortuosas del jardín.

¡ Vamos ! me decía yo riendo con la risa del conejo — agregó mi amigo. — Que el muy *suspicaz* de don Pedro cuide su apetitoso cercado si quiere no le coman la fruta incitante de madura.

Á mí qué se me da de ello. Tal lo signifiqué en aquella ocasión, pues al poco rato me movía de un lado para otro en el salón principal, acompañando á una señora, sin hacer la menor memoria de la esposa de mi amigo. Una hora ó dos más tarde, me tomó un diplomático italiano del brazo é, imbuidos en agradable disquisición literaria, nos metimos por entre las calles del jardín tachonadas de la brillante pedrería

fingida por los faroles venecianos que las alumbraban. Habíamos andado algo más de media hora cuando entre un espeso grupo de árboles sonó de pronto cristalina y alegre carcajada. Pasabamos por junto de cierta glorieta reservada y como oculta, aclarada apenas muy débilmente por una linternilla discreta; enfrentada á su entrada, parecía puesta allí muy de propósito para convidar á citas é íntimas y amorosas pláticas.

— ¿Conoce usted esa voz? — me preguntó el diplomático italiano que se apoyaba en mi brazo.

— Sí — contesté, — es la de la señora de don Pedro Taboada.

El susurro de la conversación á la sordina seguía allí dentro del cenador.

Mi acompañante, una vez nos hubimos alejado bastantes pasos de aquella gruta de amor, volvió á inquirir con interés:

— ¿Conoce usted entonces á Julita?

— Un poco — le contesté. —Iba yo muy de tarde en tarde á su casa á jugar con don Pedro al ajedrez.

— Apuesto son más agradables los dados por la señora que los mates de don Pedro.

— Poco traté á la señora...

— No creo lo que me dice. Sabrá usted ya muy bien de qué pie cojea la dama.

Me molestaba la conversación en ese terreno — dijo mi amigo — por lo que de murmuración tenía; y traté de reponerla sobre el carril literario; pero mi acompañante se había desbocado y antes de conseguir volver á enquiciar la plática, tuve que oir, quieras que no, algunas referencias incapaces por cierto de sorprenderme, pero si bastantes para que me dejaran en el espíritu el amargo sabor de las flaquezas humanas hurgadas y revueltas por el agrio placer de la maledicencia pública.

— Amigo, me decía don Antonio, ocho días después de contarme la escena del jardín que acabo de referirte, — continuó mi padre — hoy no me fué posible rechazar las insistencias de don Pedro. ¡Es un santo! — Hoy no! Hoy no se me escurre! — me argüía casi tapándome con la mano trémula de agitación la boca. — He recibido ananás de la hacienda de Curutivá...

— Que no puedo: que están esperándome en casa — exclamé defendiéndome heróicamente.

— Pues que aguarden, mi amigo... ¡que aguarden, hoy! Usted es mío.

— Pero señor don Pedro...

— Dígame usted lo que quiera; pero lo que es hoy pasa usted la tarde conmigo.

— Pues andando, amigo mío; y si por usted se me malogra algún negocio...

— Ya trataremos de buscarle por aquí, en la Corte, alguno que lo resarza.

Al cabo de un cuarto de hora de coche entraban don Antonio y su Mefistófeles en la casa del terrible jugador de ajedrez. La solana no estaba por cierto aquel día muy agradable. El calor era excesivo, pero la espléndida sala les proporcionó media sombra contra el bochorno y ambiente refrigerante que les puso en todo el cuerpo el más dulce bienestar. Vino el tablero de ajedrez traído en brazos por un criado: pusiéronse á poco en orden las piezas y rompieron don Pedro y el protegido de Putifar, el uno contra el otro, animados de dos muy diversos sentimientos: aquél pensaba en el modo de ganarle, éste en el destino de las gentes.

Entretanto que reflexionaba mi amigo, en el saloncito íntimo de la dama empezó á cantar el arpa. Y con qué virtuosidad tan amatoria!

Eso es... ¿Pues no? Ya conocía la preparación... ¡eso es!... el baile de máscaras; ahora se le declara al chimpancé, haciendo vibrar las cuerdas ¡Uey! qué intensidad... ¡Vaya un ambiente para mantener propósitos elevados!

El que pagó el pato fué el bueno de Taboada. ¿Por qué su mujer estaba diciendo esas cosas á mi amigo? Le sacudió éste al pobre diablo dos mates que hicieron poner blanca de despecho su cara más que cobriza.

Pocas jugadas habíamos hecho de la tercera partida recién comenzada, cuando:

—¿Qué? ¿me come usted la reina? — preguntó de pronto la víctima desfalleciente al ver que don Antonio llevaba á efecto la jugada sin devolverle la pieza como otras veces lo hiciera.

—¡Pues ya lo creo! Si la deja usted in defensa.

Pero al ver cuánto se contrariaba por ello le devolvió la dama y soltó la risa pensando en la coincidencia que le ponía tan

ciego el día en que justamente, según las tentaciones que como á nuevo San Antonio le asaltaban á su contrario, necesitaba él más de sus conocimientos en el juego.

En esto llegó la gatita. Ni maullaba ya al acercarse, ni se refregaba como antes. Ah! Al buen entendedor... se dijo el interesado al notar esto, y le dirigió la palabra como si ningún cambio hubiera percibido en sus maneras de felino encelado. Empleó para con ella la misma atención despreocupada que antes le concedía. — Bien, ¿ y Vd. ? deseaba tanto verla — repuso á su pregunta de cómo estaba. Ella en cambio no tuvo ya para con el desdeñoso nada de aquellas antiguas morronguerías ; nada de ojos adormecidos y temblequeos de labios ; ni de sacar y mover viperinamente la punta de la lengüecita granate, sedienta de ser mordida ; nada en fin de aquellas monerías libidinosas, ni de aquellas atenciones pretextos que antes usó para insinuarse querendona en mil rendidos requiebros, que casi hicieron perder el tino á mi canonizable amigo.

Al poco rato de estar ella allí contemplando en silencio la partida, la preguntó el destronado por dirigirle la palabra :

— ¿Se ha repuesto usted del todo? ¿Ya está usted buena?

Nada me quitará del convencimiento — medecía riéndose mi amigo - que aquel diablillo fué hasta el fondo de la segunda intención con que salpimenté mi pregunta; porque en su cara de ángel de cera sabedor de ¡tantas cosas! manifestó intentos de cubrirse de rubor: pero bien pronto sus labios sibilinos contestaron así, dibujando la más inocente sonrisa:

—*Não foi nada.* — *Não tueve nada.*

— Y... en fin... ¿Cómo le fué á usted de baile?

— ¿Qué? ¿Qué usted no sabe? — Le contestó reponiéndose y vuelta á su aplomo completo.

— ¡Nada señora! Estoy ignorante de lo que á usted haya ocurrido.

Á todo esto, el heroico papanatas reía á mandíbula batiente y se fingía acortado por la modestia, cuando descubrió el intento de su ingenua esposa: como si ésta fuera á referir de su marido un verdadero rasgo de ingenio.

— ¡No sabe usted qué cruel noche pasé tan disgustada! Tan angustiosa, amigo mío.

— ¿Cómo así? — le preguntó don Antonio entre risueño é incrédulo:

El zanguango del marido seguía riendo con una hinchazón de falsa modestia que movía conmiseración más que desprecio.

— Mucho le busqué á usted — prosiguió la mujercita — ¿En dónde se había metido?

— Pues allí estuve... señora mía. Después que hablé con el señor don Pedro y saludé á ustedes, no tuve el gusto de volver á verles. ¿Se vinieron en seguida? ¿Por qué tan temprano?

Taboada reía á más y mejor.

— ¿Sabe usted? ¿Sabe usted? —le preguntaba á mi amigo como una ballena atacada de la risa — ¿sabe usted lo que más me gustó en el baile?

La gatita calló al oir la respuesta de don Antonio, convencida acaso por el aire de sinceridad que éste puso en ella, de que no la había visto sino en el momento de hacerla el saludo al comenzarse la fiesta, y de que sus entretenimientos del resto de la noche le eran del todo desconocidos.

— ¿Sabe usted cuál fué para mí lo mejor del baile? — Insistió don Pedro, interro-

gando al santo que compartía con él aquella escena.

— No lo imagino, mi amigo — le contestó el otro — pero usted es tan... ¡original!

— Pues hombre, vale la pena de que lo sepa: lo que más me gustó fué el momento en medio de la mayor animación de las parejas, en que, saliéndome yo á la calle, llamé á mi cochero, me metí en mi cupé y me arranqué, me arranqué ¿sabe usted? me arranqué desesperadamente los malditísimos botines de charol que ésta se empeñó en hacerme llevar al baile cuando yo sabía me aprensarían los pies... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jaaaa!

¡Cómo reía aquel bárbaro!

—¿Lo oye usted? ¿Lo oye usted?— preguntó á mi amigo la taimada mujercita, fingiéndose muy resentida.—Se vino á casa así como usted vé y me dejó sola en el baile durante toda la noche. ¿Y qué cree usted se puso á hacer aquí en casa este hombre desamorado?

—¿Cómo he de saberlo yo, señora? — se le repuso.

— ¡Pues á jugar el muy pillo al solitario! Hágase usted cargo...

— ¡Ya me lo hago! — murmuró el varón heróico.

— Mientras yo... mientras yo... — continuó la diablilla agitadísima al parecer, pues que la impresión no la dejaba hablar, — buscaba á pleito á mi señor marido... le buscaba á pleito sin cesar por los salones; y así pasé angustiada toda la noche, molestando á la mayor parte de mis amigas para que me acompañasen de un lado al otro en procura de este desamorado. Igual servicio y compaña que me prestaron mis conocidas, hubiera solicitado de usted, amigo mío, á haberle hallado por aquellos salones en que anduve como bola sin manija, hasta que, saliéndome á la calle, oí de labios del cochero, al venirme llena de inquietud á casa, la noticia de que el señor estaba metido en ella, desde antes de las doce de la noche.

Parecía iba á llorar al decir esto la pobrecilla...

Las risas del bonachón calmáronse y exclamó muy convencido de referir un hecho ingenioso:

— Por eso decía á usted, que lo que más me gustó del baile fué el sacarme los botines.

Y mi amigo pensaba entre sí: en cambio, de seguro, á tu afilada mujercita, lo que más le gustó del baile, fué el ponerse como lo hizo en él las botas! Pero no lo expresó, y sólo sí, al dejar los ojos en blanco y levantar mudamente los ojos al cielo para significar asombro sin proferir opinión sobre el proceder del desamorado, sabe Dios qué actitud hubo de tomar así su cabeza, al quedar entre los brazos que se estiraban en lo alto, porque Julia se puso muy vivamente encendida y fulminó una mirada aguda como puñal.

DOMINGO SUSTAITA

DOMINGO SUSTAITA

Junto al desvencijado rancho balaban dulcemente las ovejas, cuya majada acabábamos de encerrar en el corral.

Los balidos acentuaban aún más el callado reposo en brazos del que parecía dormitar la indolente naturaleza.

Don Carlos, el peón Lauro, Juanucho y yo — prosiguió relatando mi padre — nos acomodábamos en derredor del fogón, sentándonos en sendas cabezas de vaca. Asábase chirriando, en el entretanto, el sanguinoso costillar que lloraba sobre el rescoldo rubias lágrimas de grasa. Cuando estuvo bien soasado, dió en él, el dueño de casa, un gran tajo transversal; abriéronse los jugosos labios de la cortadura, y co-

menzaron á despedir, con el jugo y con la sangre caldeados, un cierto humillo aromatizado que fué despertándonos á todos los comensales el más activo apetito.

— Acérquese, pues, don Juan José, no sea mulita! — me dijo entonces don Carlos.

Te aseguro, — continuó mi padre sonriendo — que no me hice repetir la invitación. No sé si fueron las agitaciones del día la causa de mi hambruna, ó si mi corta edad y mi excelente estado de salud: tal vez todo ello junto; pero el hecho es que hoy, sesenta y cinco años transcurridos después de aquel hartazgo memorable, no he olvidado ni creo olvidaré mientras viva, las tales fibras jugosas de la carne, llenas de sangre y de aroma, por las que corría formando ojos y burbujas, la gordura perfumada que se achicharraba poniendo un reborde obscuro al asado delicioso...

Yo solté la carcajada.

— ¡Perdona! — dijo mi padre medio corrido. — Verdad. Me iba por los cerros de Ubeda. Haz cuenta que no te he dicho nada y que empiezo aquí el relato. Suponte que acabamos de saborear el *churrasco* de-

cantado y que, caída ya la noche, reina en contorno del rancho una placidez, verdaderamente deleitable. Mientras dejábamos pasar la modorra que acompaña la digestión, agotados ya los temas campesinos, entre el silencio y la somnolencia de mis compañeros, yo me entretenía en ir cortando tiras del asado sobrante retirado ya del fuego y clavado en un asador al lado mío, para repartirlas entre Sultán, el grande perro contrahecho, y el Chucho, un mestizo éste que no salía de junto al fogón, á modo de viejo gato friolento. De pronto, como si en mi oído mismo una grande persiana se escapara de su quicio, cayera y chocara vivamente contra el alfeizar de la ventana *¡ prouijj !!* sonó hacia el lado del corral un ruido extraño. Sultán, seguido de Chucho, se lanzó hacia afuera furioso. Don Carlos, saltando de su asiento hasta la puerta del rancho, la cerró precipitadamente y con estrépito. Casi desdavorido se lanzó luego hacia el fusil que tenía arrimado á la cabecera del catre, en tiempo que otro *¡ prouijj !!* violentísimo resonaba en el corral.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —aulló don Carlos, lanzándose á la ventanilla que da-

ba hacia el lado donde se sentía el alboroto de las ovejas.

El peón Lauro y Juanucho corrieron hasta la puerta. Yo me quedé silencioso en mi asiento sin volver de la sorpresa; pero los ladridos cada vez menos furiosos de los perros que se alejaban y que contestaron con un fugaz acrecimiento al estampido del tiro que don Carlos soltó al aire entre las sombras, fueron para mí una revelación, pues comprendí que el tigre iba ya lejos llevándose alguna oveja.

— ¡Maldito sea! — rugió don Carlos estallando en una verdadera erupción de improperios, de juramentos y de malísimas palabras. — Maldito sea el... ¡tal y el cual; — y crispaba los puños como un poseído.

— ¡Qué susto don Juan José! — dijo el atrevido peón Lauro, quien siempre se permitía hacer á todos cuantos seres tenía al lado objeto de sus chascarrillos.

Entre la sombra y en medio del restablecido silencio de la noche, bajo el toldo negro del cielo agujereado, al parecer, por las brillantes estrellas, se escuchaba, allá en la hondura de la obscuridad, el fatigoso jadear de los perros que volvían ha-

cia el rancho, al trotecito, parándose, de tiempo en tiempo á insultar con sus gruñidos entrecortados, al merodeador impenitente que ¡sabe Dios! ya entonces donde estaría.

— Agarray el farol, muchacho! — dijo el enfurecido don Carlos, mientras entraba taco de nuevo en el mohoso fusil.

Juanucho cogió una linterna desvencijada que pendía de las costaneras del rancho; sacó el cabo de vela que tenía aquella adentro y lo acercó listamente á la lengua rojiza de una llama del casi extinto fogón; después, y así que tuvo la bujía encendida, la volvió á colocar en el farol, y se quedó luego quieto como un muñeco de barro, alumbrado de abajo arriba por la luz de la linterna que le teñía como sangre la mano en que la sustentaba. Absorto el buen muchacho observaba la operación de la carga del fusil que el patrón terminaba iracundo en ese instante.

— ¿Qué va á hacer, don Carlos? — le pregunté inquieto á éste. — ¿Piensa usted salir á tales horas á buscar en su propia manida al tigre?

— ¡No soy loco! — me contestó apenas, muy mal humorado. — ¡No soy loco! Voy

á dir al corral, pa ver que daños me ha jecho este hijo de su madre.

— De la del — le contestó riendo Lauro. Esto calmó un poco la irritación del campero.

— Mire, don Juan José — me dijo entonces el mismo un tanto tranquilizado — ya jacía tres años á qùe no teníbamos la visita qui acabamos de tener. Con la cricida del río ya incomenzamos de nuevo á guerriar... ¡ Malditos sean !!

Abrió la puerta y salimos todos en montón. Los perros estaban ya allí gruñendo y olfateando junto á los lienzos de tabla que formaban las paredes del corral. Otra carrera, en sentido opuesto del que nosotros llevábamos, dió la majada despavorida y me heló la sangre en las venas por un segundo. ¿ Pero, qué era ? Que la linterna de don Carlos alborotaba de nuevo á los horrorizados animales. Nos acercamos á donde estaban husmeando los perros y hallamos una oveja destrozada cuyo cuerpo aún palpitaba. Don Carlos, lanzando un tremendo terno, comprobó lo que yo ya había observado con respecto al animal despedazado : al pobre agonizante le faltaba toda la ubre, como si hubiérale sido

cortada por un mohoso cuchillo de leñatero.

— ¡ El goloso ! ¡ Hijo de tal ! — bramó el hacendado. — ¡ Cómo rompe pa cortar y para separar las golosinas ! — Y se dirigió, diciendo esto, á otro bulto que se agitaba como una mancha movible sobre la negruzca *playa* del corral. — ¡ Aquí tiene otra, don Juan José — me dijo bastante más resignado, al mirar ya sin remedio las magnitudes del mal.

El mismo ruido particular, seco, rasgante, que tanto me impresionó las primeras veces que llegó á mí el *barrer de la tendida*, producía el rebaño cada vez que don Carlos, revisándolo por un lado y por otro se volvía de aquí para allí haciendo oscilar la linterna, cuya luz iba como una barra de oro moviéndose entre las sombras, las que rompía á cuchilladas partiendo con su hoja luminosa la densa obscuridad. Lauro y Juanucho, con ojos de lince, inspeccionaban el grupo compacto de las ovejas ; y, validos de aquellos, más eficaces por cierto que el reverbero del patrón, como nadando entre la ola blanquiescente del rebaño apiñado en un ángulo del corral por huir de la linterna, decían, cuando el uno, cuan-

do el otro :—Velay aquí patalea una lisiada. Agora hay visto dos rengas. Á ésta le ha rompio el anca...

Al fin cargaron los dos peones con los animales agonizantes que don Carlos degolló para despenarlos, y entramos, nosotros siguiendo á aquellos, en el rancho. Los perros nos seguían de cerca, y de tiempo en tiempo hacían ¡ hump ! como inquietos, aunque indecisos para soltar el ladrido lo dejaran las más de las veces en amago.

Á la siguiente mañana, muy de madrugada, el rebaño estaba ya tranquilo; pero tranquilo y todo, dió un gran trabajo para lograr hacerlo salir al campo á su pastoreo.

— Velay — dijo Lauro — ¿ cómo no ? Hemos andao muy lerdos. — Y comenzó á barrer con el lomo del *facón*, y tapar con tierra, el charco de sangre de las dos ovejas degolladas por el estanciero la noche anterior, charco que ocupaba casi todo el ancho de la puerta del corral y humedecía

el terreno dibujando sobre él dos granates amapolas colosales. Y aentonces la majada porteó tranquilamente y se derramó como una ola de algodón escarmenado sobre la verde falda de la vega que humeaba al sol con el vapor del rocío.

El peón y el muchacho se fueron con caballos de repuesto, en busca del negro Sustaita quien vivía *retiraito*. Ambos debían de volver con él allá para las postrimerías del crepúsculo. Pero no hacía ni tres horas que habían salido, cuando desde el corral donde andábamos inspeccionando los daños que, en las vigas de madera unidas por sunchos de fierro hiciera el tigre, don Carlos alzó la vista, llamada su atención por el hondo aullar de los perros, y la clavó en la cuchilla de la collada cercana, por cima de la que, destacándose en el cielo, se venía un hombre, sólo y á pie, caminando lentamente...

—¡ Puñaladas ! —gritó volviéndose á mí mi acompañante—Dígame señor don Juan José, ¿ no le parece que es Lauro el hombre que viene por allí de á piés y mesmo sin el sombrero ?

Los perros corrían ya hacia el peatón, moviendo amistosamente las colas ; y an-

tes de que yo contestara afirmativamente, como iba á hacerlo, la pregunta del estanciero, éste se dirigió corriendo hacia el caballo que tenía atado en el palenque, y partió á gran galope con dirección al pedestre.

Pronto ví á los dos hombres unidos, como hablando y por un instante parados. Luego el ginete, con gran cuidado y premura, ayudó á subir en su montura al de á pie, quien lo hizo, al parecer, asaz trabajosamente. Pocos minutos más tarde me daban ambos razón cumplida de los sucesos.

¿Qué había pasado? Que al llegar á la costa del arroyo de Maciel y entrar, galopando á causa del apuro que llevaba, entre los sombra de toro llenos de boscosidades y enmarañados sarandizales del monte, por los que hay que pasar para llegar á la *picada* donde da vado el torrente, un tigre, que estaba allí agazapado, le saltó á Lauro encima, y le desprendió con la zarpa un buen trozo de cuero cabelludo, derribando el hombre á tierra y ensañándose en la aterrorizada montura, que huyó depavorida como alma que lleva el diablo, llevándose prendido de los arreos y el lomo al

gran felino que destrozaba sus carnes. El peón herido se levantó entonces más veloz que lagartija, y, corriendo, ganó la planicie descubierta del campo asoleado; allí donde no llega el tigre porque se *empampa*; y huyendo á todo correr hasta que le dió abasto el cuerpo, consiguió ponerse lejos de las marañas del monte.

Una vez llegado allí se dejó caer exánime, de barriga sobre el suelo, y trató de vendarse afanosamente la herida con los girones de su camisa; después volvió á ponerse en camino, y aguijoneado por el terror, á pesar de venirse desangrando horriblemente, caminó y caminó hasta la cuchilla, donde columbró el estanciero su descalabrada figura. El pañuelo y las tiras de camisa que ceñían su cabeza, embebidos en la sangre, le adornaban con un turbante granate. Cuando bajó del caballo, operación en la que hubimos de ayudarle, tan débil estaba por causa de la hemorragia, experimentó un desmayo del que yo creí no volviera. Lo entramos y nos pusimos á curarle. Al desligar el vendaje para lavarle la herida vimos que ésta le bajaba por el cuello, hasta más allá de la mitad de la espalda; como si la atroz rasgadura

hubiese sido hecha con una hoz muy cortante.

—Juanucho juyó patrón. Lo que yo siento es el apero... —decía el muy bárbaro mientras nosotros le sujetábamos angustiados el cuero cabelludo que se enrollaba bajo mis dedos crispados. — Lo que yo siento es el apero...

— Cállate, animal — vociferó el paisano, quien le hizo presión en los hombros como para obligarle á que se tendiera en el catre. Luego de lavada la herida con árnica doblada de agua, y de unido el cabello anudando sus mechones, por no animarnos ni don Carlos ni yo á coserle como era debido el rasgón, volvimos á ceñirle con los trapos la cabeza.

—¿Patrón, no dentró el overo? — preguntaba aquel bruto, cuatro horas más tarde de la en que le hicimos la cura; y lo preguntaba en medio del delirar de una fiebre abrasadora.

— Este hombre se nos va á morir aquí, don Carlos.

—¿Quién? ¿Este? ¡Diande! — Y soltó la risa, contestándome el paisano. — Mire —agregó — Verá. Antis de ocho días ya estará tan güeno y ¡sano...

Pasamos, sin embargo, toda la tarde muy contrariados é inquietos. El pachorrudo estanciero no tenía allí su mujer, y "él no era güeno ni pa curar redomones". El herido deliraba cada vez con más violencia. Nosotros nos reducíamos á lavarle, con árnica de mi botiquín, la herida; pero una vez acabado el tópico trás las primeras curaciones, tuvimos que hacerlo con agua salada. Cuando las aplicaciones de las telas de araña hubieron restañado la sangre, yo empecé á tranquilizarme; pero entonces se me despertó la preocupación que la falta de noticias de Juanucho tenía que producirnos. Manifesté mi inquietud al estanciero, y éste me tranquilizó diciendo:

— Mire, amigo, no tenga nengún cuidau. Mi muchacho ha olío tigre desde chico. Ya estará en la casa del negro, y antes de cair la noche van á sentarse lo dos pu aquí. ¿No ve? De juro que si hubiera ocurrío alguna disgracia ya estuvieran los cavayos en la querencia: son golvedores.

Con efecto; envolvíase ya en sombras la campaña y la lechuza comenzaba á arrullar con su *cus-cous* cariñoso, cuando los perros ladraron afuera y sentimos, en saliendo, el pesado galopar de los caballos. Este se cambió en trote; crecieron las dos grandes sombras que llegaban como aleteando hasta tocar el palenque y en tal sazón conocimos á los forasteros: eran los esperados.

Mientras echaba pie á tierra, y empezaba á desensillar su caballo, el enorme hombre negro cuyas facciones no podía yo aún distinguir á causa de la obscuridad de la noche, desplegó los labios y dijo:

—¿ Conque se ha descuidau Lauro ? — Y como don Carlos le refiriera con breves frases el suceso: — Si ya lo sé — continuó — ¡ Cuándo no hábia de haber sío ! Nunca hay visto hombre más confiau !

Entramos en esto en la cocina y rodeamos el fogón cuyas llamas *lengüeteaban* ya el asado. Luego se pasó cerca del catre del

herido, quien dió entonces señales de encontrarse despierto. Contrariamente á lo que yo esperaba, hallábase más tranquilo. El negro se le acercó y lo saludó tomándole de la mano que caía fuera del recado.

El febricitante murmuró:

—Aquí me tiene, don Sustaita.

—Callate y no hablés, muchacho; y otra vez tené más cuidao: si hay tigre cuerpiale pues á los sarandices; ya sabés. —Y se fué á sentar, con decir ésto, y se quedó silencioso junto al fuego. La luz de la llama le dió entonces en la cara, y no olvidaré nunca aunque viviera otros ochenta y dos años, las facciones de aquel hombre. Acaso influyó para ello el prestigio de lo que de él me habían contado: acaso lo que sabía yo que él iba á hacer al día siguiente; acaso su misma sencillez que contrapuesta á los hechos, me parecía ser de algún héroe de Homero; ello fue que hasta me pareció hermoso aquel engendro del vigor en connubio con la animalidad. Y eso que no era el suyo un tipo rudo y perfecto de africano, ni tampoco el de uno de esos negros indios de cabeza chata y nariz albondigada: máquinas perfectas de elasticidad y de fuerza; ni era su fisonomía la del

mestizo de finas facciones blancas y lustre de hulla en la piel; pero éralo todo á la vez y algo más que todo ello junto, porque de no ser así, no habría podido despertar en mi imaginación de muchacho una impresión tan intensa y complicada. Los ojos de aquel hombre no eran ojos, semejaban dos agujeros llenos con tiza, entre la que se movía la bolilla negra y fosforescente de su pupila; los pómulos, muy salientes, le apuntaban como á flor de carne; la boca era grande, sombreada por el bigote erizado; y el cuerpo de aquel gigante era tan vigoroso que, á su lado, todos nosotros parecíamos enclenques.

Habíame quedado absorto en tales observaciones, cuando la voz del dueño de casa me sacó de mi abstracción.

— Sírvase, amigo Sustaita, decía, si es que le parece que el asau estuvo listo.

El negro desenvainó su largo puñal de dos filos y cortó con él un trozo de carne humeante; y lo hizo todo con tal rapidez como si al solo destello que lanzó la luz del hogar al dar en la filosísima hoja, se hubiera abierto la carne y separado el pedazo.

Juanucho me miró y dijo por lo bajo:

— Velay, como corta.

— ¿Y no guarda gusto á tigre? — preguntó don Carlos en són de chunga refiriéndose al arma.

Sustaita, casi rozando con el facón los gruesos labios de su boca, cortó allí mismo el bocado cuya punta sostenía entre los dientes: bajó la mano con el resto de la carne; masticó y tragó el pedazo; apoyó en la rodilla el puño que sostenía la daga; clavó los ojos en el interrogante, y dijo con sencillez:

— Hoy lo he chaireao para fino.

Y aquella expresión sublime, por lo grande y lo modesta, del peleador de tigres con respecto al filo que esmeradamente había apercibido en su puñal para usarlo al otro día en combate cuerpo á cuerpo con la fiera, sonó en mi oído durante toda la noche, y aún, al través del tiempo la escucho como presente.

¡ Don Juan José ! ¡ Don Juan José ! ¿ Qué le ha hecho la madrugada ? ¡ Mire que ya se nos vino encima ! — Y don Carlos después de decir esto salió dejando la puerta abierta.

Salté del catre y corrí al pozo. Junto á su brocal había un pipote en el que me lavoteé la cara y las manos diligentemente. La madrugada era fresca y bellísima. Ensillamos los caballos: Juanucho se quedó para cuidar del enfermo; y partimos, el negro, don Carlos y yo, al galope de nuestras monturas, en dirección á la picada del pajonal, donde el día antes había sido herido el peón Lauro. Como Sustaita viera que me iba incomodando el fusil, murmuró, entre disgustado y risueño :

— Ahí tiene ! Mordió el freno por trair la herramienta... y aura lo viene jorobando !

Llegamos á la costa de Maciel y los perros empezaron á ladrar furiosamente ocultos en la primera mota de sarandices

que había junto á la gruta llamada Cueva del tigre.

— ¡Oiganlen! — dijo el negro riendo á voces mientras don Carlos y yo callábamos, á cual más pálido y asustado de los dos — ¡Oiganlón! Este ya se ha hecho campero viejo. ¿No lo ven? Si ya iba á puertear.— Y como los perros siguieran *toreando* entre lo fragoso de los tojos y las espinosas marañas, agregó, con su lenguaje bárbaro y pintoresco:

— ¡Perdoná, hijito! — Se refería al tigre que suponía entre las pajas — ¡Ibas á salir al campo, tan de mañaíta y los cuscos tian molestau!

Á aquel heroe se le despertaba el buen humor con la proximidad del peligro.

Los ladridos iban cada vez más adentro en lo hondo de la selva; y como los caballos enfilaran las orejas, aunque sin mayor inquietud, el negro, sujetando el suyo entre los árboles, dijo:

— Bueno, don Carlos, no se me asuste pues, tan fieramente! Para ustedes se me hace que ya está güeno po aquí. Y cuidau con los cavayos no me vayan á dejar á pie! Y alcáncenme el mío cuando los llame... eh!

Aunque yo ibá prevenido, no acababa de convencerme de aquello. El cazador se metía á pie y solo entre las pajas y cortaderas, allá por donde los perros andaban de un lado para otro husmeando al tigre y *toreándolo* recelosos. La sangre juvenil bulló en mis venas ante tan brillante ejemplo y sin saber casi lo que hacía, eché también pie á tierra.

—¿Qué va á hacer?—gritó al ver esto don Carlos, más pálido y desencajado que antes.

—Acompañar á don Domingo—repuse.—Usted basta para cuidar los caballos. Lo que es el mío queda seguro.—Y ceñía al hablar así, el fuerte cabestro á un laurel.

—No sea loco—voceó—venga para acá.

El negro ya se iba abriendo camino por entre las pajas con el enorme machete resplandeciente al sol en una mano, y en la otra, cuyo brazo había envuelto en el cuero de carnero que le servía á menudo de cojín, tomado de través, un trozo de ñandubay, aguzado por las puntas, que salían de su palma otro tanto por ambos lados. Al sentir los gritos de don Carlos detúvose, volvióse hacia nosotros, y lo que se dió cuenta de lo que oçurría:

—¡Vaya! ¡Vaya!—gritó muy grave. Si Vd. viene con fusil, lárguese solo. ¡Yo no me hago balear al santo cuete! No quiero que Vd. me caze.

Herido en lo más íntimo de mi amor propio, contesté:

—¡Qué, se ha creído Vd. que yo vaya á hacer fuego asustado? Si yo no tiro al *tum-tum*.

—No sé nada! No sé nada! Pero si quiere venir pa ver, largue eso que no le ha de servir pa nada. ¿Cómo piensa poder hacer puntería con semejante jeringa en medio de este matal de sarandices y cortaderas? Cómo se ha de servir de esa herramienta? No sea lerdo hombre! —Y sin ocuparse más en mí gritó:—¡Sultán! ¡Chucho! ¡Malditos perros! Lo están haciendo empacar, pa que el tigrejo me venga á dar más trabajo.

—Sultán! ¡Chucho! Aquí. Listo aquí! —gritó don Carlos.

Los perros pasaron junto á nosotros jadeantes y enloquecidos.

—Chillar al ñudo ladiaos, y no se le han de acercar ni á tiro de bola. Estos perros están mas huidos de la alimaña que lo está el mesmo Juanucho.—Decía el ne-

gro mientras avanzaba por entre las pajas.

Entonces dejé el fusil en el suelo, desenvainé el puñal y grité:

—¡Aguárdeme don Domingo! ¡No se apure!

Lo que se volvió á mis voces y me vió sin el fusil, mostró los dientes blancos y me dijo:

—Ansina sí que lo creo. — Luego siguió caminando hacia delante sin dejar ni un segundo de observar minuciosamente á todos lados; y al hacerlo, me iba dando consejos:

— Vea. Cuando estén así las pajas, diga que ha andao por ellas tigre; y no carpincho. ¿No vé? El tigre pone la pata y las rompe, el carpincho las ladea ó las deja arribita como quincho de tapera... Aguárdese un poquito. — Y se agachaba y atisbaba por entre las afiladas hojas de las cortaderas, quedando un instante en silencio para proseguir más tarde ya un tanto tranquilizado. — Cuando vaya á buscar tigres, como ahora, gánese siempre entre las espinas ó las cortaderas. Vea. El animalote es flojo y no se quiere arañar: delicao como si fuera hijo de rico. Y después co-

mo ésto es muy espeso, las pajas sirven de rancho y son buenas pa contrafuerte. ¡Vé! — dijo parándose derrepente — por aquí anda... Ahora, cuidao. — Y se inclinó á estudiar el rastro. — Es una tigra, dijo. Y luego, interpretando, acaso, mal mi silencio, agregó : — ¿Quiere volverse?

— Vamos adelante, no más, don Domingo — le dije, dominado por su incomparable sangre fría.

Acaso influía en mí, también para darme aliento, el haber visto de cerca otras veces cacerías de tigre y hasta el haber asistido, aunque no de esa manera á muchas de ellas. En aquella época, felino que salía de lo intrincado del monte era motivo de verdadera fiesta. Éste á tiros de fusil, aquél á golpes de bolas, y más de uno extrangulado por los ceñidores lazos de los payos, iban cayendo *empampados* ó atolondrados con el mareo que les causa la vista del llano despoblado, al reverberar del bochorno asfixiante de la canícula.

— Cuidao con los cañadones ! ¿Eh ? Mucho cuidao ! — Me advertía el gran maestro — Cuando me vea cuerpearle á algún curupís, hágase Vd. también á un lao y saque el cuerpo lo mesmo que yo lo hago.

—Y por qué va Vd. tan de prisa?—no pude dejar de preguntarle—¿Si le sale la fiera de un costado del carrizo?

El negro soltó la carcajada.

—¿Y no ve que no hay maciegas allegadas? ¿Ó Vd. cree que va el tigre á venirse como cusco talonero por sobre de los cardones tendidos! ¿Por dónde quiere que se allegue? ¿Qué no sabe que es montero?

En esto caminamos tal vez más de un cuarto de hora. Yo me sentía ebrio de valor, arrastrado por la temeridad contagiosa del negro.

Su silencio y actitud me indicaron derrepente la proximidad del peligro.

—Ah!! La.... Ladéese!!!—gritó el cazador de pronto. ¡Lad!... ¡Ladéese!!!—y yo no pude oir más.

Como si un árbol inmenso por junto á cuyo tronco pasábamos, se me hubiese venido encima, y me sepultase bajo ramas y follaje, rodé por tierra envuelto en el

terremoto. Hubiera yo perdido, creo, el conocimiento si el mismo efecto del miedo no me lo hubiese impedido. Así fué que me levanté braceando entre las pajas. Me incorporé; hubiera querido ser cuatro veces más alto, por ver lo que en torno mío pasaba. El negro, como un pulpo gigantesco, se revolvía como á diez metros de mí, hipando y forcejeando angustiosamente. Y le ví levantar el brazo entre las cortaderas y enderezarse y volverse á mover y alzarse por fin del todo bufando furiosamente.

—¿Lo arañó de pasada?—me preguntó inquieto sin volver la faz hacia mí Yo estaba helado: convertido en una estátua. Junto al negro un remover afanoso de las cortaderas hacía temblar todo en contorno.

—Acérquese ya, pues—exclamó el cazador riendo; y continuó:—¿Vé lo que yo le decía? De juntito al curupís... ¡de juro! Pero es que yo no me lo hacía tan cerca. ¡Había estao arrimadito, aguardándonos! Debe tener cachorros ¿sabe? porque nos agüaitó á pie firme. ¡Era liviana la tigra! Válgale á Vd. el ser flojo de piernas y que el salto de la tigra era pa en contra de mí. Y me ha arañao la cara la

muy perra! Pero no lo ha de golver á hacer.

En tanto que esto decía don Domingo, continuaba á sus pies el remover profundo de las cortaderas, como si dos ó tres hombres luchasen ferozmente entre las pajas. Yo no podía dar entrada en mi espíritu al convencimiento del hecho.

— Acérquese y véala — repitió el negro sin dejar por eso de indagar en contorno con penetrante mirada.

Yo me aproximé y sentí un hondo extremecimiento nervioso. Á los pies del héroe, todo ensangrentado el enorme tigre, como sujetado en tierra, horriblemente crispado, con las cuatro garras garfiosas vueltas hacia arriba, arrancaba y hacía saltar en contorno pedazos de sarandices y trozos de cortadera, entre cuyo maciegal había caído. La boca del animal, espumarajosa, ahogándose con la propia sangre, permanecía abierta y como rebosando de espumas y coágulos rojos. Los grandes ojos, vidriados ya por las ansias de la muerte, parecían mirar la erguida figura del negro como lo hicieran los de un agonizante ñacurutú gigantesco: no quitaban la mirada de encima del victimario. Del

ancho pecho rasgado brotaba un grueso chorro de sangre que manchaba las laxas mamas colgantes; y la cola se retorcía junto á la panza con un casi imperceptible estremecimiento de intensísimo dolor. En los postreros zarpazos las dos manos y hasta las patas parecían querer buscar con las uñas engarfiadas el interior de las fauces entreabiertas. Pensaríase fuera aquello un gato monstruoso que se retorcía ahogado con una espina que se le hubiese atravesado en la garganta.

—¿Y por qué no cierra la boca la tigra? —Pregunté aterrado y casi con intenciones de treparme al árbol en donde me recosté maquinalmente.

—Valiente! —me contestó el cazador. —¡Ésta sí que es buena! ¿Y cómo quiere que la cierre, si se me ha quedao con el palito de dientes, la muy golosa?

Eso me explicó todo. Al asalto de la fiera, el negro hubo de presentarle el brazo izquierdo guarnecido, como lo llevaba, con el cuero de carnero debajo del que la mano empuñaba de través la estaquilla de ñandubay. Casi hasta medio brazo había entrado el del cazador en las fauces del felino, las que se cerraron atrozmente por

morder, sintiendo dentro la presa, y quedando así víctima de su propia ferocidad; puesto que, la ciega imprevisión, hizo que el animal se atravesara á sí propio el paladar y la lengua con el dardo de madera. Las zarpas, distraídas por la crispación consiguiente al dolor producido en la bestia por el horadador bocado, habían dado libre curso al gran puñal que, enfilado al corazón, lo partiera medio á medio. Pero la muerte no dominaba sin esfuerzos espantosos á aquel cuerpo gigantesco blandeante y revoltoso. La sangre salía de él en aturbonados y desiguales flemones y los ojos de la bestia se iban poco á poco vidriando, sin apartarse de los del negro.

Èste se dió al fin por satisfecho de su inspección visual en los enmarañados contornos, y me dijo ya gozoso:

— Á ver, don Juan José, alléguese y alcánceme la estaquita.

¡El demonio que se acercara! Yo no podía desprender mis ojos del enorme cuerpo cuyos movimientos, de más en más dificultosos, dijérase que hacían ya crugir y hasta amenazaban romper la osamenta. Apenas si allá, en la raíz de la cola, un íntimo retorcimiento la hacía culebrear; por

último el gran fuelle de la panza se oprimió; la boca exhaló jadeo formidable; las garras se retorcieron; desenvainároнse horriblemente las uñas: la cola, al tenderse ya rendida, chicoteó á lo largo el suelo, y el gran cuerpo quedó inmóvil bajo los fuegos del sol.

—Ya está muerta, don Juan José, ahora sí—clamó el negro y se acercó: y abriendo la boca aún caliente del cadáver, hizo en ella de palanca con el puñal; pero como si el animal conservara aún vida, cierta crispación de todo el cuerpo hizo saltar hacia atrás al negro; y yo, que estaba junto á la bestia, fuí á traspasarla de una nueva puñalada, cuando Sustaita me sujetó el brazo diciendo:

—¡Vaya! ¡Que había sido cosquilloso. ¡Párese amigo! No me eche á perder el cuero del animal que es muy lindo. Vale siete patacones. ¿Qué, se lo creyó? Velay. Está más difunta que mi agüela.—Y, suavemente, con toda tranquilidad, introdujo la larga hoja de acero en uno de los ojos vidriosos que le miraban, de donde fluyó un líquido gelatinoso y blanquizco.—¿Qué me estás mirando?—le preguntó el negro al tigre al hacer eso y dió un salto para atrás.

Yo creí que se trataba de otro engaño del cazador para divertirse así á mí costa; pero ¿cuál no fué mi asombro cuando ví al animal dar un feroz estirón como para arrancarse toda la vida del cuerpo, y quedar luego temblando un segundo? Después volvió á contraerse con violencia, se estiró de un modo al parecer desproporcionado á su tamaño, y así, desarticulado, se quedó rígido.

— Y, ahora no se anima en todavía á traerme la estaquita? — me preguntó chungueando don Domingo.

— ¡No se embroma usted! — exclamé aleccionado por la sorpresa anterior. Entonces el regocijo le hizo soltar grandes voces.

— ¡Mire que había sido mulita! — Y al decir ésto, el cazador, se dejó caer literalmente sentado sobre la panza de la fiera; y apartando las dos manos de ella que parecían querer cerrarse todavía sobre el rostro del victimario comenzó, éste, tranquilamente á sacarle el ñandubay de las fauces. — Hay que aprovechar que esté caliente la carne — me dijo el negro — sino no larga la estaca ni aunque la hachée los huesos. — Retiró de la boca la estaquilla y

como yo se la pidiese me la puso en la mano.

Largo rato me quedé pensativo mirando aquel aparato de madera bañado en sangre; y al salir de mi abstracción ví que el héroe, inclinado sobre el cuerpo muerto de la fiera, había tallado ya en ella el largo corte, desde la garganta hasta la raíz de la cola, y que empezaba, por ambos labios de aquél, á despegar de contra la carne y la grasa la piel del animal aún tibio. Yo me puse también á desollar en mi lado, pero con gran inquietud; se me ocurría que de todas partes podían llegar otros tigres. El negro observó y comprendió mis temores.

— ¡No sea mulita! — me dijo — ¿Qué? ¿Se piensa que yo soy algún dormido? ¿Ó que es esta la primera alimaña que cuereo? No en balde se hizo uno viejo en chucear gatos como éste. Vea. Esta pobre tigra venía sola ¡me caiga muerto! y llegaba de lejos. Me dejaría cortar... la palabra si no fuera, por lo menos, de la boca del Yagüarí de donde viene esta tigra. — Y el negro al hablar así, le remangó al animal la piel de sobre las uñas de las manos. Luego agregó: — ¡Aquí tiene! ¿No le dije? Barro

duro y de agua abajo. La pobre, de allí hasta aquí ni se limpió los tamangos. Y vea: si el tigre no se afila los cuchillos, como ésta, ni los chairea, ni tiene el pelo lamido ¿qué quiere, pues, usté? que ande otro macho ni otra hembra por estos barrios? ¿Se tragó usté lo de la cría? Otra vez será más liendre. ¡No me vaya á tajear el cuero!... ¡Caramba!

— Lo que es á desollar no le tengo envidia á usted, ni á nadie, don Domingo — le contesté algo picado.

— ¡Pudiera ser que lo crean! — repuso el negro. — Mire que estas lonjas no son como las de yegua, ni las de vaca. Se refalan mucho; y, sobre todo — esto lo dijo dando un tajo en los garrones de la res para tirar luego y sacar así entero el vestido de piel que cubría la pata de la tigra — y sobre todo, mucho cuidado con la cabeza; ¡no meta mano, don Pepe! — Y como me viera, aún trémulo de emoción, obstinarme en empezar á desollar aquella parte de la pieza:

— ¡Caramba! — gritó — no sea porfiao; usté me va á embromar el cuero. ¿No ve que toavía está usté como con chucho de miedo! Siéntese y descanse del julepe,

mientras yo acabo de cuerear sin hacer tarjas.

Reí su ocurrencia, sin poder negar el hecho; porque aquel valiente decía tal vez la mayor verdad que acaso dijo en la vida.

— ¿Sabe lo que va á hacer? — me preguntó derrepente. — Váyase á buscar á don Carlos y que traiga el cabayo. Tome — y me alargaba un tendón de la tigra — ¡áteme esto aquí!

Hice lo que me pedía, y le pregunté con curiosidad ¿para qué se ceñía con aquello la muñeca?

— ¡Para crear juerzas! — me contestó apresurado — ¡Qué canejo! Y váyase de una vez que luego me han de tener aguardando!

Bastante esfuerzo me costó resolverme á atravesar solo las cuatro ó cinco cuadras de fragosa maciega, siguiendo la misma senda que habíamos trazado en ella, al entrar, el negro y yo. Me parecía á cada instante ser atacado á mi vez por otra fiera.

Cuando calculé que don Carlos podía oirme le grité que soltase los perros, y llamé: — ¡ Sultán ! ¡ Chucho !

— ¿ Ya estuvo ? — me preguntó desde lejos el estanciero, con voz de susto.

— Sí — le contesté — y don Domingo le manda decir que le lleve el caballo.

Los perros, husmeando, pasaron por junto á mí como exhalaciones. Acaso ellos, con su oído y con su instinto admirable, habían escuchado todo y asistido desde lejos á la escena ; pues corrían muy derechamente hacia el lugar del suceso.

— Alléguese para ayudarme — me gritó, en eso el estanciero, duro todavía de miedo. Á lo que le repuse :

— ¿ Y no le es más fácil á usted venir y traerme el redomón ? Yo iré después á buscar el otro flete, si es que usted no se resuelve á entrar con él de tiro hasta dárselo á su dueño.

Yo me gozaba en hacer valer para con el estanciero el prestigio de mi valor, no por cierto de la mejor aleación. Don Carlos vino entonces hasta á mí ; me entregó el caballo del negro, el que estaba completamente tranquilo, en tanto que el de él bufaba aterrorizado ; recibió de mis manos

el fusil que yo había recogido del suelo; salté á caballo; llegué donde estaba el mio; subí en él, y con el del cazador del diestro me interné luego en la espesura.

— Aquí los espero ¿eh? — me gritó el estanciero volviéndose á salir hasta el abra del monte.

Poco después ibamos todos tres galopando en dirección á las casas. El negro llevaba el cuero sanguinolento del tigre terciado en el ancho lomo del redomón que resoplaba ya medio inquieto al ver como se asustaban á duo, de su carga nuestros caballos. Al cuarto de hora de marcha me sentí muy descompuesto, y desde arriba no más del caballo volví cuanto tenía en el estómago.

Don Carlos, que ya estaba decidor y hasta del todo tranquilo, exclamó al verme así:

— ¡Vea cómo le ha venido bien el susto! De fijo que usté andaba necesitando un gomitivo... y...

— ¡Verdad! — le interrumpí ya repuesto — como usted tenía necesidad de una purga... y el *cerote* es lo mejor para hacer... venir coraje.

El negro enderezó el inmenso cuerpo,

afirmólo en los estribos; lo que echó la cabeza hacia atrás irguiéndola complacido, el ancho sombrero de castor le formó obscura aureola, y bañada por un chubasco de sol la enorme cara, lanzó al espacio la tremenda carcajada que le arrancó mi ocurrencia; en tanto que el caballo del gigante, ya confiado, se entregaba al balancear del galope sobre la fresca gramilla.

— ¡La maula! — decía el héroe de la jornada, riendo á estampidos — ¡la maula! ¡Bien haya el pueblerito! Alentadito y retrucador el muchacho. ¡No me lo torée, don Carlos; mire que no es de boliar!

Y aquel elogio — terminó mi padre — es el que con más orgullo he recibido hasta ahora.

CON EL ALBA

CON EL ALBA

Cuando le hubo llevado Dios el último de los tres hijos que le dió á misia Elvira, lo único que la oyeron decir las personas de la familia que la asistían con sus consuelos, fué lo siguiente :

— ÉL me los dió ; ÉL me los toma.

Luego la vieron quedarse quieta, callada, como repentinamente transformada en una estatua de piedra.

Al apagarse la luz de la tarde sobre el entonces reducido municipio de Montevideo, corrió por el sistema nervioso de casi todos sus habitantes un extremecimiento de dolor inexplicable. Dos horas después, lentamente, como van engrosando con la lluvia las aguas de la cañada,

hilo á hilo, empezó á crecer el murmullo de la repetida noticia y á ocupar el corazón de los amigos de misia Elvira la angustiosa novedad:

¡Luisito había muerto!

La casa de la madre se llenó de gente.

Aquella excelente señora, tan admirada por su rectitud de carácter y tan querida por su abnegación y desprendimiento sin límites, rodeada de personas que lloraban su desdicha, no derramaba una lágrima.

Toda la sociedad de Montevideo acudió á ofrecerla sus consuelos: ni los rechazó ni se dió por entendida para aceptarlos. Con las manos apretadas en la columna de bronce de la silenciosa cama donde el angelito de cera dormía el sueño helado de la muerte; sentada siempre en la silla que sostuvo, durante tantas noches seguidas pasadas en vela, el peso de su dolor, más ponderoso de fijo que el de su enmagrecido cuerpo; la vista clavada en el crucifijo de marfil colgado en la cabecera de la cama del extinto, crucifijo que se le metía por la mirada como una aparición de las angustias humanas de un Dios convertido en hombre y horriblemente enclavado en la cruz, aparición esplendorosa que la sublimaría el espíritu en

fuerza de su pura divinidad, misia Elvira pidió que la dejaran sola con el cadáver.

En la sala de la casa, tan llena de atribulados visitantes, oíase un murmullo de dolor y se percibía como un vago perfume de incienso y aspiraciones de plegaria.

Misia Elvira que, desde la muerte del honorable señor que fué su esposo, había consagrado la existencia á su último hijo, y también á la caridad pública, repartiéndola abnegadamente entre aquellas dos altas solicitudes, aspiraba sin advertirlo un como aliento universal de bendiciones.

Dos tías del angelito vinieron á cumplir la prescripción de los médicos: iban á mudar el cuerpo y sacar de junto á él á la madre desolada. Misia Elvira les pidió tranquilamente retardaran hasta la otra mañana la fúnebre operación: — Estoy orando, les dijo, ¿negaréis una noche de consuelo celeste á quien tuvo y tendrá tantos años de dolor?

Las hermanas se retiraron llorando desesperadamente.

Aquella tranquilidad espantosa de la mujer que no tenía más vida que la vida de su hijo, ante el cuerpo helado del mismo, rodeada de las tarjetas de las gentes pobres sin cesar por ella socorridas y de los papeles de las mismas que hasta pocos instantes antes de expirar su último vástago estuvo ella contestando, y yacían ahora en montón junto á la mesa cargada de medicinas, era verdaderamente una escena capaz de conmover el corazón más habituado á saber de toda clase de penas.

Uno de los médicos que asistieron al extinto penetró en la pieza, y caminando en puntas de pies se dirigió hasta la negra estatua:

— Señora, es necesario que vaya usted á acostarse—le dijo, como hablándola en secreto.

—Doctor, si usted adora á su hijito Enrique, como yo adoraba al que el Señor me quita, en el nombre de Dios y de su hijito, doctor, déjeme usted tranquila. Estoy muy bien; estoy orando; ahora me encuentro casi feliz; déjenme ustedes algunas horas más, así, y todo se habrá concluído; estaré

fuerte; seré un sér viviente, y Dios habrá bajado á mi corazón en forma de caridad resignada para darme fuerzas con que sustentar mi cruz...

El médico también salió enternecido de aquel aposento; no sin antes haber vuelto á acercar su oído disimuladamente á los labios del extinto, como si fuera á poner encima de ellos un beso.

En la puerta de la pieza le detuvo una de las hermanas de misia Elvira.

— Es inútil señora—díjola, contestando á la muda interrogación de su mirada.— Lo menos arriesgado es dejarla allí junto al cadáver de su hijo por unas horas. El peligro mayor está en contrariarla. Acaso el dolor y la fatiga la rindan, y el sueño sería un bálsamo que habría de darle fuerzas y resignación.

— No se vaya doctor; quédese á acompañarnos por esta noche.

— Es curioso—decía el médico después de haber aceptado la indicación y pedido de la hermana de la dolorida dueña de casa — es curioso le decía á un colega, ya sentados ambos en el ángulo más obscuro de la sala que semiclareaban dos lámparas de kerosene—es muy curioso: nunca he visto ni creí ocurriera en esta edad una extinción más violenta y más extraña que la acaecida á esta angelical criaturita.

— ¿Y no teme usted por la razón ó la vida de la madre?

— No. Vea usted. La religión provee de resignación en grado verdaderamente milagroso. Hemos resuelto dejar á la desdichada señora con el cuerpo de su hijo, porque eso la calmará, en vez de desesperarla. Su crónica enfermedad del corazón, haciéndonos imposible el contrariar sus deseos, contribuirá á restituirle la calma. Es un alma de temple prodigioso: en la muerte de los hijos que perdiera anterior-

mente, así como en la del marido á quien tan merecidamente idolatraba, en la tremenda hora en que, creyendo en la mejoría de Luisito, se lo ha hallado de pronto muerto en sus brazos, ha mostrado siempre un dominio sobre sí misma como parece imposible exista en la débil armazón del individuo. Ahora he dado orden de que se la deje tranquila hasta tanto venga Fray Genaro, su director espiritual, cuyos consuelos le serán más eficaces que todas nuestras medicinas.

En momentos que esta conversación tenía lugar en la sala, donde otros varios grupos contristados de personas que hablaban á media voz se columbraban envueltos más en la sombra del dolor que en la menos densa y crepuscular dejada caer en crespones sobre los muros por la escasa luz de las lámparas, Manuela, hermana mayor de la herida por el destino, temiendo por la salud ó la razón de ésta, observaba, oculta á favor de las colgaduras de

la pieza contigua á la mortuoria, por entre la rendija de la puerta mal cerrada, la actitud de misia Elvira. Y la vió estar rígida durante casi una hora, la vista sedienta fija en la imagen sagrada del Redentor. La pequeña lámpara con pantalla rosada que estaba sobre la mesita de noche junto á la cama del muerto, dejaba caer su tul sangriento de luz sobre el rostro de la madre endurecido de pena, en tanto que, por una grieta de la pantalla, un vaporoso haz de luminosidades subía hasta tocar el pecho de la imágen de marfil del Crucificado.

La pobre vieja que observaba sintió de pronto un extremecimiento de angustia. Avanzó la cabeza en su escondite y columbró ya más claramente á su hermana, quien sin mirar siquiera al hijo muerto, se alzó como una visión transparente, levantó los brazos etereos, y puso los dedos sobre el corazón de la imagen, en el punto mismo en que la luz de la lámpara refluía sobre el cuerpo de marfil. Entonces la infeliz mujer que observaba casi dió un grito y hubo de caer de espaldas desvanecida. Las voces de las gentes que hablaban en la sala la tranquilizaron; y se pasó las manos por los ojos: — Vamos, pensó, estoy

demasíado nerviosa. — Acercó luego una silla á su escondite y entornó los párpados tratando de serenarse.

Qué tiempo permaneció en tal forma la pobre anciana, ella no supo decirlo cuando más tarde se le interrogó al respecto. Pero sí pudo asegurar, sin la menor duda, haber visto, al volver á aplicar sus ojos á la rendija, á su hermana Elvira en la misma actitud en que ella la dejó para ir á buscar el auxilio de la silla contra el desvanecimiento de horror que hubo de derrumbarla. Y la sangre del crucifijo de marfil cuya visión primera hubo de aterrorizarla seguía todavía corriendo: y las perlinas lágrimas de los ojos de la divina imagen mezclándose con los coágulos de aquella y diluyéndola, empapaban el negro merino del traje de misia Elvira y lo transformaban lentamente en una sutil veste rosada que imitaba los celajes de la aurora. Y la extática mujer, herida por el milagro é inmovilizada por el asombro en su escon-

dite, vió cómo á medida que la luz agonizante de la lámpara perdía su intensidad, dos largas alas celestes entraban alboreando por las rendijas del balcón de la pieza, y se pegaban cual celajes vagorosos al leve traje rosado de la madre sublimada de dolor. Y vió después que ésta empezábase á remontar iluminada tenuemente por la fosforescencia del semblante etereo de la imagen que refluía igual luz en el rostro angustiado de Misia Elvira. Llegaron los labios de la desolada madre á alcanzar la divina mano izquierda del Crucificado sobre cuyo estigma sangriento aplicaron un beso tan débil como un suspiro. Entonces la mano de la imagen se extremeció; restañóse sobre la herida la sangre que ésta vertía, el brazo se extendió sobre la cabeza luminosa de la mujer implorante, y extinguida en ese instante la luz de la lámpara que agonizaba semiclareando la pieza, ésta quedó como iluminada sólo por la celeste aparición de la madre angustiada, cuyo rosado traje se diluía en las sombras y cuyas alas azules de blandas plumas boreales iban á terminarse y como á salir del cuarto por las junturas de los entornados postigos. Y en tanto que este milagro de-

jaba atónita á la pobre anciana que lo observaba, se oía una voz pausada, celeste, ideal, decir así muy lentamente:

— ¡Gracias! ¡Gracias, Señor y Dios mío! Seas eternamente loado. ¡Gracias, Señor de los Cielos!

Al grito de Manuela y al sonido del golpe de su cuerpo contra el suelo, corrieron todos á ella. La pobre anciana enloquecida de dolor y febricitante, sin poder pronunciar una palabra, extendió el brazo hacia la cámara mortuoria. Las puertas y los postigos se abrieron, los médicos y la otra hermana penetraron en la alcoba impulsados por repentina inquietud. Dos personas más, corrieron de sobre los postigos, de par en par abiertos, las pesadas colgaduras para que la luz del alba iluminara la pieza. Ella entró como una pulverización de nacar aclarando el perfil de los objetos y volviendo la realidad á sus colores; pero al dirigirse corriendo las personas hacia la cabecera de la cama, junto á la que

misia Elvira yacía caida en tierra largo á largo: —Agua, mamá... — suplicó la voz de Luisito; en tanto que el médico, casi horrorizado de aquello que hasta á él mismo pareció una resurrección ó un milagro, dejando escapar de entre sus brazos el cuerpo helado de misia Elvira — ¡ muerta ! — dijo con desaliento á su colega, y cayó sentado en la silla que la madre ocupó momentos antes.

Hoy no se vé — dijo mi padre terminando este relato — como se debiera ver, en el Cementerio de Montevideo, sobre la losa de la extinta, una leyenda que recordase á la par de las virtudes de quien bajo ella reposa, el milagro de que al entregar su alma á Dios se vió hecha objeto; pero en los corazones de cuantos asistimos á la singular escena de su muerte, quedó grabado con letras de convicción el celestial prodigio que sublimó á la santa á quien el Señor se dignó llamar á sí poniéndole las alas de los fulgores del alba porque llegara hasta Él con atavíos sidéreos.

PARA QUÉ SIRVEN LAS MANOS

PARA QUÉ SIRVEN LAS MANOS

Una tarde don Pancho se levantó tarareando milongas de sobre el recado campero en que á la sombra del alero del rancho había pasado la siesta. El insólito despertar, puesto que era habitual en el paisano la melancolía, me arrancó de la modorra y aún no del todo despierto le pregunté enderezándome:

— ¿Qué tal don Pancho? Parece que Vd. ha dormido bien, y se ha recordado contento...

— ¿Qué quiere, don Pepe? No siempre ha de estar uno retobado como si fuera mataco y encerrao en su cáscara lo mes-

mo que metido en una bola. Además, con tan buen tiempo, ¿cómo quiere no se halle uno contento?

Y verdad era que la naturaleza sonriendo con la luz del día, derramaba en el espíritu una delicia sabrosa que nunca podré olvidar. Las colinas verdes y frescas lucían bajo el como relente de sol que las cubría humeando y se difundía en una evaporación de rocío por la espalda de los húmedos collados. Aquí y allí las haciendas pastaban caminando amodorridas; algunas en grupos pintorescos se detenían como á observar el horizonte magnífico donde los montes de árboles lejanos remedaban nubarrones grises. Cierta vaca, al parecer pensativa, iba estirando el pescuezo alzando lentamente la cabeza, como para observar á su sabor el hondo cielo tranquilo: ensayaba después un mujido, que desdeñosa abandonaba inconcluso, al columbrar cómo se levantaba de entre los pastos perezoso el terneruelo, quien una vez desperezado, muy regalón y con mimo, salíase despapado hacia donde se estaba aguardándole la madre; y á testarada limpia contra todo cuanto hallaba al paso, ganábase bajo las ubres colgantes, en las

que empezaba á mamar arqueándose y haciendo cabriolas: juguete de la movilidad á que le obligaba el goce de un deleite tan sabroso...

Yo hice un movimiento de aprobación con la cabeza y mi padre prosiguió su relato en esta forma:

De entre la caja armónica de las arboledas que rodeaban la habitación en que el gaucho y yo nos hallábamos, surgían las inspiraciones musicales de una calandria: ese pájaro que para mí siempre ha sido la encarnación del alma errante de nuestra poesía bucólica americana. Su voz tan rica en combinaciones eufónicas y tan intensa en sus variaciones novísimas de expresión de sentimiento, me pareció ese día más que nunca empeñada en derramar por los contornos cierto encanto religioso que refrescaba el alma, moviendo en ella como una brisa de contentos infantiles.

Pero don Pancho no sentía sino muy someramente la influencia de tan delicada delicia. Contoneándose pesadamente y canturreando con monotonía, se dirigió hacia la cocina formada por una pieza de pared de barro y techo pajizo, que parecía quisiérase dejar caer sentada sobre el

fresco trebolar que la rodeaba : tal era el achatamiento y tortura de su descalabrada armazón. Desde la puerta, antes de entrar y volviéndose hacia donde yo estaba:

— ¡ Don Pepe — exclamó el viejo — venga, pues, á tomar mate! ¿Qué hace? — Y dirigiéndose luego á la mulatilla que entraba de afuera con sendas pequeñas ramas en las manos :— Velay, Patricia — le dijo — ¡ cuándo no! ; el agua, fría dejuro, y el fuego, por apagarse...

Abriendo al reir la boca como canasto y dejando ver dentro de ella dos cumplidas hileras de teclas blancas, contestó la muchacha con presteza :

— Verdad... Don Pancho... Ello es que todavía no le aguardaba. — Se puso al decir esto hincada sobre las rodillas junto al borde del fogón ; arrimó unas ramitas á la hoguera casi extinta ; echó hacia adelante el fuerte cuerpo cuya gravedad repartida en ambos brazos hízo extender sus manos y achatarse con la pesadumbre apoyadas como estaban en el suelo ; y dejando así en alto el anca enorme que ceñían los pliegues del zagalejo raído, se dió á soplar con tales bríos y con tan diestra pericia dentro de la roja cuevecita de los tizo-

nes, que tras de muy breve instante brilló en el centro de aquella un resplandor rojizo; se descubrió hasta en sus menores detalles la industriosa armazón de la fogata, y una blanca lengua de llama comenzó á lamer los tiznados mofletes de la caldera. Mudó ésta de color dos ó tres veces con el vivo lengüeteo y prorrumpió en secretear de intermitentes chirridos hasta llegar á acordarlos con esa monótona y conocida salmodía conque la pava en que hierve el agua prevenida para el mate, canturrea á la sordina esas mil leyendas vagas que acompañan la melancolía habitual de los paisanos. Al escuchar tal reclamo la muchacha se puso en pie con un gracioso y vivaz movimiento de satisfacción; y cogiendo una pequeña yerbera de sobre el estante vecino, sacó del estribo que la coronaba el mate ya limpio, y comenzó á prevenirlo con cucharadas de yerba; luego enderezó dentro del recipiente la bombilla; humedeció la yerba con agua fría, para que la cocción no se arrebatara; vertió sobre el conjunto la rubia azucar molida, y se quedó como escuchando atentamente los murmujeos de la rezongadora caldera...

Contemplaba el viejo la escena con expresión de contento tan plácida, que animado yo por ella como viese que apercibía un cigarrillo, valiéndose para armarlo de la mano izquierda ayudada tan sólo del muñón que le quedaba en el punto de donde le fué tronzada la derecha, le dije :

— Mientras *yerbateamos*, don Pancho, cuénteme cómo y por qué se batió con su compadre Morayta.

— No: deje... — murmuró, como tragándose un suspiro ; y anublada de pronto su fisonomía, agregó : —Ahorita no más van á caer aquí los muchachos... Y se quedó pensativo.

Yo me culpé, en vista de ello, de indiscreción y no rompí el silencio en que el viejo había quedado sumido.

Como la muchacha sirvienta le presentara el mate, sacado así que fué de su abstracción, se dió antes de tomarlo un golpe con la ancha palma de la mano en la rodilla, y me dijo:

—¡ Bueno ! Al fin varones somos y para vencernos nacimos... pero, créame don Pepe...—y cogió al hablar así, el mate cuya bombilla enderezó antes de entregárselo, la pizpireta muchacha.

— Si le molesta hacerme el relato don Pancho — le interrumpí — cuente que no dije nada...

— No amigo, deje no más... Mire... Si es bueno, al cabo, que usted lo sepa. Por ahí lo andan repitiendo torcido ; y la muy perra de la mala hembra ¡que Dios perdone ! va pareciendo cada día una mayor víctima á modo que el tiempo huye...

— Como usted quiera... pero libre de todo compromiso. ¡ Siento mucho haber formulado tal pregunta irreflexivamente! No sé cómo se me ocurrió hoy ; justamente hoy, que estaba usted tan contento...

— ¡ Valiente, don Juan José! ¿Qué, se ha creído usted que la memoria me va hacer daño?—Y soltó la risa, ya repuesto. —¡ Mire que no fué ayer ! ¿ Sabe ? — Y devolvió el mate vacío. Luego prosiguió. — Era el tiempo de las guerrillas grandes... ¿No vé? ¡ Casi no hace nadita de años! Cuarenta y cinco van á rayar de fechas para el mes de la marcación. Bueno. El hecho fué

que yo le andaba desconfiando desde hacía tiempo de su virtud á la mulata Lorenza. Morayta, mi compadre, se me pasaba metido en el rancho las semanas enteritas; y siempre que yo salía á campear potros alzados, andaba mandando afuera de casa al muchacho, para quedárseme solo en la población con la negra. Ya sabe usted que á mi mujer por la iglesia la tenía yo lo más del tiempo en el pueblo: allá en la casa de sus padres. De la mulata no me importaba gran cosa; pero se ha de ser buen gallo si se quiere conservar sin alimaña el gallinero; ¿verdá? Y después á mí nunca, ¿sabe? nunca me ha gustado tomar el agua enturbiada... Al cabo la noté lo más inquieta á la mulata, y me dije: ¿cómo no? ¡ya me la vás á pegar vos á mí cualquier día de estos, con mi compadre, ó con naides!... Y comencé á espiarla. ¡Mirá! Yo que siempre fuí desconfiao para con las queridas... porque las mujeres, amigo don Pepe, son como el garabatillo: se enredan en el primer chiripá que les pasa á distancia de tiro de saliva. Y la espié á la hembra, ¡viera cómo! ¡Pero ella y el amante eran los dos más ladinos y desconfiados... Yo lo arro-

sinaba con paciencia á mi compadre, para tranquilizarlo; pero él me andaba siempre resoplando y parándome las orejas como hacen los potros asustadizos cuando alguien se les allega. Yo veía bien clarito que me observaban también, y me dije: de zorro á zorro. Me hice el manso como sapo ó como perro aplastado, y á fuerza de jugar á la toba con mi compadre le acabé de hacer perder las cosquillas; y á la mujer le dí lazo con manoseos de lomo. Cuanto los hallé confiados, empecé á soltarles todavía más soga; y despertándoles confianza de puro tranquilo que me les mostraba; ansina, este día un poquito y mañana un poquitito más, me lo pasaba en el monte, mientras que en las casas se quedaría ¡de juro! mi compadre cantando hasta pelárselas á puros cocorocos! Entonces, un día de madrugada, en lugar de salirme como siempre lo hacía para el monte, me metí en el galpón, y escondido en la ramada de la contrapuerta, esperé.

No había pasao mucho rato cuando vide á mi compadre asomarse en el alero que estaba sobre la entrada de la cocina en donde aquel traidor solía dormir, y le ví

llegar luego al galponcito en que vivían mis muchachos.

Cuando se convenció que éstos no estaban allí, y como dejuro me había visto á mí también salir tempranito campo afuera, engañado con el mostrador que así le hice, ya sin precaución ni nada, enderezó galleando hacia el interior de la casa.—¡Ya voy, hijita! — dijo fuertemente antes de entrar, y todavía miró bien hacia todas partes receloso... Pero el maldito Luzbel, el perro viejo que me había seguido desde un principio, tal vez como me vió vichando desde el condrijo con tantísimo misterio, se asustó de mi mesma figura, amigo don Pepe, y largó un ladrido que llegó hasta mi compadre, á punto que éste apartaba para entrar la gruesa puerta del rancho. Cuanto sonó el ladrido vi que el hombre alarmao se venía listamente hacia el galpón; y corrí á esconderme entre la pila de cueros que en el fondo de éste había. Pero el maldito perro se largó entonces á ladrar corriendo detrás de mí, y yo ciego de rabia, iba á degollarlo ahí mismo, cuando la figura de mi compadre llenó todito el vacío de la puerta. Aunque no le daba la luz en la cara, se la ví más

pálida que la de la mesma muerte, con el color de la mañanita que comenzaba á clarear; y como el traidor se había quedado allí quieto, callao, como si lo hubiese comprendido todo de pronto, me le puse bien juntito porque me viese en los ojos las intenciones. Y cuanto se los clavé, él se comenzó á querer reir afanado tal vez por engañarme.

—¿Usted todavía por acá? ¡mi compadre! —me dijo.—Hoy ha andado lerdo. Velay, lo creía ya en el monte, y lo que sentí husmiar á Luzbel, salí de la cocina y me vine sobre el lazo á reconocer quien andaba por aquí. ¿Qué diablos tiene, compadre?

Me dió tanta rabia, amigo don Pepe, al ver á mi aparcero portarse de manera tan canallezca con quien le mataba el hambre, que el ¡mentis bellaco! se me hizo espuma en la boca, y apenas pude contestar, de furioso que estaba, estas palabras:

—¿En el monte? ¡Ya estaría en él, si no tuviera que cuidar mi mesma hacienda de algún desagradecido ladeao que codicea lo ajeno!

Sintió el hombre el chuzazo en carne viva y me repuso:

— Quién sabe cual es el ladiao! — Y quiso, mientras decía eso, ganar la puerta para salirse...

Entonces lo atropellé y le planté una escupida en la mitad de la cara. Y ya nos trenzamos también á tajos y puñaladas. Como lo sujeté en la mesma puerta, vinimos á quedar yo adentro y él afuera. Por ésto el facón se le atrancaba en las tapias y no podía darle buen juego. Entre tanto mi compadre se andaba refalando sobre el umbral de algarrobo; por lo que pegó de pronto un salto para atrás.

Yo creí que el contrario se me huía.

—¿ Te me disparás, cobarde; — le grité atropellándolo más furioso.

Él no hablaba; estaba retobado y tiraba puñaladas á matarme.

— ¡ No quiero más que marcarte! — le dije — y lo he de hacer por canalla y por desagradecido que sos! — Á lo que le tiré un revés con intento de partirle en dos mitades la jeta. Metió mi compadre el poncho... y como yo ni me cuidaba tampoco de sus tajos, me alcanzó con un chuzazo en la parte alta de esta pierna. Lo que me ví colorear la sangre me dió todavía más rabia, á punto que, atropellándole ya co-

mo para muy de una vez acabarlo, á derecha, á izquierda y de hacha y de punta, le dí juego al puñal con todo lo que sabía... Pero mi compadre, era más flexible que una cimbara y no me tiraba ya á herir; sino que estaba atento sólo á atajarse mis golpes. Nos acuchillamos así un buen rato. Al cabo de éste le alcancé entre las astas, con un hachazo de mi flor; y eso me dió tanto gusto, amigo, que ni me importó del tajo con el que él me dió el vuelto haciéndome humear las costillas con el vapor de la sangre. Yo ya no quería más que matarlo, coserlo á puñaladas. Para conseguir mi intento le metí el poncho por delante de la daga y le tiré un ¡ Dios te libre ! de punta, á partirle por el medio el corazón. Pero el hombre se atajó con un revés, tan á tiempo y á su bien, que acertándome en la muñeca me dejó la mano cortada y colgando sólo de los dos tendones más gordos que la sujetan al brazo; y casi se me cayó de élla el facón ¡ Viera que apuro ! Pero mi compadre y yo, estabamos ya más que aplastados, ansiosos, hipando. Yo veía todo á mi alrededor con un color de sangre y sentí que la mano se me caía del todo. Entonces salté pa atrás amigo, y le

tiré el poncho á la cara á mi contrario y aprovechando el tiempo que me dió esa sorpresa agarré el puñal con la mano zurda, y como la derecha me andaba zangoloteando más que si fuera un estribo montero de potro que va matando por entre montes, la pisotié por las puntas de sus dedos, cinché con el brazo pa arriba y la acabé de cortar de un sólo tajo casi gustoso de rabia ¡Nunca lo hubiera hecho, don Pepe! Lo mesmito jué cortarla y quedarme sin la mano, que si me hubieran sacao el contrapeso de todo un lado del cuerpo: me tumbé para un costao y casi, casi me caigo como borracho, en tiempo mesmo que Rojas, apurao ya por que yo lo difuntease, me atropellaba de nuevo...

En tanto que todo esto sucedía, apareció en la puerta del rancho la Lorenza dando gritos y comenzó á venirse manoteando hasta nosotros.

Rojas había saltado pa atrás, á secarse la sangre que le corría de entre el pelo, y yo entonces me le fuí con alma y vida y le sumí toda la hoja del puñal en la tetilla derecha. Lorenza, siempre dando gritos, se había metido entre los dos que peleabamos, y mi compadre, al caer, me tiró

todavía un puntazo, que le acertó por desgracia suya á la mulata en medio mesmo de la olla. Junto con el chorro de sangre conque se le fué la vida, oí su voz que decía: ¡Me has matao Juan!; — y casi revueltos, como borrachos, muy de una vez, él y ella, se derrumbaron al suelo. Entonces yo me recosté en el galpón trastabillando, y ¿me querrá creer amigo? antes de caerme del todo me dió gusto ver cómo mi compadre daba boqueadas en el suelo: lo mesmo que hace un potro que agoniza corneao por un novillo. La mulata también pateándole á la muerte, se arrancaba las enaguas; y ponía una cara tan fiera pa morir, que ¡por esta cruz! se me agrándaba y agrandaba hasta que no ví más; y me caí al suelo también yo medio difunto, derrumbado por las ansias de la fiebre,

Cuando don Pancho llegaba á este punto de su relato, — prosiguió mi padre que no sin emoción me lo refería — se dirigió

á la moza y con la sencillez más bonachona le preguntó:

—¿Qué hacés, Patricia, con ese mate?

La sirvienta que, en verdad é inadvertidamente, se había quedado como absorta y suspensa de la salvaje relación del viejo, repuso con sorpresa:

— Velay, patrón, descansaba. — Derramó en la calabaza, al decir esto, una cucharada de yerba, la que polvoreó con azucar, rebosó el continente con agua humeante, y cuando ésta restallaba haciendo crugir espumas y coronando en forma de pequeño cetro de oro la boca redonda del mate, la moza paseó el zahumador aquél por ante la faz del viejo, y vino, temblorosa, disimulando cuanto pudo la impresión que la agitaba, á ponérmelo en la mano.

En tanto entraban, agitando el ámbito de la cocina con esas bestiales risas de los camperos, risas que les salen como redoblar de bombo desde el fondo del estómago, el gigantesco negro Amaya, Evaristo el domador, Manzano el gran jugador de taba, y el hijo mayor de don Pancho, renombrado también como el padre de famoso cuchillero y de peleador por lujo.

— Éste me llevó hasta el rancho, á la rastra en un cuero: — dijo el viejo señalando al último de los que entraban. El hombrachón en pie aún en el hueco de la puerta, lo llenaba casi con su chiripá y con la negra chaquetilla, prendas ambas que guardaban su cuerpo hercúleo plegándose sobre él como un arrogante ropaje de algún héroe de leyenda. Presentaba así el hombrazo la sombría silueta de un gigante aparecido á evocación terrífica de un conjuro.

— Dicen que me estuve todito un mes ¿querrá creer, mi amigo? — prosiguió el gaucho después de una breve pausa — todito un mes ¿oye? haciéndole gambetas á la muerte; y al cabo me le escapé, con el hilo en una pata, eso si! Cuanto se me pasó la fiebre pregunté por mi compadre y por la Lorenza. ¿Qué me iban á contestar? Yo ya lo sabía de antemano. Juntitos ¡Dios los perdone! se habían ido á dar de jeta en los infiernos. La mala hembra y el ingratón me pagaron la picardía: ella, la única mujer que me los ha puesto á mí; y él, el hombre único que me haiga chuciao y cortado como usté vé, mi amigo.

Terminó aquel salvaje su relato, com-

placido como si la rememoración de la pelea le hubiese devuelto ese buen humor tan inusitado en él y que yo imaginé un momento desterrado de su espíritu acaso por mi repentina curiosidad.

El gaucho se acomodó en el asiento, miró uno á uno los concurrentes; luego, con el muñón horrible de la amputada mano, apartó de sobre la frente deprimida la maraña de su melena cerril, y dejando descubierto el rostro lleno de luz y de energía me dijo:

—Ya está usté complacido, don Pepe. Ya sabe como me topé con mi compadre Morayta. ¡Dios le perdone el antojo!

Después transcurrieron algunos segundos sin que yo desplegara los labios. Pesaba sobre mi espíritu el ambiente de aquel mundo de barbarie, y el cuadro revivido me producía náuseas, al propio tiempo que me despertaba admiración. Pero la voz melíflua y acariciadora del hijo mayor del héroe, quien, como el padre, había tenido

más duelos á puñaladas que botones hechos de monedas flamantes llevaba rumbosamente colgados en el tirador de cuero crudo que le ceñía la cintura; esa voz de timbre tan afeminado la cual no obstante casi al mismo tiempo en que disparaban á su dueño un trabucazo y el agredido partía el corazón al contrincante decía volviéndose á los asistentes á la reunión, sin descubrir ni agitación ni asombro: — por eso ¿ven? por eso es que no me gusta á mí el trabuco, siempre falla; esa voz en fin, de niña impúbera, exclamó:

—¿Y la mano, padre? ¿No le ha contado á Don Pepe Del Pueblo lo que se hizo de la mano?

—Verdá hijito... —contestó el viejo con homérica sencillez—y volviéndose reposadamente hacia mí: —¿Sabe, don Pepe? —prosiguió.—Los muchachos, de aturdidos no más, por levantarme á mí y llevarse los cuerpos de Morayta y de la mulata en dos cueros de rastra pa enterrarlos allí en la costa del arroyo Maciel, donde está la cruz que usté conoce, con el barullo del disgusto, se dejaron olvidada mi mano entre los charcos de sangre y los pedazos de las hachuras mías y de mi compadre

junto al galpón donde mesmo fué la pelea; y una chancha, verá: una muy gorda cerda parida, que tenía cuatro chanchitos lustrosos, como buena madre rumbosa, convidó á sus muchachos á que se dieran un atracón de menudos de cristiano, y de juro, le metieron diente también entre ella y sus lechones á mi pobre desperdicio. Vea pa lo que sirven las manos en esta tierra don Pepe!

—¡Bendito sea Dios! ¡Qué animal tan puerco es el chancho! —gritó al oir esto la mulata, sin poderse contener y abriendo los dos ojazos más grandes que la boca de la caldera que rellenaba en ese momento de agua fria.—¡Bendito sea Dios!... Qué animal tan puerco!

—¿Y qué más quisieras vos ¡negra! sinó comer manos de blanco?—saltó diciendo don Pancho, un si es no es resentido, entre las risas brutales del auditorio, que acogia con tal estruendo de regocijo su guasa.

Repugnante me iba pareciendo ya el hombre aquel tan bondadoso y tan suave como era de costumbre y tan brutal y sanguinario en su pasado. La conciencia no le argüía lo más mínimo de aquellos dos

atroces crímenes, cuyo relato por lo contrario parecía despertar su regocijo; y sin embargo, su complicado individuo, que siempre se me presentó como un problema, al lado de esta falta de sentido moral, iba á mostrarme la más encantadora virtud, la inmutable terneza en el hogar y el respeto hacia la china, condiciones estas ambas que formaban las facetas más hermosas de aquel diamante en bruto que le ocupaba el sitio del corazón, donde hacía las veces de tal en la generalidad de los paisanos de aquel entonces.

No se habían apagado aún los ecos de las carcajadas conque en coro los gauchos aplaudieran el dicharacho del viejo enderezado á la negra, y los grandes y rojos labios de ésta no habían aún derramado la sangre porque estaban embebidos cubriendo con ella al hermoso teclado que arraigaba en sus mandíbulas separadas por la risa, cuando al afanoso arrastrar de sus chancletas, penetró como un fan-

tasma en la cocina, doña Paula, la esposa del dueño de casa, de edad bastante más avanzada que él y temblequeando como siempre al andar, á causa más que de los años, de las muchas dolamas roedoras de su vetusta armazón de china vieja.

Verla el bárbaro marido y levantarse, todo fué obra de un segundo. Salió hasta la puerta casi á recibirla, la tomó de la mano; y con cariño, dijérase que con mimo, la fué llevando hasta sentarla en el cómodo banco de madera que junto al fogón él ocupaba desde que comenzó la escena que he referido.

Dejó instalada allí á la ciega; fué hasta un rincón de la pieza y cogió una testa de vaca que por allí estaba como un asiento vacío, listo para futuras visitas, la aproximó á las rodillas de la nonogenaria, tomó asiento en ella; apoyó después su greñosa cabeza de salvaje en la palma de la mano que ultimó á Morayta, ambos codos asentó luego sobre los muslos y casi con recogimiento empezó á mirar á su mujer, así, larga, entrañablemente, refluyendo en contorno la terneza que había depositado en aquel resto humano de la compañera que fué siempre como su segunda persona du-

rante todo el largo transcurso de tan azarosa existencia.

—¡Mama!—gritó el hijo rompiendo aquella intensa escena muda, y á voces, como para que le oyera la sorda. —¡Mama! ¿Sabe? Tata le ha contao á don Pepe la pelea con don Juan...

—¡Que Dios haya!—agregó la vieja muy grave; —y luego con viveza casi juvenil—¿Y, de Lorenza qué dijo?—preguntó.

—Lo de siempre, hijita—se apresuró á contestar el anciano. Y volviéndose hacia mí complacido y vivoreante, agregó, enderezándose un poco con ese movimiento que los paisanos denominan de galleo:—Véala, amigo, ya más sin jugo que el mismo charque reseco y entoavia tan inquieta por lo que diga el palomo con respecto de las queridas que tuvo... Y mientras todos reían el dicharacho del viejo á carcajadas batientes, éste terminó riendo también, y dirigiéndose á mí con aire muy picaresco, puso el sello á la escena con esta frase monstruosa:—¡Sesenta y ocho años de uso tiene la niña y entoavía, de tarde en tarde, me hace frente. ¿Qué le parece don Pepe?

POR EL ANILLO

POR EL ANILLO

— ¡ Pase usted adelante ! ¡ Pase usted adelante, señorita mía ! — decía poniendo la expresión de semblante más picaresca y con la seriedad de la voz que convenía á sus funciones augustas de juez, el doctor Lemas, mientras la dama á quien tal invitación se dirigía dejaba sus guantes y sombrilla, sacábase el abrigo, lo echaba sobre un sofá y se disponía á venir hacia nosotros, contestando al saludo de mi amigo. — ¡ No se mueva usted ! — me dijo éste vivamente á media voz, al ver que yo iba á salir — va usted á servirme de secretario...

— ¿ Yo ? — pregunté entre sorprendido y risueño.

— ¡ Psit !

La dama entraba ya en el estudio del juez, como en el libre álveo de una ría un ancho brazo de mar... Después de cambiados los saludos y presentaciones, mi amigo hizo sentar á la señora y me tendió un gran libraco del juzgado.

— Día 23 : busque ; busque usted señor secretario la deposición de la señorita Eufrasia Reinoso.

Yo, guiado por la fecha hice pasar los folios hasta dar con el buscado.

— Julito Sánchez ha sido citado para las dos de la tarde señorita — prorrumpió el juez, rompiendo el silencio en que los tres habíamos quedado sumidos. — ¿Tiene usted nuevos cargos que agregar á los depuestos ?

— No, señor juez. Solamente quisiera prevenir á Usía de la maldad con que ha obrado y lo desagradecido que es ese sujeto para conmigo. Después de haber pasado recibiendo servicios míos casi por espacio de un año, me hace ahora... semejante felonía.

Y se desató en una de quejas y recriminaciones que intentaba cortar por medio de malevolentes soponcios, los cuales, saliéndole marrados, la obligaban á una ges-

ticulación de lo más cómico y extraño posible de imaginar.

Era la señorita doña Eufrasia Reinoso, maestra diplomada de primeras letras y con sus visos de abogadilla, mujer que no podía cumplir de nuevo los cuarenta y cinco años de edad, á pesar de afectar aires y gastar vestidos propios sólo de una niña adolescente. Abundantemente metida en carnes y tocino, encerraba y aprensaba todo ello desesperadamente en corsés y chupas, como todas las usadas en aquel año de 1840; pero que, por ser empleados en ella á modo de borceguíes de tortura para todo el cuerpo, daban á éste un no sé qué tan de rebuscado y pretencioso, que no había más que pedir. Se podían seguir por sobre la almilla, los pequeños montículos de la pulpa desbordada de los cauces que formaban las reatas del as cintas al ceñir el corsé; y aquel torso superabundantemente lleno de trompicones, parecía más bien el atormentado tronco de un sauce crecido entre ligaduras de las ceñidoras lianas de las islas paranaenses, que un busto de mujer. Más pintada que una gallineta, como una gallineta también lanzaba el aflautado estornudo de sus: — ¡Ay Dios! ¡Y en qué

trance el que me veo! — y el — ¡Vea Vd., señor juez: una joven tan de su casa! ¡Ay Dios! ¡Lo que es ser huérfana y sola! — Y luego se quedaba resoplando largo rato, como si alguien hubiera sido capaz, por más tragaderas que tuviese, de creerle que esos resuellos de fuelle fueran llorar. En tanto la multitud de chirimbolos y perendengues que había colgado al cuerpo, producía, á merced de sus contorciones, un repiqueteo semejante al desgrane de copiosa lluvia de clavos que cayera por las gradas de una escalera de mármol.

— No se contriste usted, señorita. Ya trataremos de arreglar todo eso. Julito Sánchez es muy chico de su hogar, y reparará de algún modo el desperfecto; sobre todo si usted desiste de parte de lo que pide contra él... Porque ¡vamos!... póngase usted en razón...

—¡Desistir! ¡Desistir! ¡Ay! ¡Dios mío... que sofoco! ¡Una pobre huerfanita!

Los soponcios volvían á ponerla en unas angustias atroces... Estaba visto, esos malditos sollozos no querían hacerse oir correctamente en aquel día.

En tal sazón se presentó el acusado, que comparecía con su defensor. Era éste el doctor don León Villegas, hombre anciano ya, y astuto si los hubo, y de fama cumplidamente adquirida de letrado austero y peritísimo.

Casi no me fué dado contener la carcajada — prosiguió relatando mi padre — cuando pude apreciar en conjunto la simple estampa del causante de la espinosa demanda. El cuerpo aún algo envarado, como es de forma en la infancia ; aquel aire pavibobo de la edad ; las piernas medio tembleques, desdibujadas y encorvadas hacia adelante : las miradas sin electricidad de los ojos de conejo : todo estaba diciendo que aquel babieca aún no había sentido ese estirón que la pubertad pega en el cuerpo del infante para dejarlo gallardamente plantado sobre la armazón del hombre.

Una vez los destemplados saludos cambiados, el juez me dijo :

— Lea usted, señor secretario, la demanda.

Á estas palabras la esforzada señorita acertó al fin á contrahacer un sollozo y lo largó cumplidamente como un relincho en medio de verdadero chubasco de lágrimas que le bañó los dedos chorizudos con que se cubría la cara...

En vista de la estulticia del otro personaje, yo no sabía si aquello era un entremés ó era un drama.

— En 23 de julio de 1840, compareció la señorita Eufrasia Reinoso, — leía yo con la voz más ceremoniosa que era posible guardar, — oriental de nacionalidad, de edad de di... de trein... de di...

— ¡ Si, pues !... de diez y nueve años. — dijo Lemas simulando apuro, para encubrir bien la risa.

Con la ayuda del letrado, proseguí ya repuesto de la sorpresa que me causó la desvergonzada falsía de la declaración de la vieja.

— De diez y nueve años; soltera; huérfana de padre y madre; que vive del pasar que ésta y aquél la dejaron y del producto de las lecciones que da de primeras letras; y expuso: Que ya va para ocho me-

ses conoció á Lito Sánchez. Que le vió por vez primera en la quinta del curato que linda por los fondos con la suya. Que Lito hace oficios de sacristán y monaguillo. Que con pretexto de cazar un mono que se le había escapado la pidió permiso y saltó el cerco. Que ella creyendo que Sánchez era un niño decente le recibió después muy á menudo; y que por fin hace cosa de seis meses, ella, pobrecita huérfana y sola, había sido víctima de las arterías y habilidades del joven, siendo por él explotada en un anillo que le sacó del dedo: que pide el condigno castigo del acusado y la rehabilitación con amparo de la ley á que hubiere lugar...

Yo no podía estarme quieto en el asiento. Me rebosaba la risa, me hervía al mismo tiempo la indignación y me ponían sobre espinas acciones tan encontradas. Aquello era inaudito. El pobre Julito Sánchez, pálido como un muerto, lloraba más que lloró Magdalena: y lo ejecutaba sin requerir esfuerzos para ello como antes los hizo su víctima; sino amplia, sana, francamente: como llora el muchacho honrado y bueno con el pesar de un gran disgusto...

El lujo y color conque pintaba los hechos la demandante, que se desató de seguida en curioso alegato, en oposición á la pasividad del acusado, que por llorar no protestaba de nada, hicieron más de una vez prorrumpir en exclamaciones de indignación al defensor de éste; pero, correctamente no interrumpió una sóla ocasión á la redomada bachillera.

— ¿Qué tiene usted que manifestar en su descargo? — preguntó el Dr. Lemas al muchacho que se liquidaba á más y mejor.

— Nada; señor juez... ¡Nada!

— ¿Cómo nada? — Saltó el abogado. ¿Cómo, nada? El hecho, es cierto, señor Juez; salvo las exageraciones y adornos de que lo ha vestido la exponente; pero ni las causas de él han sido las que manifiesta esta señora, ni los efectos culpan en lo más mínimo á mi defendido, que es incapaz, como se verá si ello es del caso, de

producir un acto como el de que lo acusa esta señora... ¡ Qué ha de ser capaz !...

Las interrupciones y los gritos de la arpía al oírse llamar *señora* no alteraron un ápice la tranquilidad del viejo abogado, socarrón y perspicuo.

—¿ Yo, señora ? ¿ Yo, señora ?... — decía contoneándose con insolencia la enorme mole. — ¿ Yo, señora ?

— Pues ¿ cómo quiere usted que la llame?

— Yo soy soltera ¡ señor !

— Pues esta señora soltera, señor Juez — prosiguió imperturbable, don León, — podía muy bien ser ella la demandada. La víctima ha sido en realidad mi defendido...

Mi amigo mandó callar, y al cabo consiguió que así lo hiciera, á la deslenguada insolente que no dejaba hablar al abogado.

— ... La víctima ha sido mi defendido — prosiguió éste; mi defendido, señor Juez, á quien esta señorita habrá regalado el anillo, y él está por ello pasando las amarguras contingentes á su debilidad, al aceptarlo. Esta señora ha creído hallar en el abandono de este niño una condición favorable para apoderarse del predio que él ha de heredar y hacerse al

propio tiempo de un rendido esclavo: cosa que no era difícil por la edad y carácter del acusado. Pero no ha contado con la perspicacia de Usía, ni con la defensa de una persona honorable. Toda su declaración, señor Juez, es una simple urdimbre de imposturas. Este joven ha sido llevado hábilmente á cometer el delito de que se le acusa, por persona á ello avezada y que tiene por lo menos tres veces la edad del supuesto delincuente.

— ¡Insolente! — gritó la señora y hubo de entregarse al recurso del desmayo; pero optó por el insulto; y su lengua de serpiente silbó frases que el lastimado de ellas dejó le cayeran encima con suprema indiferencia.

Cuando el Juez restableció el silencio, prosiguió el defensor su exposición. Traía una deposición de varios vecinos: un certificado de conducta y condiciones de su defendido.

Aquí fué la señorita Eufrasia la que con aire de triunfo sacó de su cartera y presentó al Juez un documento.

— ¿Entonces la señorita ha tenido cartas de este joven?

Ella se fingió ruborizada.

— Y por eso es que pido reparación, señor Juez ¡ Ay, Dios mío !...

— ¿ Pero usted entonces ha sido engañada por un menor de esta edad ?

— Si señor — objetó la dama y prodigó los detalles de la escena de la extracción del anillo.

El muchacho seguía llorando como pudiera hacerlo un arcángel si cayera en pecado mortal.

Después, el abogado habló nuevamente. Hizo declarar á la criatura y probó lo que por otra parte estaba más que probado :

— Para terminar — dijo — me permite señor Juez una demostración práctica. — Y tomó un puñal envainado que estaba sobre la mesa.

— Como usted guste — acordó el Juez.

— Bien. Usted, señorita— dijo el abogado -- es en esta ocasión la persona á quien se acusa y yo seré por un momento la parte acusadora. ¿ Convenido ? Tome usted pues el cuchillo por el cabo ; así. Ahora métalo usted en la vaina que yo tendré. Póngalo usted, pues, pronto. — Y no la dejaba hacerlo, moviendo la vaina á un lado y otro.

— ¡ Pronto ! ¡ Pronto !

— Pero ¿cómo he de ponerlo — dijo ella — si usted no se queda quieto?

— ¡ Comprendido! — exclamó riendo á carcajadas el doctor Lemas, y dirigiéndose á la cínica — puede usted retirarse, señora —ordenó. Como el señor lo ha dicho muy bien, se trata de un menor de edad, y además no hay cargos claros contra él; no ha habido robo ni nada, ni designios criminosos; todo ha sido llevado tranquilamente á cabo por quien es muy dueña de sus actos.

— Entonces, señor Juez, dijo aquí entre sorprendida y sollozante la ingeniosa doña Eufrasia, será menester mandar citar al boticario contra quien pido lo mismo: ¡ uno vive entre ladrones!

TÍO JUAN

TÍO JUAN

En el amplio corredor de "La Ribera" que se asoma al opulento Paraná, acababa yo de ajustar las cuentas y despedir, aunque con el mayor sentimiento, á un excelente segador francés, excepcional labriego mientras se hallaba en su juicio, pero hombre casi inútil y bestia peligrosa bajo la influencia de la embriaguez que consuetudinariamente le poseía; cuando, para gozar del fresco de la tarde que muy hermosa se iniciaba, llegó mi anciano padre trayendo plegada bajo del brazo ancha silla de lona en forma de catre que se puso á armar con minucioso cuidado.

—¿Cómo — prorrumpió, después de saludarme, al percibir la lejana silueta del

depuesto, que, camino de la Estación, describía eses por el campo asoleado: — ¿Cómo, ya está borracho Mauricio?

— Cabal... Y acabo de ponerle de patitas en la calle.

— Has hecho bien, hijo mío: porque su mal no tiene compostura.

Yo, con disgusto, revolvía la libreta del peón entre las manos, entregado á mil tristes reflexiones á propósito de aquel náufrago de la existencia, y maquinalmente repuse:

— Espero que como el belga y como Piloto, antes de que transcurran dos meses vuelva á La Ribera y se convenga á no embriagarse sino cada fin de mes.

— Cosa que no cumplirá, — replicó mi interlocutor. — ¡Lástima grande, porque era Mauricio un trabajador excelente! Debiste de haberle curado... — terminó diciendo, iluminada la fisonomía por una penetrante sonrisa sardónica.

— ¿Curado? — pregunté.

— Sí, pues, — me respondió riendo. — Tal fué curado el Tío Juan.

— ¿Y quién era ese Tío Juan?

— Ah... Creía haberte hecho la referencia. Óyela, pues. — Se arrepantigó en el

asiento, encendió un cigarro y comenzó: —Por causa de las publicaciones políticas de combate, me hallaba, como tú sabes, deportado de Buenos Aires, en aquel apacible tiempo en que los rezagos de la tiranía de Rosas habían dejado los hábitos de los gobernantes inclinados al uso de la eficacia del machete como irrefragable razón y á la deportación ó la cárcel como medio de obtener convencimiento. Éste último fué uno de los que emplearon para conmigo... Muy caritativos jueces, me dieron á elegir entre la Uruguayana, con su fiebre amarilla y sus calenturas endémicas, y la Concepción del Uruguay, asolada entonces por el cólera morbo que diezmaba sus poblaciones. Preferí el cólera, y al poco tiempo hice relación con él y con el general Urquiza. — ¿Te ríes? — exclamó al ver cómo yo festejaba su ocurrencia. — Pues mira, si he empleado tan injusto chascarrillo, fué tan sólo por darte la sensación que se apoderó del alma del deportado impresionado por los mentirosos relatos de las crueldades de que decían sus enemigos ser autor el gran caudillo. Éste me trató amistosamente: comencé á trabajar con algún acierto, llamé hacia allí á

tu mamá, quien llegó seguida de la numerosa caterva de la pollada de ustedes; tomé en alquiler una vieja casa quinta...

—Algo recuerdo de ella—le interrumpí—y creo que Tío Juan...

—Eras tú demasiado niño para retener claras esas memorias, sobre todo la de la figura de aquel nuestro cocinero.

—¿Pero, dime,—le pregunté—no tenías también por entonces á tu servicio un paisano grande, inteligente, que era capataz de cierta estanzuela en la República Oriental del Uruguay, y que iba de tiempo en tiempo á la Concepción á darte cuentas de aquella?

—¿Ves tú? Son reminiscencias... Lo habrás oído á tus hermanos ó acaso á mí... Ese paisano inteligente, que tú entonces no podías apreciar, se llamaba Santos y solía tener excelentes ocurrencias. Recostado una tarde en la pared del rancho que servía de cocina, miraba con la actitud taimada del gaucho socarrón y desdeñoso del hombre civilizado, la operación de dar nueces enteras, introduciéndoselas á la fuerza entre sopas de pan con vino que le llenaban el gaznate, á un pavo color de canela, que hacía ya al-

gunos días trataba yo de engordar, habiéndolo puesto á régimen, para comérnoslo luego festejando el aniversario de una fiesta patria que estaba por aquellos días próxima. El gaucho, impulsado por la curiosidad que le despertaba la escena, rompió el silencio dispuesto á poner en duda cuanto yo le respondiera.

—¿Patroncito; — preguntó — para qué le da vino al pavo? — Y sonreía de antemano el buen campero, festejando la gran mentira que esperaba oir salir de los lábios del pueblero, á quien creía tan amigo de embromar á los pobres, como lo son todas las gentes de levita. — ¿Diga, patroncito? ¡Mire que lo va á mamar!

— Justamente ese es mi objeto, Santos: embriagarlo, — le contesté. — El vino regulariza la digestión y así la carne toda del animal se pone por extremo blanda y sabrosa.

— ¿Blanda, dijo patroncito?

— Precisamente: es una de las virtudes del vino....

— ¡Cincha! — Vociferó el paisano. — ¡Cincha! — Y cómo tendrá entonces de tierna y de sabrosita la negra carne el Tío Juan!

No pude menos que hacer lo que tú ahora: agregó mi padre — soltar la risa; y Santos que no creía haber dicho una chuscada:

— ¡Vaya! — murmuró — ¡qué Don Pepe! Ya me engañó también como á un ñandús!... ¡Siempre riéndose de los pobres!...—Y se inclinó, diciendo esto, hacia mí para ayudarme á sostener el revoltoso pavo, que, habiéndose soltado la ligadura de una ala, me molestaba sacudiendo con ésta el plato sopero que tenía yo delante, y hacía saltar, así, en contorno las sopas de pan con vino. Al ver Santos el charco rojo que humedecía la tierra, y acaso por desquitarse de lo que él creía mi broma, no queriendo ser el último chanceado:

— ¡Tío Juan! ¡Tío Juan! — empezó á llamar á voces. Éste, que dormía la siesta sobre su recado de montar á caballo, se levantó, y aún no muy bien desdormido, desde la puerta del rancho, donde apareció como un fantasma de ébano con vida, exclamó en su jerga bozal y tronzando las palabras:

— ¿Qué ze le ofreze, don Zantoz?

Yo seguía en mi ocupación solazándome para mis adentros, porque presentía

alguna escena graciosa entre aquellos dos ejemplares tan curiosos y tan diversos de dos razas que, ya hoy, apenas veinticinco años transcurridos, parecen casi extintas: la estirpe del gaucho, sin más cruza que la del inmigrante español con la mujer indígena, y la raza del negro portugués, cruzado con las indias charrúas. Á la pregunta de que ¿qué se le ofrecía? formulada á su manera por Tío Juan, Santos contestó riendo:

—¿Que no vé, Tío Juan, el vino que se derrama? — Y extendió la mano que tenía libre hacia el arroyito granate que refulguraba al sol infiltrándose en el suelo lentamente: — ¿Qué hace, pues, que no chupa?

— Balbalidá, que homble tan canacha! ¿Y, em pala ezo miá hecho levantal? — Gruñó el negro borrachón, escaldado como estaba por las continuas chanzas del paisano.

— Duro de boca el animalito — dijo Santos, cual si se refiriera al pavo cuyo pico hacía yo esfuerzos por abrir, para introducirle una nuez en el gaznate.

Comprendió el aludido la indirecta y más ásperamente:

— ¡Chimango! — replicó; y sin más, hoscoso, volvióse á entrar en la cocina.

Tio Juan era un tipo muy original. Frisaba en los cuarenta y cinco años, á pesar de la opinión de Santos, que juraba que no podía ser esa la edad justa del cocinero; porque, como el mate curado, los negros no acusan nunca la edad que tienen. Como empleado era exacto, mientras no se hallaba ebrio ó no tomaba vino: que todo en él era igual cosa. Porque, también según expresión de Santos, en eso más que en nada se asemejaba el negro á las calabazas en que el mate se escancía: pues una vez saturadas de la esencia de la yerba, ya casi sin nada de ésta, comunican al agua gusto y aroma.

Así, los sábados, y ocasionalmente entre semana, se oía tronar de pronto el convulsionado reino de la cocina. Yo me daba sin embargo por muy satisfecho con el destrozo y escándalo que allí había, con tal de que no tomara Tío Juan la calle por su cuenta, y como un toro de Jarama embistiera á la primera alma viviente que se le pusiese al paso; porque á pendenciero y malévolo, según clasificación también de Santos, había que ponerlo al frente de

los bellacos, y ni con enjundia de diablos malos se podía fabricar otro mandinga capaz de irle á la zaga. Pero las causas que me hacían conservarlo como empleado, no le salvaban de mis continuas reprensiones; ni á tu mamá, ni á tus hermanas, de que hubieran de prepararnos banquetes, que no por ser improvisados y aderezados por artistas culinarios inexpertos, dejaban de saber á gloria, y ser de los más alegres y comentados de aquella nuestra vida de apacible medianía. En ocasiones tales, el aspecto habitual de la casa era cambiado: la novedad llevaba de aquí para allí á todos los habitantes de ella. Tío Juan, como un tronco derruido por el hacha de la homérica borrachera, dormía estrepitosamente arrumbado á modo de trasto inútil bajo el alero del rancho, oculto á las indiscretas miradas de la concurrencia, por el poncho de llamativos colores que yo le arrojaba encima. Entretanto, en el reino del Hércules debelado, en la entonces invadida región del dios negro, movíase y tumultuaba un enjambre de reposteros y marmitones y pinches de todos los sexos y las edades, entre el que solías andar tú también arrastrando tu personalidad pachorruda, que

metías de través como hace un pichón de pato muy contento de la vida...

— El día de que arranca mi relato — prosiguió mi padre después que se apagaron las risas que causó la imaginación de mi encarnación palmípeda — procedía al último de aquellos de revolución doméstica que te he pintado. Santos, que era sobrio, como lo fué la generalidad de nuestros campesinos, al oir la amargura conque yo me quejaba del vicio del cocinero, cuando éste se hubo vuelto á la cocina, me dijo:

— Pero, patrón — si el pobrecito Tío Juan no chupa sino dos veces al día...

— ¿Cómo así? — exclamé sorprendido.

— De juro — me contestó — la una vez cuando matea y la otra vez cuando pita.

En tomar mate y fumar pasaba el negro la vida.

— Vamos á tratar de curarlo — le dije. Y como había acabado mi tarea, llevé el pavo á la jaula y volví hacia la cocina. Recordando que el general Urquiza me ha-

bía referido que estando su asistente Doroteo atacado de igual tendencia á la que padecía el Tío Juan, tentó una traza para corregirlo y obtuvo con ella excelente resultado, yo me proponía hacer beber al negro caña mezclada con polvos purgativos.

Tomé mi resolución ese día, en vista de la manera con que Tío Juan recibió la broma de Santos. Otras veces ni mi presencia le contenía: estallaba en amenazas é improperios que apenas si se detenían en el límite mediante entre el intento y la acción: la pasividad del negro me mostraba que el momento era muy propicio para ensayar ponerlo en cura.

Seguido, pues, del paisano penetré en la cocina. Allá en el fondo de ella, Tío Juan estaba sentado en un gran tronco junto al fogón, retorciéndose angustiosamente, como bajo la influencia de un cólico miserere. Cuando me vió, trató de componer el rostro y disimular las muestras del interno dolor que le roía.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—Nala, patlon... Me hayo mal hace tles días...

—Es que hace tres días que no chupa bastante...—dijo Santos con seriedad.

— ¡ Déjese dej... j... jugar, don Zantos ! —gruñó el negro ya impacientado.

— Te he dicho — comencé dirigiéndome al borracho — que en tanto no abandones por completo las bebidas, has de ir de mal en peor... ¿ Te duele el vientre ? ¿Te araña la rescoldera los intestinos ? ¡ Pues claro ! ¿Y la cabeza y el cuerpo todo lo tienes como si te hubiera caído encima una balumba de palos ? ¡Ya lo creo ! Y bien... Te pronostico que cualquiera siesta te vas á incendiar al sol como una parva podrida, si es que antes no te revienta algún carro pasándote por encima, allí, en medio del camino, donde sueles quedar tirado como un animal con peste...

Y notándolo ya muy hondamente impresionado continué :

— ¿ Cuántas ocasiones te has *desgraciado* por causa de la bebida ? ¡ Ya, tres ! Bueno... El día menos pensado vas á incurrir en la cuarta; y la puñalada del contrario ó el presidio á perpetuidad, de que no voy á poder salvarte, van á conseguir dar fin á las escenas de tus borracheras brutales, y sacarte de mi casa, donde sólo mi paciente debilidad te soporta... Yo lo sentiré, y mucho; porque eres un buen empleado cuan-

do estás sano... pero, ¡el diablo que te sufra de esta manera! Y me voy á ver obligado á despedirte muy mal. — El sermón me había excitado y me salí de la cocina; pero antes de llegar á la mitad del alero que la precedía oí que el negro clamaba con voz de lágrimas:

— ¡Don Pepe!... ¡Don Pepe!...

Á sus muchas buenas cualidades Tío Juan unía la de conservar el corazón harto más delicado y más puro que el de muchos de los niños á quienes la civilización reseca y apercibe á las luchas de la vida: y, — fenómeno curiosísimo, — hundido en la ciénaga de su degradación física, guardaba transparente é inmaculada el alma, como henchida de infinita terneza. Allá pues, en el rincón virgen de su espíritu, hubieron de revolverse á mis palabras los sanos sentimientos; y acaso por ello, lo que me vió disgustado, exclamó el desdichado desde su asiento:

— Pero don Pepe. Oiga... ¡No se vacha! ¿Qué puelo hacel pala zacalme este maldito vizio? — Y se mecía las greñas motosas poniendo una cara horrible de desesperación negra. — ¿Qué puelo hacel para zacalme este vizio?

—Dome un potro estando borracho—aconsejó Santos.

Los sollozos mal contenidos del negro no le dejaron oir el chascarrillo. Yo también, algo impresionado, le dije:

—Mira: sé un remedio con que te puedo curar... pero ¡es muy peligroso! Peor todavía que el aconsejado por Santos. Montando un potro cuando te halles ébrio puedes tener la seguridad de que te rompes un hueso, por lo menos; pero tomando el agua de San Apedo, tienes la de morir agusanado como un potrillo mal-dao, á la primera reincidencia en la embriaguez.

Y conociendo el buen corazón del negro y lo mucho que me quería agregué:

—Yo te puedo curar, es cierto; pero te quiero demasiado y por eso no me animo á darte el agua: no tengo confianza en que no tomes más vino, y no deseo que te mueras taladrado por los gusanos.

Mi seriedad al aseverar semejantes majaderías era tanta que el mismísimo Santos, con ser como era suspicaz en demasía, abría enormemente los ojos, y acaso en aquel momento, sin previo estudio, creía todo á pies juntillos.

Las vidriosas pupilas de Tío Juan más

turbias que de costumbre se fijaban en mí como angustiadas. Los enormes labios se le estremecían gelatinosos; la cara imberbe, en su temblor incesante, parecía de tiempo en tiempo clarearse con opalescencias interiores; y en aquella expresión de facciones descompuestas, dijérase que se resumía y cuajaba, viniendo desde el fondo del individuo embrutecido, un último grito de amor á la existencia sana y sabrosa de que hacía ya tanto tiempo no disfrutaba la desdichada osamenta vapuleada por el vicio...

Entonces, en medio del silencio de la siesta, interrumpido solamente por el lejano chirriar de la cigarra, el negro me tendió la gruesa mano como pata de camello; y sacándose con la otra el sombrero, alzando desde su asiento hacia mí la faz llorosa:

—Déame... ¡ Déame el agua don Pepe! — dijo, y dejó caer ambos brazos sin pretender ya ahogar ni encubrir los sollozos desesperados que borbolloneaban atropellándose en su garganta.

—¡No, Juan! Yo no puedo darte el agua; la conciencia me remordería toda la vida... No vas á aguantar... Has de volver

á embriagarte y voy á verte morir con el daño por culpa mía...

— ¡Don Pepe! ¡Don Pepe! — clamó el pobre enfermo sollozando — ¡Déame pol favol!

Había puesto de nuevo la cabeza entre las manos cuyos negros dedos se empapaban con las lágrimas.

— Cúrelo, pues, patrón — dijo Santos que había estado recostado en la jamba de la puerta limpiándose las uñas con el cuchillo.

— ¡Bueno! — exclamé — ¿júras que no has de volver á beber vino ni licores y que si bebes y mueres agusanado es sólo por culpa tuya?

— Lo jul...

Lo juro, iba á decir Tío Juan, cuando al levantar la vista para fijarla en mí, vió casi contra su cabeza la mano en que Santos tenía el cuchillo; y antes de que yo ni el gaucho pudiéramos impedirlo, se lo arrancó de la mano y trazó con él en el suelo, en actitud desesperada, una gran cruz; luego asentó sobre ella la planta del pie descalzo; se levantó, y dejando caer el puñal, exclamó casi embellecido por la tremenda resolución:

— ¡ Lo julo !!

Como vi que ya no podía desdecirse, pues aquel juramento era la fórmula más sagrada que guardaban para los casos extremos en sus comprisos las gentes de la campaña, fuí hasta la casa, y volví al poco rato con un frasco en que lucía cierto líquido amarillo. Hice salir á Santos de la cocina para dar mayor aparato á la escena; entorné la puerta de tablas por entre cuyos listones penetraron como pajillas de oro los rayos de sol que semiclarearon la obscuridad de la pieza; mandé al negro se pusiera de rodillas; y descubriéndome yo y murmurando ¡ sabe Dios qué disparates ! le fuí haciendo tragar el contenido del frasco, que era solamente un poco de coñac con aceite de castor.

— Mire, don Pepe, yo creo que el negro anda ya maleando y no va á tardar mucho en darle gusto al codo empinando la botella, — me decía Santos quince días después de la escena de la cocina, mien-

tras me ayudaba á recoger los duraznos que yacían por tierra víctimas de la tormenta de la noche anterior.

—No puede ser, Santos; está curado, — le contesté.

—Mire que no, patroncito. Mire que estos mamones son como el chivo: reculan para atropellar más fiero. ¡Verá! Si ha dejao de embriagarse durante quince días ¿cuánto quiere jugar, sin embargo, á que, aunque se agusane todito, antes de un mes, ya se ha cazao la turca grande su cocinero?

—Entonces se va á morir!

—¡Y que se muera! Pero va á morir mamao. Aunque les queme usté el pico á esas gallinas cebadas á comerse los güevos... hasta con las patas les van á ahugerear la cáscara á los que se encuentren á tiro... Verá... ¿Qué apostamos á que así mismo, aunque lo mate, no lo va á cambiar al negro! ¿Sabe lo que hizo antier?

—No... ¿Qué ha hecho?

—Se emborrachó de memoria.

—¿Qué es eso de embriagarse de memoria?

—¿Qué no sabe? ¡Valiente! Vea: habíamos acabado de comer el churrasco y

me dijo: Don Zantoz! Don Zantoz! y se reía abriendo como una fuente la boca. Después se cazó el dedo con la jeta y empezó á chupar y chupar. Y agarró el tarro de la agua, hizo tres gorgoritos y dijo: —Pucha que está fuelte hoy la caña!— Yo creyendo que había traído bebidas de la pulpería, le quité el jarro y probé... Era agua purita del pozo. Me la arrebató y se puso de nuevo á menudearle al trago; y se reía. Y así se estuvo un rato... Después comenzó á chuparse el dedo y la vaina del cuchillo; y quería chupar hasta un tizoncito medio apagao que retiró de las llamas; y por fin alzó el hinojo que yo había llevao á la cocina para auyentar las pulgas, y también lo comenzo á chupar... —¡No sea bárbaro Tío Juan—le dije—mire que se va á enfermar!—¡Pero qué! Se reía y se reía: y al cabo se largó á bailar y á cantar, diciendo que la caña lo había embriagado, como el patrón dice, y que se iba á molil; y se largó al suelo y se quedó dormido, borracho como una cabra!

No pude contener la risa ante la pintura del negro *embriagado de memoria,* y creyendo se tratase de una invención del gaucho, le dije:

— Pero ¿cómo puedes creer que sin beber vino haya podido embriagarse?

— Es que usté no lo ha visto, por eso lo duda. Después se estuvo roncando porque dormía; y al caer la siesta del burro, cuando se vino la tarde, despertó dando gritos; pero patrón ¡qué gritos! diciendo que se iba á morir con gusanos, porque había chupao y estaba curao. Yo le dije: mire Tío Juan no se apure; sino ha tomao más de lo que yo he visto, sosiéguese que no se va agusanar todavía. El agua y el hinojo no le van á traer el daño. ¡Pero qué! Si gritaba cada vez peor: y yo que me estaba riyendo, cuando ¡Dios le valga! ahí no más se arqueó, patroncito, y principió á largar los cuajos como cuervo que se atraca de langostas y se va y las vuelca después á juerza de gomitivos de agua allí en la costa del río.

Cuando Santos llegaba á este punto de su curioso relato, oí los conocidos bramidos de Tío Juan que por en medio de la calle venía gritando:

—¡Julé! ¡Julé! No teme molí aunque julé, — y diciendo á voz en cuello que si se moría era por su gusto y que no había de dar cuenta de sus actos á ningún

mortal, ni aún al mismo jefe de policía.

Nos aproximamos á la sebe y le vimos poseído de una de sus más escandalosas borracheras, dando al aire voces desaforadas, moviendo desarregladamente los brazos, haciendo ziszás: hórrida aparición que, bajo el agrio rayo del sol de mediodía, semejaba una de esas creaciones monstruosas de las imaginaciones en delirio. Los grandes ojos parecían emblanquecer la rugosa cara de ébano descompuesta por las risas fantásticas, que dejaban, al salir por entre los labios, esplender los dientes de caimán. Arrastraba, al caminar, las tiras de la rasgada camisa, y el pecho descubierto se le ensanchaba y deprimía como lo hiciera movido por la angustia el de un tiburón agonizante. Revolvía la mirada y sus pupilas sanguinosas recibían como insensibles los saetazos del sol, que en tal momento caían á plomo sobre la calle desierta. De pronto se detuvo; se derrumbó como fulminado en tierra; luego se levantó con torpeza agitando de nuevo los negros brazos y siguiendo bamboleante su camino repitió :

— ¡ Julé ! ¡ Julé ! Y me voy á molil ! —

Y el vozarrón vinoso hacía explosión como una mina. — ¡ Julé ! ¡ Julé ! Y no he de dal cuenta á delgune ! No he de dal cuenta á delgune !! ¡Va ! ! !

Entonces, por no tener el desagrado de verlo entrar en semejante estado en mi casa, le dije á Santos :

— Mira : sal pronto y llévatelo que duerma la turca en el almacén, ó en el monte, ó donde pueda. No quiero que entre aquí en tal estado. Oye : y dirás donde lo dejes que le adviertan, cuando esté ya en su sano juicio, que venga á buscar sus trastos: porque se halla despedido de mi casa. En la pulpería avisarás de paso que necesito un cocinero... Vé... Vé pronto, que ya se acerca ese salvaje.

Santos salió del monte de duraznos y le ví pasar sobre el prado en dirección á la puerta de la quinta, arrastrando al trotar, sus grandes botas entre las yerbas...

★

Al día siguiente no fué Tío Juan á casa, ni al subsiguiente, ni al otro; y se corrieron así seis jornadas más después de la de su última borrachera.

Por fin, hallándome la tarde en que expiraba el sexto día, sentado en el corredor que da frente al río, vi cómo el inmenso negro transponía la puerta de entrada y venía hasta mí todo compunjido y cabizbajo. Traía el chato cráneo ligado con un trozo de la camisa, mugriento y ensangrentado; hallábase sin sombrero y con todo el traje hecho girones; por entre cuyas aberturas se veían sendos rasguños sobre el cuerpo de caucho... Al verle de tal figura se me antojó que lo habían pasado vestido por entre los dientes de la máquina de escarmenar.

Cuando estuvo á mi lado se quedó un tiempo mirándome con esa desconfianza con que examina al racional el animal aún no bien domesticado: y forzando los ojos muertos parecía querer pedirme perdón.

—Te has embriagado—le dije.—Bien sabes tú lo que has hecho. Yo no tengo culpa alguna en lo que te pueda suceder. Vienes ya con la cabeza rota... Puedes sacar tu apero y tus trastos de la cocina y largarte ahora mismo... Ya no quiero verte más.

Observé que lloraba en silencio.

—¿Habrás estado hasta ahora preso?—le pregunté—¿Quién te ha herido en la cabeza?

—No he estau prezo mi amito sino de antier, y me lo he pazau lo más del tiempo en el monte.

—¿Cómo en el monte, y vienes con el cráneo roto?

—No zé como ha zio mi amito!...—Y se abandonó al dominio absoluto de la desesperación como lo hiciera un chicuelo.—No zé como ha zío mi amito!... Y ya eztoy tamién aguzanau!—Dijo, y dejó caer los brazos con cuyas manos se cubriera antes el rostro.

Comprendí todo. El espantoso trancazo con que lo había derrumbado la embriaguez, le había tenido inconsciente durante algunos días. Acaso el primero de éstos, después que lo dejó Santos en la *pulpería*,

una caída feroz ó una feroz cuchillada, le habían sacado larga lonja de cuero cabelludo y astillado el parietal izquierdo. Descubierta la herida, el sol y las moscas, abundantes en tan bochornosa estación, concurrieron casualmente á hacer que se realizara aquella tremenda amenaza, á trueque de cuyo riesgo aceptó el negro la cura. La coincidencia había sido terrorífica.

Sentí horror y compasión y me llevé al desdichado hasta el fondo de la quinta, para que no alborotara en la misma puerta de ella, ni se hiciera notar de la familia. Allí, escondido entre los árboles, había un pequeño depósito de herramientas y pertrechos de labranza, y en su choza me puse á instalar el enfermo sobre un cajón.

Saqué del arroyito que corría junto al vallado un balde de agua, y procedí con minuciosidad al lavaje preparatorio de la herida. Cuando Tío Juan se dió cuenta de que yo intentaba curarle, saltó al medio de la pieza. — ¡No, no! lo que él quería era que yo lo perdonase. ¿Para qué curar ya la lastimadura: para que le devorasen por dentro los gusanos?

Al fin conseguí hacer entrar un poco de

luz en la noche obscura de aquella inteligencia entorpecida.

—Mira, Juan; yo tengo todavía un remedio. ¿Oyes? Yo tengo un remedio que cura la primera vez... ¿Entiendes? Y no se muere agusanado. Todavía te puedo curar esta vez... ¿Has comprendido?

El negro se quedó un instante atónito.

—Todavía esta vez no morirás agusanado, repetí; voy à curarte. Pero si reincides, ya sabes ¡te caerás á pedazos!

Tardíamente comprendió mis palabras y lloró un rato largo con desaliento. Dijérase que lo hacía desesperanzado, sabiéndose de antemano incapaz de luchar con el destino. Luego gimió más rudamente que nunca; y después en una como erupción de alegría repentina se arrojó al suelo. Saltó desde allí y se puso en pie; se dió de trompetadas contra la pared del rancho; y terminó, fatigado de bailar desaforadamente como un loco, por caer de rodillas ante mí y rezar adorándome como si fuera yo un santo. Ya no sabía yo qué temer más, si la alegría vesánica cuya conmoción le sacudía, ó el estado horrible de descomposición de la herida.

Un minucioso lavaje; polvos de calome-

lano en corta porción; aislamiento absoluto, por medio de vendajes, de la temperatura y de las causas externas; muchos paños embebidos en árnica dosada de agua: fué solo el empírico régimen curativo á que ajustada la consistente calabaza del enfermo, dió por resultado dejarla tan sana y limpia, como cuando, salvo el pelo, salió del vientre del hipopótamo negro que debió de darle vida.

Una vez curado Tío Juan, su respeto religioso hacia el amo creció de una manera alarmante. Caía delante de mí de rodillas cuanto me veía; y me besaba la mano, como lo hiciera, convulso de emoción religiosa, con la peana del Santo Domingo que paseaba por pascuas en andas la procesión del pueblo. No había poder humano que le sacase de la cabeza que la caída y desaparición en ella de los gusanos, obtenidas á fuerza de tópicos y de higiene, era solamente el fácil triunfo sobre el Destino, que me dieran los amuletos de magia y los poderes ocultos de que yo estaba dotado. La profilaxia campesina con que ataqué la dolencia, para él no era otra cosa que mis cábalas de brujo; el pote de ungüento mercurial y la probeta del árnica,

mis todopoderosas y terribles alquitaras de mago, de las que no se hubiera acercado ni á diez metros, así se lo pidiesen frailes descalzos ó lo corriesen en dirección de mi escritorio hambrientos tigres cebados. Yo era brujo: no había que dudarlo; pero brujo bueno.

Santos, á quien le hizo el negro el relato de todo lo sucedido, empezó también á tratarme aún con mayor desconfianza. Si el gaucho nunca me había creído muy trigo limpio, en cuanto á mis relaciones con los espíritus infernales ¿qué sería entonces, después de conocer por Tío Juan las virtudes de mis untos y de mis abracadabrantes discursos, que tan pronto curaban á un borrachón consuetudinario, libertándolo del vicio, como le hacían caer el cuerpo desmoronado bajo el roer silencioso de los gusanos?

Fastidiado ya, al ver cómo me esquivaba el gaucho, estaba resuelto á llamarle al escritorio para tener con él una larga con-

ferencia explicativa. La tarde de un sábado en que había llegado más comunicativo que lo estuviera desde hacía tiempo atrás para conmigo, se presentó, á pedir de boca, la ocasión que yo buscaba. Hallábame recostado al tronco de un gran paraíso que marcaba el medio del patio, proporcionándole fresca y sabrosa sombra en el verano y cobertizo y abrigo para los caballos y coches de las visitas durante los chubascos del invierno. Observaba yo, con cuánta atención y minucioso cuidado, doblaba los cueros y los colchados de su apero campesino que liaba con la correa de la cincha el buen paisano, cuando éste, después de mirar indagatoriamente en contorno, por ver si teníamos testigos, rompió el silencio derrepente preguntándome:

— Don Juan José... — ¿De veras? ¿Usté solo desagusanó al negro?

— Si, Santos. ¿Lo encuentras extraño?

— ¡Pues no! Patroncito... ¿Quiere decir que usté puede quitar entonces el maldao?... ¿Qué puede sacar el *daño*?

— Si no es cosa de muerte y si Dios lo quiere. Porque ya te he dicho muchas veces que no hay tal mal dado, ni daño, ni cosa mala, ni ninguna de esas tonteras

con que se llenan ustedes la imaginación. Los males todos, el que tuvo el Tío Juan como los que tendremos mañana nosotros mismos, son una contingencia esencial de la naturaleza humana: la cual, como dijo el Santo, si bien se la mira, no es otra cosa que la continua enfermedad del vivir, detrás de la que ven los elegidos la salud infinita de la muerte. En cuanto á estos males y daños terrenales, mi buen Santos, sólo Dios puede darlos ó quitarlos con su misericordia sin límites: por intervención muchas veces milagrosa, lo que no es actualmente menudeado, y por conducto de los médicos algunas. El mal del negro, es cierto, yo por tal bondad se lo he quitado con pócimas de botica.

— ¿Verdá? — dijo Santos que había escuchado mi bombástico discurso como quien deja llover.

— Pues entonces, patroncito, bien podría saltar en mi caballo tuviano y largarse disparando, ahora mesmo, hasta el puerto, y tomar la balandra, á ver si llega pues á tiempo á "Las Tunas", pa desagusanar la potranca fina, que se mató quebrada antier, y ya la han de andar molestando un poco los chimangos y los gusanos, que de

puro ociosos, y porque usté no anda por allí con sus frasquitos, ya le han comido media carroña!

Y como yo me riera, puesto que ví de pronto claramente en el fondo de su espíritu, suspicaz por ser de gaucho, se puso Santos muy serio y prosiguió gravemente y con expresión de sinceridad, mientras echábase al hombro el atado de sus trastos:

— ¿Sabe lo que hay, don Juan José? — y abría los ojos como para dejar entrar por ellos toda mi alma hasta el fondo de su espíritu — ¿Sabe lo que hay?

— ¿Qué hay, Santos?...

— ¡Que el negro es loco, patrón! — Y luego clavando en los míos sus ojos penetrantes — ¡Bah! — prosiguió, esbozando una sonrisa — ¡Bah! Como si usté lo fuese á saber de ahorita! ¡Hágase no más el sorprendido!

—Puede que tengas razón — le contesté ya algo repuesto del asombro que me causó su perspicacia — pero el hecho es que, hoy por hoy, el negro está cuerdo, muy cuerdo; va bien y no se embriaga, y tengo esperanzas de que al cabo se componga.

— De ande yerba, puro palo... — can-

turreó con sorna; y luego ya más fuertemente y con mayor seriedad: ¡Ah malhaya le durase! Pero usté sabe que al caballo bichoco es de balde darle sebo: porque á lo mejor y cuando usté galopa en él más tranquilo — ¡brumda! — tropieza el animal, se vuelca, se quiebra el cogote y... ¡pobre de usté si no es capaz de *caer parado*! ¿No vé que el negro salió trabado, patrón?

La muerte de mi amigo el general Urquiza me llevó por entonces, como tú sabes, precipitadamente á Buenos Aires, donde instalé la familia.

Quince ó veinte días después me ponía de nuevo en viaje para la Concepción del Uruguay, donde iba á realizar algunos asuntos y á levantar la ya inútil instalación de la casa en que habíamos pasado una mansión tan tranquila.

Embarqué parte del mobiliario; el resto lo vendí y me trasladé, para pasar los últimos días de arreglo, á la mansión de un

amigo. Con él y del brazo, caminábamos una tarde por cierta senda de las afueras del pueblo desierto entonces y angustiado por la peste y las zosobras políticas, cuando nos detuvo un alarido extraño pero que no me era del todo desconocido. Nos dirigimos al punto donde la voz había sonado y descubrimos al negro Tío Juan, á quien yo despidiera un mes antes, caído contra una sebe espinosa, todo zarrapastroso y con el grande rostro avinado comido ya por el cáncer: más desarmado y más muerto y más repugnante que nunca. Daba gritos y fieras cabezadas contra un poste. Parecía, de tal suerte, inmensa araña negra que agoniza pataleando.

No pude contenerme, y á pesar de que mi amigo me quería detener me lancé á levantar al repugnante caído.

— Juan, — le dije — ¿ ya estás otra vez borracho ?

El negro soltó la risa sin reconocerme. Entonces me incliné más hacia él y fijé la vista en sus ojos que parecían vacíos... — Juan — repetí — Soy yo, ¿ no ves ?... Soy el patrón.

— ¡ El patlón ! — barbotó y arrugó la cara como si fuera á reir...

Yo estaba verdaderamente conmovido.

— Sí... Soy don Juan José ¡ Álzate del suelo ! Vamos al pueblo.

— ¡ Oh ! ¡ je ! ¡ je ! éjeme... y á vel si me da algo pala caña !... ¡ Déme ! ¡ déme caña ! ¡ ¡ Oh ! ! ¡ ¡ Caña ! !

— Soy el patrón — le dije — ¿ No me reconoces ?

— ¡ Sí ! ¡ sí ! — dijo de pronto el infeliz como si un chorro de razón le hubiese entrado en el cerebro y le encendiese la mirada que clavó angustiosamente en mis ojos. — ¡ ¡ Pobre patlón ! ! ¡ Tan güeno ! !

— Como ví que comprendía, pues en ese momento alboreó en su semblante la luz de la inteligencia :

— ¡ Qué ! ¿ ya no te importa morir ? — le pregunté levantándole y casi arrastrándolo fuera del camino á viva fuerza.

Entonces, como ese burbujear del agua corrompida de los pantanos, hediondas, pesadas, crasosas, comenzaron á subir y á reventar en sus labios estas palabras :

— Mile, don Juan José, yo no quelía chupal. Yo zabía que me iba á molil pelo ¿ qué quiele ?... el vino... despué... la caña... ¡ez tan güena!... y ziemple penzando que ya tengo guzanoz pol tuita la cabeza...

Y reía y temblaba extremecido desde el pelo hasta la punta de los grandes pies descalzos, hinchados disformemente como todo el resto del cuerpo hipertrófico. Caíanle del rostro y resbalaban por el torso repugnante, gruesas gotas de sudor que barrían cierta secreción blanquizca y correosa que escapaba intermitentemente de sus labios desarmados. Sentí miedo y repugnancia, y como mi amigo se alejara y el negro se me echara encima, volví á dejarlo entregado á su destino.

Al día siguiente muy de mañana, las tremendas agitaciones políticas que se sucedieron, nos hacían á mi amigo y á mí guarecernos en la *Ceres,* pequeño buque de guerra de la marina española que se estaba allí en el puerto. Cuando la inquietud hubo pasado, desembarcamos, y antes de salir para Buenos Aires fuí á la policía á informarme de Tío Juan.

En un cuero y á la cincha de un caballo, el cuerpo casi hecho piezas, hubieron de llevarle al cementerio. Había muerto allí mismo, en media calle, sin alejarse mucho de la sebe en uno de cuyos golfos de sina-sina le abrigamos. El alcalde, que ya conocía de tiempo atrás su locura y

que fué quien hizo conducir sus restos á sagrado, deducía por el estado y señales de ellos, que el negro, siguiendo su empeño de monomaníaco, había querido abrir en tierra un gran agujero golpeando allí con la cabeza para enterrarla; porque como siempre aseguraba: "para abajo le andaba tirando la Muerte por la calabaza". — El médico municipal infería que cuando la tuvo partida como en dos cascos, debió de recoger tierra y guijarros del suelo y rebosarse con la una y con los otros la enorme grieta del cráneo; y agregaba también que, por las señas, los tres días que estuvo allí abandonado el cadáver, debieron ser de grandes fiestas y holgorio para los perros cimarrones y los caranchos de hasta dos leguas de aquel punto á la redonda.

Ya sabes, pues, el resultado que dió la cura de Tío Juan. Por eso te decía no era práctico ensayarla en tu Mauricio, porque, á enfermedad de vicios inveterados, curación de Santos Oleos, hijo mío... — terminó mi padre socarronamente.

TRANSPARENCIA

TRANSPARENCIA

Transparencia la llamaban en los salones, por la sinceridad que traslucían sus palabras y sus actos. Cuando yo la conocí — continuó diciendo mi padre, — Blanca era una espléndida muchacha de diez y ocho primaveras, bien vividas, pues conocía al dedillo la ciencia de la existencia y tenía la muy rara habilidad de ocultar lo que sabía, bajo una capa de ingenuidad engañadora.

Grande, esbelta y fuerte, empleaba un andar de reina, con el que atraía las miradas y despertaba el deseo. Era pálida; pero de una palidez animada, tras de la que se veía correr ya en hilos azules ya en rojas manchas, la inquieta sangre de sus venas.

Tenían sus mejillas la frescura aterciopelada del aún no maduro melocotón; y bajo el casi imperceptible vello que las cubría, mostraban la salud de aquel tinte rosado pálido que enloqueció á mi amigo Luis Tabares.

Eran los ojos de la muchacha grandes y negros; y sombreados por larguísimas pestañas, relampagueaban de pasión, ó acariciaban con ternura: siempre eran bellos.

Sobre los ojos se alzaba la cúpula de marfil de una frente ancha, inteligente, luminosa, desde donde arrancaba hacia atrás la abundosa y negra mata de sus cabellos, que bajaba ondulando hasta mucho más allá de la cintura y arrojaba tintas profundas sobre su nuca de virgen, velando así el tronco alabastrino de aquel cuello que yo conocí ya hinchado por el amor.

Medio salvaje y selvática, por causa de los recuerdos de las horas de su infancia pasadas en la libertad saludable de un establecimiento de campo, Blanca llevaba á los salones aquella ostensible manifestación de confianza en las propias fuerzas, que es el mejor auxiliar de los espíritus

dominadores. Gustaba con extremo de las lecturas románticas á las que se convenía su ánimo emprendedor. Desdeñaba las diversiones tibias de las amigas; y plegaba sus labios con despreciativa sonrisa, al escuchar las *terribles luchas* en que se decía empeñada Celia, su íntima, víctima de la oposición de un hermano en sus aspiraciones de amor.

Pero no era el padre de Blanca hombre á quien inmutasen ó contuviesen las voluntariosas intemperancias de una hija. De imaginación viva y violentos arrebatos, era tan difícil de engañar como de reducir á obediencia. Los medios afectuosos y los coercitivos eran igualmente infructuosos para con aquel viejo veterano.

"Yo quiero", era en él sinónimo de "yo mando"; y á su: yo mando, era tiempo perdido el empleado en poner objeciones. — "Luis Tabares no te conviene, hija mía"— Y no se volvió á hablar del asunto en la casa durante seis largos meses...

Suspicaz y vigilante, aquel tirano, alejaba á la hermosa Transparencia del grupo de sus amigas y de los salones á que asistió la buena Blanca hasta la noche en que las desapiadadas palabras suyas lastimaron

los oídos de la joven; y como ya la suerte de las heroinas de novela no interesaban á ésta como antes, ella iba poco á poco, encerrada en las tristes habitaciones del establecimiento de campo, mereciendo por el estado de su físico el nombre aplicado á sus condiciones morales.

Pero en tales circunstancias y con tales alimentos como hallaba en aquel temperamento apasionado de la niña, el amor marcha hacia delante velozmente. Hilo de agua que se descuelga de las vertientes de la Cordillera, corre manso aunque rápido en un principio; acrece luego su velocidad engrosado por mil pequeños afluentes con que topa á cada paso; ruge ya en las quiebras de la cañada; y se lanza por fin impetuoso, despeñado y violento, formando gruesa catarata; y después de llevarse por delante cuanto se le pone al paso, se pierde en las sinuosidades verdosas de la dilatada falda de la vida...

Así fué como se llegaron á ver los dos amantes en el seno mismo de la heredad paterna. Después de las entrevistas que dieron lugar á la prohibición del padre de Transparencia, llevadas á efecto en casa de una amiga de ambos amantes, el concierto de estos fué muy fácil. Loca resolución de dos espíritus violentos é infantiles, la huída del hogar y la consagración del matrimonio denegado, fué resuelta brevemente.

Todo estaba preparado. Briosos corceles esperaban á los fugitivos en un desvío montoso del camino que circunvalaba al extensísimo parque de la propiedad. La mayor reserva ocultaría por algún tiempo el paradero de los palomos; y, á fin de guardar el mayor sigilo, un criado del mancebo le acompañaba en la empresa y le tenía las cabalgaduras, en tanto que éste ganaba á pie las proximidades arboladas de la casa.

Las nueve de la noche era la hora se-

ñalada para que Blanca abandonase el hogar sin ser sentida y saliera al camino á unirse con su prometido.

La noche estaba serena. Una penumbra como de crepúsculo envolvía los campos bañados por una luna sin color, como enfermiza. Sólo era enérgica la silueta negra del monte que envolvía al viejo edificio como en un crespón. La luz de la cocina, en donde estaban de sarao los peones del establecimiento, se manchó un instante de dos sombras negras que cruzaron por encima, y Luis se ocultó en un seto cuando hubo reconocido la figura de su amante que venía en su dirección, del brazo con el furibundo padre.

Ambos hablaban en alta voz y reían de igual manera.

El joven quedó alelado; la indignación le caldeó el cerebro. ¡Cómo hablaba de él aquella infame, haciendo mofa de sus aspiraciones santas de constituir un hogar aún contra la voluntad de los hombres!

—¿Pero tú le has dado cita?

—Y el muy estúpido lo ha creido papaíto.

—¿Y dónde te iba á esperar ese bellaco? —Preguntó el padre iracundo.

Luis no pudo oir más, porque escapó hacia donde estaba su criado con los caballos. Se apoyó un instante en la silla de su montura y hubo de caer desvanecido. El dolor de tan cruel decepción era demasiado para sufrido de golpe por un corazón de joven. Insensible á las preguntas de su acompañante, habíase quedado atónito, embrutecido, en la misma postura en que recostara la frente en las manos y estas sobre la montura.

Un golpecito en el hombro, menos que el soplo de pasión y el susurro del vestido que lo precedieron, le hizo volver el semblante.

—Pronto, pronto ¡ á caballo !— dijo Blanca, reluciente de decisión y belleza. — Mi padre te busca por la Serranía del Tacho : fuimos descubiertos por la gallega... ¡Á caballo !

Y sin decir más, haciendo pie en la rodilla del aturdido mancebo, saltó sobre la montura del caballo en que éste se recostaba.

La luna, pálida hasta ese instante, se veló de negras nubes, acaso en favor de su émula Transparencia... Y hoy, después de veintidos años de pasado aquel suceso,

al salir en las noches de primavera, el astro de los amantes alumbrará á la hermosa Transparencia paseando por las calles de Montevideo, rodeada de Tabaritos. Y fíese uno de apodos — terminó riendo mi padre.

LAS CUATRO ONZAS

LAS CUATRO ONZAS

— Dígame, amigo, ¿le ha costado muy caro ese sombrero?

— No señor. ¿Por qué me lo pregunta?

— Se lo pregunto porque acabo de saludar á usted, y como no ha tenido la atención de contestarme, imagino que sea por cuidar de no estropear el chambergo.

Y lo dijo con un tono tan amenazante, que yo sonreí amilanado, me descubrí la cabeza y proseguí mi camino, en tanto que el extraño personaje quedaba en medio de la calle murmurando ¡sabe Dios qué! y arrojando sobre el fondo gris de las tapias bañadas por el sol, la extraña mancha negra de su traje de levita coronado por el sombrero de copa.

De ésto hace la friolera de más de sesenta y cinco años — agregó mi padre — y era yo entonces una criatura, aunque mi desarrollo y aprovechamiento singular me hicieran pasar por hombre. Pero me causó sorpresa y respeto la elegancia fuera de lugar y la tan sin razón hiriente altanería del interpelante.

El poblacho de Mercedes en la República Oriental del Uruguay, componíase á la sazón, de un puñadito de ranchos derramado sobre la fresca grama de la vega pintoresca. La dificultad, muy grande por cierto, con que se luchaba entonces para las comunicaciones, daba carácter particular al villorrio. No contaba éste con más autoridad ni hombre de mejor consejo, que un anciano alcalde, á la manera de aquellos vetustos dignatarios españoles de capa y vara, herencia característica de los apacibles tiempos que procedieron inmediatamente á la consolidación del virreinato. El buen anciano había sido tercio del Rey allá por sus mocedades, de las que conservaba aún la arrogante apostura y la petulancia juvenil : prendas ambas que le hacían pasar por un fornido garzón de noventa años. No era menos curiosa que

la *autoridad*, la *administración de correos*: encarnábase ésta en un negro bisojo que hacía el servicio cuando la casualidad ó el destino lo permitían; puesto que sus funciones eran á más de honoríficas, contingentes. Si por milagro llegaba una carta al pueblo, conducida como lo era la generalidad por un barquero que fuese á comerciar en él una pintoresca pacotilla de objetos y artículos de primera necesidad y de fabricación y aderezamiento primitivos, era de ver con cuánta avidez todo el mundo corría hasta la orilla del río, á admirar los prodigios de la nao y las riquezas sin cuento de aquel magnífico fenicio de nuevo cuño, quien desde la opulenta Sidón que el portugués apellidó Montevideo, se lanzaba á fomentar la condición del daca y toma á que son tan inclinados de suyo los mortales. Pero luego de admiradas largamente las contrahechuras de que había sido portadora la nave, el desfile de los personajes notables de la aldea se operaba en la casa del favorecido con carta. Detrás de los peces mayores iban llegando á aquella las familias de los mismos; y como cortejo de éstas, con sus jefes á la cabeza, la innúmera legión de las medianías

inundaba los alrededores de la mansión, para comer aunque fuera recalentado por los relatos de los oficiosos que se lo retransmitían de boca en boca, el manjar de la noticia, que cada cual ensanchaba aderezándolo á su manera.

— ¿Don Ruperto, qué dicen por esos mundos?

— ¿Hay novedades políticas, Don Ruperto?

— ¿Don Emilio, eligieron ya presidente?

— ¿Qué se hace, Don Emilio, por esos mundos?

Y *esos mundos*, hasta la conciencia de cuyo existir sólo podían alcanzar aquellos habitantes de Mercedes que fueran dotados munificentísimamente por el destino de imaginación rica y de no vulgares conocimientos geográficos, esos *mundos* ignorados de la grande mayoría de siesteros y partidarios del *haiga;* esos *mundos,* quedaban tan sólo á ocho horas de marcha en ferrocarril desde el punto en que estas informaciones se pedían. ¿Pero quién se habría atrevido á pensar ni por locura en semejantes fantasías como las que se apercibía á realizar ya entonces el progreso? ¡Vapores y trenes!... cuando la misma carreta de bue-

yes en tierra y la descarenada balandra en el río, eran lujo tan inusitado que únicamente podían costeárselo para viajes largos los más poderosos validos de la fortuna.

¡Qué alboroto, pues, no debió de producir mi llegada al pueblecillo!

Tripulante de la soberbia embarcación *Amalfi,* propiedad del capitán Merlote, descendía yo, nuevo Lohëngrin, rodeado por lo tanto de gran prestigio, en el pueblo donde residía mi madre. Cuanto tenía atingencia con los recién llegados despertaba allí profunda curiosidad. ¿Qué había hecho en Italia, se preguntaban los pacíficos vecinos del poblacho, el bandido calabrés que, durante las semanas de navegación empleadas en remontar el Uruguay desde Montevideo, me había contado — cosa que yo bien pronto puse en conocimiento de todos — la mayor parte de sus proezas, y el cómo ganó en la misma rada del Cerro, al desembarcar, después de sesenta días de viaje á vela al través del océano, la suma de trescientos patacones que le costó su navío? Yo no podía satisfacer con otros más frescos datos la curiosidad general, pero en cambio, me era dado aseverar que no cabía estimar poltrón

al gringo: puesto que contrarestar la corriente del gran río, que hubimos de remontar hasta la boca del Yagüarí, y hacerlo con el solo auxilio que le proporcionaba á la embarcación el vientecillo embromador y perezoso, al apoyar sus alas en los pedazos aún enteros de la vela de aquella desvencijada balandra, era obra muy digna de romanos, cuánto más de calabreses como Merlote y Vincenzo, su grumete. Para llevar á efecto empresa tan colosal, hubimos de agregar, á la de los soplos veleidosos, la intermitente impulsión de los remendados remos que Vincenzo — ese otro gran bandido disfrazado con la piel de un pachorrudo peón de marinero — y yo, movíamos de tarde en tarde: el grumete, para cumplir sus obligaciones, yo para conllevar así la monotonía y modorra consiguientes á tan perezoso viaje. Pero la verdadera fuerza locomotora que nos llevaba lentamente hacia nuestro destino sobre la tersa planicie uruguaya, salía muy de otra parte que de los soplos del viento y de los maltrechos y doloridos brazos míos ó de los nervudos é infatigables de Vincenzo; puesto que el monumental capitán Merlote, haciendo uso de una como percha

inmensa de madera de álamo blanco, que, al parecer, no acababa jamás de salir fuera del agua, buscaba allá en el fondo del estuario un punto de apoyo donde ejercer la presión impulsadora. Una vez ése encontrado, promovíase el empuje que nos hacía avanzar; impulso que era menester mantuviera el hombrachón infatigable, caminando con lentitud por la borda de la barca hacía adelante, echado como de bruces sobre la tosca punta del bichero, al que hacía cimbrar el esfuerzo, como lo hacía la corriente con los juncos de la orilla que dejábamos atrás. Y así iba, á merced de su propio capitán, la enorme máquina náutica; hasta el instante mismo en que él, ya en la última tabla de la popa, deteniéndose de pronto, lanzaba el ¡haáj! jadeante con que terminaba el empuje; y dejando los brazos caídos, y llevando en uno de ellos el palo que dengueaba en los reflejos del agua temblorosa, corríase de nuevo despabilado y cantando por el filo de la borda hasta la proa, para hundir allí de nuevo, como lo hiciera un ave colosal con su largo pico luciente, el blandeante bichero que penetraba la escamosa piel del río. Luego continuaba incansable durante

todo el santo día la abrumadora tarea, que al caer la noche sumía á nuestro capitán en un sueño de marmota.

Pocas horas después de hallarme en el pueblo, al trasladarme de casa de mi madre á la de mi tío, á quien la edad y la gota no dejaban ir á ver el navío del capitán Merlote, ni gozar fuera de casa de las charlas noticiosas, me ocurrió lo referido con el curioso personaje de levita negra y sombrero de copa alta. Así fué que entré desconcertado á la visita; y después de saludar á mi pariente y de contestar á sus precipitadas preguntas, llegó el momento de enderezarle también las curiosísimas mías. Por supuesto que la referente al personaje que me había detenido en media calle fué la primera que le hice.

—¿Dices — me contestó — que llevaba sombrero alto y levita? Pues no puede ser otro que don Prudencio Flores.

—¡Vaya un nombre bien puesto! — dije riendo.—¿Será loco el tal don Prudencio?

— Opinan que no... Aunque á mí también muchas veces me lo ha parecido.

Y en seguida de decir ésto mi pariente me refirió hechos tan particulares de aquel hombre, que no comprendí, al pronto, có-

mo nunca pudo estimársele sensato. Para las gentes del pueblo era á la vez un cofre de cristal y un misterio: por una faceta de tan extraña individualidad veíase hasta el fondo de su alma de niño grande, y por otras no más allá de su piel. Llegó el curioso personaje á caballo la vez primera que se le vió en el villorrío. Alguien infirió que el forastero iba de Canelones á San José y acaso había pegado la sentada dirigiéndose á Mercedes para desorientar á los que pudieran perseguirle. Los que así pensaban, decían que traía trazas de haberse "desgraciado": con lo que significan hallar síntomas en él de intranquilidad de conciencia, nacida de haber causado alguna muerte enpelea. Luego, se descubrió que en épocas anteriores había habitado Montevideo. Á los pocos días de su llegada á Mercedes, alcanzó el puerto de esta villa una polacra que traía algunos pobres muebles y ropa y objetos varios para don Prudencio Flores. Este, ya era por entonces propietario de un rancho de los mejores del pueblo; y en él se instaló, amueblándolo con los objetos llegados. Luego se hizo dueño de una estancia: y en el momento en que me detuvo en media calle, era ya el

más rico hacendado de la localidad, el más respetado de todos, y el más temido, sin exceptuar el alcalde. ¿Esto es locura? — terminó mi tío, así que hubo corrido este rosario de datos y reflexiones.

—¿Y ese hombre no tiene familia? — pregunté.

— No se sabe si la tiene ó no. Lo único que de él se conoce en el pueblo es su vida presente, la que él se empeña en alumbrar con luz meridiana; y además, no se nos ocultan tampoco — prosiguió mi interlocutor — algunos relatos de hechos como el en que tú has sido actor. Aquí se le tiene por el más pendenciero de los hombres: por lo demás, se le estima, aunque le huya como al diablo todo el mundo. Es el paño de lágrimas de los menesterosos: no pierde oportunidad de hacer un servicio ni tampoco de pegar una certera puñalada.

Aquí yo solté la risa.

— No bromeo — prosiguió mi tío. — Al primer gaucho que se la echa de guapo, ó le golpea ó lo corta. No se visita con nadie: pero va á las pulperías y allí conversa con todos y derrama beneficios á manos llenas. En las carreras da plata á los perdidosos y rebenquea á los borrachos, como

si fuera padre de todo el mundo, ó autoridad omnipotente; y si por su desdicha algún paisano haragán ó vicioso le demanda un beneficio: — "¡Aguarday que te lo dé!" — le dice, y si el otro no huye disparando, lo abate de un garrotazo con el rebenque, ó una tranca, ó con lo primero que se le viene á las manos.

—¿Pero, entonces no es solamente loco sino loco peligroso?

— Espera, espera, que aún oirás de él mayores excentricidades. Yo le ví llevar á cabo un acto que nunca olvidaré. En la Pulpería de la Estrella había carreras; y como siempre ocurre, de mal entendidos nacieron palabras duras, y de las palabras se hubo de pasar á las acciones, entre dos paisanos. En lo más agrio de la cuestión, entra en el almacén don Prudencio; aparta á los que se iban á tirar á los cuchillos... y haciéndose hacia atrás y desenvainando la daga: — Vamos á ver — les dice — alguno de ustedes es el más guapo: ¡ese no debe de tener razón! y como ha de querer pelear por puro lujo, ese va á pelear ahora mesmito conmigo. Luego, envainando el puñal, al ver á los dos amilanados, los echó á rebencazos como á dos perros

pulguientos: eran ambos, en realidad, gauchos tramposos y malos pegadores, haraganes y borrachos á cual más. Y es tan dominante en él esta manía de no dejar pelear á gusto á nadie, que hace viajes á lejanos pagos, donde algunos paisanos gozan fama de valientes, expresamente para medirse con ellos. Otras veces, si dos hombres se van á trabar en pelea, ofrece dinero al más timorato de ellos para que le ceda el puesto si hay razón para pelear. Lleva el cuerpo hecho una criba, tal es el número de lastimaduras que tiene; y los brazos son casi como tarjas, de tal modo están cortados en caireles; pero los paisanos opinan que si tuviera una sola puñalada por cada diez de las que él ha dado, no se le hallara una pulgada de carne sin su cicatriz correspondiente. Teófilo, el almacenero del boliche de aquí enfrente, afirma que don Prudencio debe más de veinte muertes cometidas en pelea, y que ha inferido ya más de noventa heridas. Y sin embargo de haber hecho tanto daño no tiene un solo enemigo, ni se habla de él con rencor en este pueblo, donde lleva largos años de vida tan azarosa.

★

Impresionado yo con el sangriento relato de la foja de servicios del peleador, salí á poco de la casa de mi tío. En mi inteligencia embrionaria y á merced de mis escasísimas luces, la figura del original Quijote de villorrío tomaba colores indeterminados. ¿Era aquél un salvaje, era un héroe? ¿Se trataba del sacerdote fanático de una idea que se sacrificaba en aras de su ideal, ó de una simple bestia agresiva que no tenía paz con su cuero? El recuerdo de la escena conmigo se me venía sin cesar á la memoria, y después de darme allí muchas vueltas empezaba á colorarse en mi imaginación con las tintas que toman en ella las acciones vergonzosas: como si mi conciencia infantil tuviera por qué remorderme á causa de mi proceder prudente y arreglado á sensatez. Yo no hacía profesión de guapo, no... pero que no viniera ¡caramba! aquel tipo ni ningún otro guarango á ensayar en mí, diariamente, la influencia de sus famas de matones de

comedia. — Movido de un arrebato juvenil, muy explicable en mis cortos años y en la vida desenvuelta é hija de mis propios esfuerzos que hasta entonces había llevado, me juré no saludar más ni contestar á su saludo, en caso que él me lo dirigiera, á aquel peleador de oficio, cuya existencia en el tranquilo pueblo me molestaba como un villano sello de servidumbre, impreso por un atrabiliario insolente, sobre las frentes honradas de los sencillos habitantes. No sonrías — prosiguió mi padre, relatando con calor inusitado todo esto — no te preguntes ¿quién me metía á mí á Redentor? hubiera sido yo más flojo que una gallina, y en aquel momento, de seguro, impulsado por la indignación y la falta de prudencia que es habitual en los niños, habría hecho acaso una memorable hazaña. Era yo entonces un muchachón sólido y contento de mí mismo; á quien el ejercicio del lazo y alguna pequeña trifulca, habían dado mucho aplomo y prepotente desarrollo muscular. Pacífico por naturaleza y como la cigarra que "nunca conoció el daño y nunca supo temerlo", no podía empero sufrir la menor injusticia, ni conllevar la servidumbre más mínima;

aunque fuera ésta impuesta por la palabra y no nacieran de ella cargas materiales ni de cesión de derechos. Yo no sabía pelear, pero ¡ que vinieran á manosearme y á insultarme á mí por gusto ! Contra cien mil legiones de demonios hubiera lidiado con sólo mi cuchillo mangorrero de trabajo, por prurito de amor propio y dignidad, aunque supiese de antemano que hubiera de ser vencido...

Dos meses hacía de mi llegada al pueblo y de que me ocurriera en sus calles el percance que te he relatado — prosiguió diciendo mi padre después que hubo bebido largamente de un vaso que contenía agua, azúcar y coñac — cuando, en una pulpería de los alrededores del pueblo, sonaba cierto día, con ocasión de una fiesta, la siguiente gritería cuyos ecos habrás oído tú tantas veces en el campo:

— ¡ Vamos á ver, patroncito ! ¡ Caña también pa nosotros !

Y seguían entrando, de á dos y de á tres, multitud de parroquianos en el rancho.

— Ah Baima ¿Tamién usté pú acá?

— ¡Véngase! ¡Álléguese! ¿Qué espera?

— ¡Caña pa don Baima!

— ¡Bien hayga el rengo ladino!

— ¡Pá don Carlos, patroncito, tamién caña...

— ¡Y pa Suarez y pa Pico, que tamién son hijos de Dios!

— Y de su madre — dijo otro.

— De la de ellos — replicó el primero. Y así estuvieron sonando los gritos toda la mañana de aquel día y después toda la tarde, en el almacén con que me habilitó mi tío. Dos meses hacía ya de mi llegada al pueblo; horas solamente de la abertura del almacén, y ya tenía yo una clientela pintoresca por extremo y numerosa. Como el local estaba casi en las afueras últimas del villorrío, mi habilitador concertó llevar á cabo allí unas carreras de caballos y unas jugadas de barajas, de taba y de choclón, como él sólo era capaz de encenderlas: jugadas en las que corrían las monedas de oro y de plata de modo que daba gusto á la vez que repugnancia. Empero, aunque mi niñez abandonada á mi propia

discreción no hubiera sido lo más proficua al desarrollo de mis ideas de moral cristiana, siempre tuve conciencia justa del bien y del mal y no me hallé ni una hora á satisfacción en aquella cueva del vicio, donde ganaría mi pan fomentando bajas pasiones en espíritus embrionarios. Prefería, con mucho, el manejo del lazo y las boleadoras, ó la vida del salvaje en pleno dominio de la santa madre naturaleza y en ejercicio diario de las sanas faenas del campero, á esa especie de tentación continua al delito, conque debía yo de animar é instigar á las gentes encerradas en aquel como corral de pícaras intenciones formado por el boliche: alentando dentro de él á los que perdían; dando de beber á los borrachos, y aplaudiendo la criminal holganza de cien perdidos que exhalaban por allí cierto vaho perversor, que atraía como azúcar á las moscas, á todos los haraganes de la comarca.

El día á que me refiero, de pintoresca y alegre que había comenzado la escena en mi almacén, hubo, como casi siempre, de terminar trágicamente la fiesta. El abuso de los licores y el excitante rasgueo de las guitarras campestres, tuvieron de ello la

culpa; pero el pueblerito pulpero, como todos los parroquianos me llamaban, arregló en paz el asunto; y los dos paisanos hondamente resentidos que hubieron de trabarse á puñaladas, se fueron con los demás para sus casas, sin haber llegado á las manos, en la hora melancólica en que se iniciaba el crepúsculo vespertino. Quedaron pocos parroquianos haciéndome compañía.

Como pasa casi siempre en la campaña solitaria, en que parecen alternarse las fuentes de la luz y de la sombra, declinado ya el día, empezó suave y perezosamente, el ala grís de la noche, cargada de soñolencias, á ascender desde las húmedas quebradas de la campiña hasta el corcovado lomo de las cuchillas verdinegras, que, orillando el veleidoso Río Negro, se asomaban en el túrbido horizonte. Cuando, cesado el parpadeo de la luz, quedaron como cerrados del todo los ojos adormilados de la tarde, y la noche reinó inundando los espacios con su calma, dos grupos formados por los últimos gauchos, rendidos de fatiga por la agitación de las carreras y á causa de las continuas libaciones alcohólicas, se pusieron en camino, desvaneciéndose

dose á poco andar entre las brumas que envolvían los callados bajíos de la campaña silenciosa. Contadas lucesillas comenzaron á lucir aquí y allí por los alrededores del pueblo: luego algunas risas groseras sonaron aún á lo lejos: se oyó el retiñir del cencerro que agitaba atado al cuello alguna yegua madrina que conducía en las sombras la tropilla huyendo de los pasantes hacia el hondo campo desierto, y quedó todo en silencio: como muertos ó pensativos, el cielo y la tierra...

Reparado que hube yo en todo esto, desde el alero del rancho, pasé adentro, y me había puesto á contar el producido de la jornada, cuando la siniestra figura de don Prudencio llenó el vano de la contrahecha puerta del almacén. No sé por qué aquel hombre me hacía siempre estremecer más que todos los otros bestias con los cuales también me veía á cada instante en riesgo de tener que jugar la vida en la punta de

un cuchillo. Tres gauchos, solamente, habían quedado recostados en el mostrador jugando al truco y bebiendo. Así que vieron entrar á don Prudencio se descubrieron con respeto.

—¡Buenas noches tengan todos!—gritó el matón con su eterna voz de rabia. Y volviéndose á mí, sin tener en cuenta para nada el saludo con que respetuosamente contestaron los demás al suyo:

—¿Qué tal te ha ido de negocio hoy día, muchacho?—me preguntó ya casi puesto á mi lado.

—¡Muy bien! ¿Y á vos hermano, cómo te ha ido de peleas?—le contesté irritadísimo al oirme tutear y tratar con superioridad tan humillante.

El loco pareció quedar muy sorprendido de mi respuesta, y un relámpago de ira iluminó su semblante tan vivaz para los cambios como expresivo de sus violentas pasiones.

Yo tenía, por previsión de lo que ocurrirme pudiera, la mano puesta sobre el trabuco que guardaba para aquellos casos en el cajón del mostrador. Desmontóse al fin la expresión amenazante de la cara de don Prudencio y sonó robusta carcajada como

un aleteo de sus labios que expresaban alegremente el perdón.

El grupo de jugadores había suspendido la partida y me miraba asombrado de mi soberana audacia.

— ¡ Al cabo ! — decía el matón, riendo á voces — ¡ Al cabo nos ha venido un cajetilla medio... medio regular !... Luego volviéndose á los del grupo — ¡Vamos á ver, muchachos ! ¿ Quién de ustedes se lo estrena al pueblerito ?

Y como ellos no contestaran á la estúpida instigación de que me buscaran pelea:

— ¿ Qué ? —prosiguió — ¿ Lo habray de probar el viejo Prudencio ?

— ¡ Yo no le molesto á usted, señor ! — dije — ¿ Por qué no me deja en paz ? ¿ Qué gana con buscar pleitos á quien se abstiene de ellos.

Con la risa del conejo los gauchos echaban á broma el espinosísimo caso. Uno de los que estaba más cerca de mí, se me aproximó y me dijo por lo bajo, mientras el maniático me devoraba con los ojos ya bailantes con la sola tentación de la pelea:

— ¡ Aflójele, patroncito no sea terco !

Luego ví que todos los paisanos se salían como escabullidos del rancho, y escu-

ché sonar los cascos de los caballos en que se alejaban buscando la paz de Dios en las calladas honduras de la noche. Aquellos buenos hombres no querían historias.

El monomaníaco se había echado, entretanto, de bruces en el mostrador y me miraba fijamente, como si quisiera magnetizarme. Con su traje de levita negra y su sombrero de copa, en aquel momento y atisbándome de tal modo, no podía el Diablo mismo presentárseme travestido de forma más imponente.

—¿Toma usted algo, señor, ó no?—pregunté al extraño personaje, por romper aquella escena muda que me molestaba sobremanera.—¡Vea usted que es tarde y quiero cerrar la puerta de mi negocio!

La mirada que me lanzó al oir estas palabras me hizo oprimir involuntariamente la culata de mi trabuco.

—Pero... ¿qué mal te ha hecho el cuero, muchacho?—me preguntó con sorna don Prudencio.—Y como viera que no me intimidase y no me moviese de junto al mostrador, en cuyo cajón tenía hundida siempre la mano derecha con que apretaba el trabuco, saltó sobre la mesa, se sentó allí

y ya con expresión tranquila, agregó: — ¡Mirá! Podés cerrar, no más... Me sos simpático, muchacho. Cansado ya está uno de pordelantear maulas, y da gusto, á la vejez, cuando se encuentra un criollito, así, en todavía de los de enantes!

No sé qué fenómeno se operó en mi espíritu cuando hube escuchado esto; acaso influyó el recuerdo de las nobles originalidades del loco; de quien jamás se reprochó una traición ni el más mínimo acto de vandalismo; tal vez recordé sus bondades para con la gente de labor: ello es que cerré el cajón, abandonando dentro de él el arma con que contaba; salté, pasando por junto del fantasma negro, la mesa del mostrador, y comencé á cerrar tranquilamente la puerta del almacén. Como viera allí junto á ella, el caballo del pendenciero parroquiano, con el pescuezo caído y las riendas sueltas por el suelo, dije á su propietario:

—¿Quiere usted que meta al galpón su parejero, don Prudencio?

—No muchacho; dejálo ahí no más: él no se va á meniar de donde lo he puesto.

Pero sintiéndome rendido del cansancio producido en mí por las fatigas del día, supliqué á mi visita forzada, ya cuando iba

á terminar de correr yo la tranca de la puerta :

— ¡ Mire que me estoy cayendo de sueño, señor ! — Y agregué riéndome y en ademán de chunga: — ¿ Quiere dejarse de jorobarme la paciencia ? ¡ Por favor lárguese, amigo, de aquí, cuanto antes!

Don Prudencio soltó la carcajada y tomando las cartas, que habían dejado revueltas junto á los vasos vacíos los últimos parroquianos, comenzó á barajarlas.

— Vení — dijo luego — muchacho; vamos á echar un truco. Eso te va á quitar el sueño... y... después...

Yo tuve intenciones de saltar en su caballo, que en ese instante estaba al alcance de mis manos, é ir á dar cuenta del caso al alcalde ó á mi tío; pero reflexioné un instante y un rayo de inspiración me hizo cerrar resueltamente la puerta. En realidad, á mí no me disgustaba la idea de estrechar relación con un hombre tan bravo y poderoso, y solamente sí, me molestaba sobremanera su hiriente insolencia habitual, aunque, me calmara un tanto, pensar que no la usaba tan sólo para conmigo. Juzgué, pues, que si me era dado reprimir mi puntillo, podría catequizarme al opu-

lento loco y tener en él un valedor poderoso. Llegué al mostrador y como la lámpara estuviera echando humo, la arreglé, y me senté en aquél con las piernas para el lado de adentro, en la forma misma en que lo estaba, hacía ya rato, don Prudencio por la parte opuesta.

El monomaníaco hacía sonar las cartas, como solicitando mi atención sobre ellas; ó como si quisiera hacerme creer que componía el naipe para hacerme trampas.

— ¿Por cuánto va el truco, muchacho? — me preguntó.

— Yo no acostumbro á jugar por plata, — repliqué inmediatamente.

— Lo que no has de acostumbrar vos...

— ¿Sabe don Prudencio?— le interrumpí diciendo, para cambiar el giro de la conversación y desmostrarle insolente confianza:

— Sabe don Prudencio que me pegó usted un buen susto y me desconcertó bastante con su entrada de toro enfurecido.

— No tenés laya, muchacho, de asustarte, vos, muy fácilmente. Ya me lo maliciaba yo: porque has de saber que te estoy filiando desde que viniste al pueblo... ¿No te acordás? Cuando no me saludastes...

Habíamos comenzado la partida, y yo hacía gestos de descontento por mis cartas que eran buenas.

—¡Truco! —le grité de pronto. Tanteé, como si ya me viera triunfador, mirándole en los ojos; y antes de tender las cartas, dándose por derrotado, se rió y me dijo con seguridad, después que hubo rehusado prudentemente el envite:

— Ya sé muy bien que me has engañado, muchacho diablo.

—¿Y cómo lo sabe?—le pregunté sorprendido, porque así era la verdad.

—Porque se te arrugó la punta de la naríz al decir *¡truco!* Vos querés enseñar á hacer hijos á tu padre... muchacho...

Dos ó tres veces pretendió engañarme él á mí, y yo lo puse morado, haciéndole pagar caro su atrevimiento; sin que á pesar de eso consiguiera, una vez sóla, encontrarme desprevenido. Él decía riendo, que yo era más desconfiado que gallineta canela; y yo sacaba ventajas de la gran experiencia que me atribuía en el juego mi contrario, pasándome lo que al Cid que ganó, según cuentan, batallas después de muerto.

Así pasamos hasta hora muy avanzada

de la noche. Á mi parroquiano se le había desatado la lengua con la partida. Yo no volvía de mi asombro, viéndole de tan buen humor. Sin que yo atizara, siquiera, el fuego de su expansabilidad, se desató ésta en hacerme cien relatos interesantes á cual más de su vida disparatadamente antinómica de grandeza y de salvajismo. Todo me lo dijo vivamente. Sus irrazonadas riñas, su insolencia temeraria, su generosidad inconsulta: y entre el hervir de su pintoresco relato de endemoniado, por encima de aquella sangrienta ola de salvajadas, yo creía ver flotar como sobre las revueltas de la mar tumultuosa la cresta de blanca espuma, una como tendencia casi santa á dar en tierra, á costa de peligros y disgustos, con aquel villano imperio de la fuerza bruta, que el gaucho malo imponía á las pacíficas poblaciones rurales, antes de que el nuevo Quijote que ante mí tenía en ese instante, hubiera librado su cuerpo al filo de los puñales y su alma al ideal de acabar con los matones. Mi repugnancia, pues, se trocó en admiración, y seguimos la tertulia hasta muy tarde.

— Adiós, muchacho — me dijo por fin,

disponiéndose á partir repentinamente y cuando yo menos pensaba que así lo hiciera, y prosiguió: — Mirá, si querés llevarte bien con estos maulas del pueblo, no tengás confianza en naides ¿sabés? Si nececitás algo, decímelo á mí: pero no me vayas á ver nunca á mi casa; cuando me encontrés en la calle, atropellame no más; tratame mal, á gritos, pordelanteame, y pedime lo que querás. Ya sabés...

Sacó luego del tirador, repleto de dinero, que siempre llevaba consigo, cuatro onzas de oro y las arrojó sobre el mostrador, diciéndome:

— Sos un simpático muchacho: ahí tenés el importe de las cuatro copas que hemos tomado reunidos.

— Guárdese sus monedas, don Prudencio! — le dije entre sorprendido y disgustado; — que yo no estoy loco para cobrar cuatro onzas de oro por cuatro copas de *Schnaps,* ni soy tan miserable para que usted ni nadie se permita hacerme tales limosnas.

— ¡Mirá que sos entonado! ¡Parecés hijo de rico! ¡Cincha que sós delicao! — Y allí fué la de apurar su oratoria campesina que desbordaba sinceridad y no-

bleza, para convencerme de que debía yo recibir las monedas como prenda de la amistad que quedaba sellada entre los dos; y así me obligó finalmente á aceptarlas; porque ví, en realidad, que si en ello no consentía había de arrostrar, ya de entonces para siempre, su enemistad y su cólera: más terribles, por cierto, que sus bondadosas dádivas. Al despedirse me oprimió con un abrazo, y creí notarlo singularmente enternecido. Largo rato me quedé mirando desde la puerta del rancho, ya entonces completamente desierto, la extraña silueta que, al trotón del caballo que olfateaba la querencia, se iba lentamente desvaneciendo en la sombría inmensidad de la tenebrosa campaña...

Á la mañana siguiente de la noche en que me ocurriera esta escena, llegó mi tío, desaforado, á la pulpería, que estaba á esa hora tranquila por falta de parroquianos. El pobre hombre se venía haciendo cruces. Uno de los tres paisanos, el último de

los salidos del almacén, aquel mismo que me dió el consejo chitacallando de obedecer las manías del matón, había ido á referir á mi pariente, muy de madrugada, la escena cuyo comienzo había presenciado la noche anterior. Y el bueno de mi habilitador creía, según me lo dijo luego, encontrarme *agujereado como cuero de deshecho*. Pero cuando al asombro de verme tan garifo y sano, se unió el no menor del relato hecho por mí de la jugada con el fantasmón, y por último, el del regalo de las cuatro onzas, las que una tras otra hice saltar hasta la punta misma de sus narices, lanzándolas violentamente contra la chapa de zinc que revestía el mostrador, mi tío quedóse un rato muy largo haciendo pasar los ojos de las cuatro piezas de oro á los míos, y de mis ojos á las cuatro piezas de oro. Yo rompí tal situación con un chubasco de bromas y carcajadas; y ¡ Dios me perdone el mal juicio ! pero creo que, solamente entonces, empezó á pensar mi tío que su habilitado podía ser útil para algo.

Pero no fué ésto lo más célebre del caso. El regalo de las cuatro onzas y más, como decían todos los gauchos al opinar del asunto: el de la vida, que me había hecho

el matón al sufrir mis contestaciones audaces de la noche anterior sin darme una cuchillada, corrieron en alas de la popularidad como una ráfaga de tormenta por todo el ámbito del pueblo; y como si aquello hubiera sido la abdicación en mi favor, hecha por don Prudencio, de toda su larga fama de valiente, y el traspaso absoluto del dominio de respeto que ejercía sobre la tímida población del villorrío, empecé á notar cómo una aureola resplandeciente de gloria se encendía en torno de mi cabeza. Así comencé á ser profeta en mi propia tierra contra la ley natural; creyó mi buen habilitador en mis dotes para el comercio, y á toda aquella armazón de felicidad debí el no tener después un sólo disgusto digno de cuenta en los seis meses, de vida entre salvajes, que me estuve al frente del negocio.

En todo aquel tiempo, don Prudencio se dió á quererme por tal arte que hizo de la pulpería su sala de conversación y de consultas; y como era caudillo y tenía parejeros ganadores siempre, y le rodeaba sin cesar una numerosa corte de admiradores, fué él la verdadera fuente de donde manaron pródigamente mis mayores ga-

nancias, y á sus cuatro onzas primeras siguieron muchas otras más, yano regaladas por su largueza, sino azarosamente ganadas con mi paciencia y trabajo: todas las que, engrosando al fin mi pequeña bolsa de estudiante, y reforzando el escaso auxilio que la familia pudo proporcionarme, pusiéronme en condiciones de pasar á Canelones, donde me di á vivir la santa vida del estudio, cuyo encanto rompió al poco tiempo el destino, quien, cansado ya de ayudarme, comenzó desde entonces á darme de coscorrones.

Mucho después, arrastrado por los azares de la lucha por la vida de un lado al otro del mundo, volví al villorrío donde supe cuánto habían mermado en él las peleas, los tajos y las puñaladas ; y supe también que don Prudencio, cuya historia era ya bien conocida de todos sus convecinos, había sido un viudo que, cuando llegó á la población de Mercedes, acababa de perder un hijo, adolescente, en quien

adoraba y vivía; y me dijeron por fin que, después de haber llevado, ese hombre, por tres años la existencia aquella, de la cual participé con holgura durante seis largos meses, y cuando hubo desparramado á granel y en todos sentidos beneficios y bondades y tajos y puñaladas, espiró santamente, entre el dolor popular, cumpliéndose así el milagro de que muriera tan bien como un ángel, el mortal que viviera más próximo á la manera como es seguro ha de vivir el demonio.

Ya vés con cuánta razón te decía, que fué el de don Prudencio Flores el carácter más original de cuantos haya conocido — terminó diciendo mi padre, quien había hecho esta excursión á través de setenta años de recuerdos con igual seguridad que si me hablase de sucesos ocurridos en la semana anterior de la en que me hacía el relato.

P'RA FAZER MUITO FOGO

P'RA FAZER MUITO FOGO

Don *Joâo Antonio Gardunha* empujando el centro de la tarjeta cuyos bordes tenía tomados con las manos, se la metía casi en los ojos, para tratar de distinguir así la escritura. Luego pronunció á su manera mi nombre y títulos, hizo mil muecas de mono inquieto, y dió orden para que se me hiciera pasar adelante en seguida. Yo, sin muchos cumplimientos, me le planté al lado.

— Quedaría profundamente agradecido, si el ilustrísimo señor que me favorece con el alto honor de su visita quisiera tener á bien tomar asiento en esta silla.

Yo caí sentado en ella bajo el chaparrón de sus cumplimientos brasileños.

Era un hombre muy original aquél. Abogado el más famoso de la Corte, había amontonado inmensa fortuna: en propiedades, en esclavos, en libros, en astucias de litigio que también se cotizaban, y en elasticidad de conciencia. Todas estas eran monedas de curso legal en aquellos buenos tiempos y en esa Corte roída por los vicios juntos de la América y de Europa. El gabinete de estudio del letrado me dijo más sobre la manera de ser del hombre, que cuantos informes adquirí preparándome durante varios días para hacerle mi visita.

Respaldada á la pared del fondo de la pieza la gran silla baldaquinada en forma de dintel, dentro de cuyo nicho de valiosísima talla se hallaba sentado el dueño de casa, tenía á su lado el asiento de estilo Rafaelesco en que yo me coloqué. Á mi frente se extendía el lujoso y recargado recinto del estudio, que comunicaba por una portada inmensa con la grande biblioteca. Por ésta había yo pasado para venir hasta aquí al dejar el salón de espera. No hubiera reparado en tales menudencias, atento como estaba á observar al curioso personaje, á no ser por el ademán violento y la voz áspera conque se dirigió éste

hacia el ángulo de la pieza donde, sentado en rústica silla de paja, con una tarjetera en la mano y sosteniendo los anchos pliegues de la cortina con la otra, se columbraba, entre las sombras que la colgadura dejaba caer sobre él, la figura de ébano de cierto negro muñeco, que yo tomé, al entrar, por uno de esos tarjeteros gigantescos de la industria veneciana, rica en tallas de madera. Pero ¿cuál no sería mi sorpresa, al observar que, á la voz del abogado, se alzaba precipitadamente el figurón aquel de su asiento y traía el recipiente que tenía en la mano y lo presentaba al irritado mestizo gesticulante.

— ¡No te pido la tarjetera, bruto, te mando cerrar la puerta! — rugió éste iracundo.

Entonces el negro esclavo se abalanzó hacia la mampara que cortaba en dos, con su chapa recamada de oro, el vano de la puerta por donde yo había pasado.

Abanicó el aire la hoja al ser cerrada; pegó contra el marco; ludió el pestillo; y mientras el negro volvía á tomar asiento entre las colgaduras de la otra entrada, don *João Antonio* me dijo, calándome hasta el fondo del alma y del bolsillo á fa-

vor de los espesos vidrios de sus anteojos:

— ¿En qué podría tener el alto honor de ser útil ó agradable al señor representante ilustrísimo de una casa de comercio tan bien conocida?

— ¡Excesivo favor, eminencia! — le contesté, acordando con su melosidad portuguesa mi ruda y castellana sencillez. Y comencé á explicarle de corrida el motivo de mi visita. Cuando lo hube hecho con minuciosidad y despacio:

— *Verdade*, — murmuró, — *tratasé d'um negocio muito importante; e que eu podería tomar baxo minha direiçâo si a casa de vossas mercedes paga a satisfaçâo meus honorarios...*

— ¿Será cosa de discutirlos antes de conocer el resultado del pleito? — pregunté asombrado, sin poderme contener.

— *Siguramente... illustrissimo senhor.*

— ¿Pues, cuánto han de costar? — dije con rudeza, molestado por el cinismo del mercachifle.

— *¿Vossa sinhoria é apoderado?*

— No tengo aquí los poderes de la sociedad; empero, convenio que yo haga por ella es convenio aceptado: puede usted proponer; pero tenga en cuenta que el

asunto será facil de contender, puesto que tenemos la razón.

— *Isso nâo presta p'ra nada. Vossa senhoria nâo ganha um litigio con a razâo.*

— ¡ Pero, si está comprobada la mala fe del empleado, y hasta se tiene la nómina de las propiedades adquiridas á nombre de la esposa con el fruto de la detentación.

— *Tudo isso, illustrissimo senhor, nâo presta p'ra nada. Tratasé d'homme muito importante...*

Al hablar de esta manera se apresuró á sacar un cigarro de hoja del fondo de un cajón del escritorio, y aunque cerró éste con velocidad, no lo hizo tan listamente que yo no pudiera ver en la gaveta un montón de habanos.

Nâo tenho mais que éste. Perdoe vossa senhoria que nâo lhe offerezca. — Me dijo, mordiendo ya la punta de la enorme tagarnina: — *Nâo tenho mais.*

Yo saqué fósforos de mi bolsillo, encendí uno y le dí fuego, sonriendo en atención á su amabilidad exquisita.

— *¿ Sabe vossa senhoria o que vamos á fazer ?* — agregó entonces, chupando fuertemente el cigarro á favor de esos raros mo-

vimientos de sanguijuela que no le es dado hacer á quien tiene completa su dentadura:— *Vosa senhoria va agora mesmo á Escribanía; se faz extender un poder especial; o suscribe con a firma comercial; me lo tráz vossa senhoria e manhâ dexamos en menos d'uma hora o negocio arranjado.*

Llenar estas formalidades, mitad en castellano y mitad en portugués, para hacer devolver el monto de un robo de que estaba convicto un mal empleado, quien había traicionado la confianza de sus superiores, le parecía no sólo timidez condenable, sino también proceder hasta indecoroso á mi espíritu juvenil y más que juvenil honrado; y salí de casa del leguleyo con intención de no volver á ella y de buscar otro mandatario que, aunque no de tanta fama, pusiera menos aparato en lo que debía, según mi parecer, terminarse por la condena en costas, devolución de lo robado, y encarcelamiento inmediato del ladrón.

Con tal resolución, y sin creer fuera necesario para ponerla en ejercicio tener una consulta previamente con mis socios, caminaba yo derecho hacia el estudio de otro abogado conocido mío, cuando tuve la suerte de dar con el director gerente de nuestra casa de comercio: hombre de largas vistas y que conocía la Corte como yo el hueco de mi bolsillo. Manifestado que le hube la mala impresión sacada de casa del abogado, le consulté sobre la pericia del otro que pensaba emplear; y me contestó resueltamente: —¡Guárdese usted de hacer semejante cosa! Usted, insinuando á Joâo Antonio Gardunha la calidad de las pruebas existentes de la defraudación de que hemos sido víctimas, le ha puesto ya en camino de casa del acusado; y á estas horas, no lo dude usted, trata por intermedio de su procurador con aquél. La lucha se trabará mañana entre la casa nuestra y el bolsillo del demandado: si Gardunha obtiene de él una suma superior

á la que demos nosotros, la nuestra será gestión perdida, cualquiera fuese el abogado, de la Corte ó del extranjero, que la dirija. Si nosotros superamos en la oferta, no sólo se habrá de ganar el pleito sino también recobraremos inmediatamente parte de lo perdido; y ésto lo obtendremos con jueces ó sin ellos. Y cuente que no hay que ensayar se prosiga la instancia con otro cualquiera de los pocos letrados acreditados aquí, porque entonces sería *Joâo Antonio* el defensor del damnificado por nuestra demanda y aún habría de costarnos muy buenos *contos de reis* el asunto; por más que irradie claro, como el sol suele hacerlo en mediodía, la abrumadora verdad de nuestro derecho, y esté comprobado el robo de que está convicto el ex-empleado.

Las palabras tan convencidas de aquel hombre, vinieron á asegurarme de lo que ya me habían dicho: no ser posible obtener justicia por otro conducto que por el pasadizo del alma negra de aquel mestizo avaro y de conciencia de caucho.

Fuí, pues, á casa. Acompañado de nuestro gerente subí á la sala del Directorio donde hallé á dos de los socios. Ambos

estuvieron contestes, sin la menor sombra de duda, en que debía seguir el temperamento indicado por mi acompañante. En ello pues reasumido, salí: hice extender el poder; firmósele con la firma social; y después de pasar, yo, la noche disgustado y casi toda ella en vela, á causa de la impresión que en mi espíritu infantil hubo de producir aquel desprecio por la justicia, y el tan infame tráfico que lesionaba el derecho y desvirtuaba la ley, salí muy mal humorado de casa; y á eso de las diez entré en la del abogado, que era como entrar en las zahurdas de Plutón.

O Senhor Don Jóao Antonio nao recebe até as tres horas da tarde: me dijo el negro portero, quien sentado en una silla de paja cerraba el paso por el gran corredor de la mansión señorial.

—¿Cómo que no recibe? ¡Si ayer me dijo viniera hoy á las once!

¿Mas nâo deu á vossa senhoria á entrada?... ¿Nâo tem vossa senhoria o pase que é de ór-

dem. ¿ Nao? Antâo nâo posso deixar pâssar a vossa senhoria ás tres horas entra Sua Senhoría ó Senhor Doctor as consultas gratis p'ra tudo o mundo no salâo grande, a issa hora e alí Vossa Senhoría ó pode ver.

Salía yo muy fastidiado y había dado breves pasos fuera del corredor, cuando una vieja, que oyera mi conversación con el portero, se me acercó y me dijo misteriosamente :

Se Vossa Senhoria me dá somente quinientos reis eu lha fáço entrar agora mesmo.

Hube de irritarme y echar á la vieja con viento fresco; pero, dispuesto á acabar cuanto antes con tales indignidades, y suponiendo hubiera sido intencional en el abogado el olvido de darme el pase requerido, para así abrir la puerta á una nueva explotación de que encargaba á su servicio, entregué á la negra la moneda de plata de medio duro que me pedía y aguardé allí mismo, como la bruja me lo encargó.

No hacía dos minutos había entrado ésta en el corredor, cuando volvió y me entregó satisfechísima un cartoncillo. Era éste blanco, y en letras negras y manuscritas ostentaba el nombre del abogado y las armas del mismo estampadas á presión. En

un ángulo de la derecha y hacia abajo, de mano muy poco experta, veíanse trazados varios caractéres que parecían decir: "Consulta: 11 a. m.". En aquel momento daban éstas en el reloj de la iglesia vecina, y entré apresuradamente en el pórtico.

El negro me reconoció. Me sonrió con afabilidad; se descubrió la cabeza de su sombrero de paja; me hizo una muy profunda reverencia, y tomándome la tarjeta que yo extendía, me dejó respetuosamente libre el paso.

El gran salón de espera de don *João Antonio*, estaba desbordante ya de clientes. Unos leían periódicos; otros, libros cuyas hojas encrespadas acusaban la azarosa existencia que llevaban en los no muy pulcros bolsillos de sus propietarios: quienes conversaban chitacallando; quienes untaban los pringosos dedos ensalivados en la ya curtida punta izquierda de la página de algún vetusto libro de grabados; y aquí y allá y por todas partes, los grupos reservados y afanosos de gentes de todas clases y colores y cataduras: desde el noble de monograma blasonado que lo ostentaba resplandeciente como broche del moño de la corbata, hasta el audaz

plantador mulato retostado por agrio rayo del sol de *Minas-Geraes;* desde el heredero de una problemática mina en regiones inexploradas del alto *Matto-Grosso*, hasta la elegante francesa, amiga íntima de un valido del Emperador, que venía á acusar á su amigo ¡ sabe Dios de qué desmanes ! Ni faltaba el mestizo almacenero de comestibles y bebidas; ni el esclavo liberto de faz agrietada por tremendos costurones. Y de entre el hondo hervir de aquel vivero de carne humana, polícroma, poliforme y poligénica, se exhalaba un vaho como de bajos é inconfesables anhelos y dolosas intenciones que me llenaba el alma de repugnancia y disgusto.

Bien sabía yo, por haberlo comprobado muchas veces, que no nací para hacerme comerciante; pero en aquella ocasión, en que de buena gana me hubiera dirigido á la policía en denuncia, antes que á la casa de un abogado, en consulta, me pareció más absurdo que nunca me pareciera, aquello de no llamar al ladrón como es debido y que el Juez haya de franquear la puerta por donde pase el esbirro en busca del delincuente. Pero ello era la plaga más terrible de nuestros tiernos

pueblos de Sud-América y hasta en los países de más añeja organización se produce todavía hoy tal desquicio: porque es contingencia humana no poder violentar ni el engranaje de la administración, ni la falibilidad de los juicios.

-- Hágame el alto honor de sentarse aquí á mi lado, ilustrísimo señor—agregaba después de corta pausa, mi padre relatándome ésto, imitando con la voz el quejido de una gaita. Y continuó:— Así me dijo el abogado, quien me pareció algo más mono aún que el día antes. Trasponía yo en ese instante la puerta de su estudio sobre la que corrió la cortina el negro de la tarjetera.

Aún no me había sentado, cuando me dijo el enredista:

Muito, muito éi estudado seu negocio.

Y en realidad debía de haberse ocupado mucho en él, porque me pasó un cuadernillo de papel de hilo que, bajo el bien trazado rubro de mi nombre, contenía todos los datos dados por mí el día anterior, engrosados por muchos más: todo lo cual me llenó de viva sorpresa.

¿Ten vossa senhoría o poder? — me preguntó apresuradamente.

— Aquí está.

Lo tomó; lo dió vuelta entre sus dedos, agudos como garfios; lo revisó poniéndolo contiguo á la punta de su naríz, y tocándolo casi con los vidrios de los lentes lo prendió por fin con el broche del legajo. Tomándome entonces éste de las manos, pareció querer encajarlo en el tapete de la mesa, mientras me decía acentuando largamente las palabras y metiéndomelas con los suyos por mis ojos hasta el fondo de mi entendimiento:

— *Saô tantos centos de miles de reis!*

Yo me sonreía viendo que él comenzaba por engrosar la suma en litigio contándola por sus componentes más ínfimos y no por *contos* como era lógico hacerlo.

— *¿ Vossa senhoría pensó já* — prosiguió, — *cuánto vai á pagarme á casa representada si fazemos entrar de novo en suas arcas, os deis mil pesos robados ? Vossas senhorías Rio Pratenses nâo saben o dificuldoso que é aqui fazer ter razâo contra quen dispoê de conhecimentos é dinheiros; pensan que con cuatro reis se poden fazer milagros...*

— Hemos supuesto sea suficiente un millón de reis, — le dije amoldándome á su inclinación de engrosar las sumas por la

elección de la moneda que nombraba para contarlas — creemos con un millón pagar espléndidamente su trabajo de usted.

— *Verdade* — me contestó — *con un millón teremos p'ra pagar exactamente ó papel sellado.*

Yo no volvía de mi asombro. ¡Un asunto que, á más tardar, podría durar en justicia, alrededor de diez dias!

Sin inmutarse, mucho ni poco, así prosiguió el mulato:

— *Vossa senhoria pensaba... Entre juizes, conjuizes*, alguaciles, procuradores y escribientes, me gasto *eu vossos mil pesos em provas. E mester máis, muito máis p'ra tornar á vossas senhorias á metade do perdido. Olhe aqui estâo os cálculos.* Y leyó entonces en el legajo ó expediente que había formado con mi nombre como representante de la casa comercial: Para devolver, libre de toda erogación y después de condena, ejecución y liquidación de las propiedades denunciadas del ex-empleado, la cantidad de tantos contos de reis, el abogado Don *Joâo Antonio Gardunha* necesita la mitad. Si nada se saca, nada se le paga, á no ser los gastos de papel sellado y procuraciones. Si se obtiene la ejecución del conde-

nado y el resultado de ella alcanza á cubrir lo por él detentado, ustedes me darán cinco mil pesos.

Mi padre sacudió la cabeza sonriendo. Todavía al cabo de tantos años, el recuerdo de la proposición de aquella iguala leonina le sacaba de sus casillas.

— Aquello era monstruoso — prosiguió ya calmado — y hube entonces de indignarme y hasta de irritarme.

— ¿ Qué quiere usted ? — decía el muy cínico letrado, mi propuesta es de tomar ó dejar : y mi tiempo es oro. Le doy á usted hasta el lúnes á la tarde para que reflexione. Yo no apuro á nadie, ni me aprovecho de nada.

Salí furioso y me fuí á casa con intención de proponer á mis socios dejáramos perder el dinero defraudado, antes que meternos en asunto con semejantes gavilanes. Pero mis socios, más prácticos que yo, y que veían claramente perdido el monto total de la suma ; ellos, conocedores de los recursos del abogado, juzgaban que éste, al proponer la iguala, no había tirado tanto la cuerda como pudiera ; y hasta opinaban que la proposición era muy de aceptarse. Así me lo dijeron explicándo-

me cómo aquel era asunto perdido; puesto que sólo Gardunha era capaz de hacer condenar á un ladrón tan altamente colocado en política como el de que eramos víctimas nosotros en ese entonces.

— ¡Del lobo un pelo! — decían, y palmeándome la espalda y llamándome muchacho, me hicieron consentir en el arreglo.

— *Já sabía eu que Vossa Senhoria ilustrissima* había de recurrir á mí antes del lunes, — me decía el muy cínico trapisondista, á la mañana siguiente.

Con la mayor cortesía de que me hallaba capaz, poseido como lo estaba de la repulsión más intensa, firmé, sobre áscuas, la iguala. Era ésta un documento muy en forma, que el abogado había hecho extender sobre papel sellado en la escribanía ubicada puerta contigua de su casa particular. Por el patio de esta misma me hicieron pasar para ir al escritorio donde firmé el compromiso.

Como lo hice estudiadamente porque así me convenía, olvidé por algún tiempo el desagradable *imbroglio*; pero muchas semanas después de ocurrir los sucesos relatados, recibí una tarjeta del abogado, en la que me daba una cita; y ¿cuál no sería mi sorpresa, cuando al entrar al día siguiente en su estudio, me encontré allí con el estafador en persona, quien platicaba, al parecer muy amigablemente, con mi defensor?

— Vé usted, — me decía éste al poco rato — ¡No gano nada en el asunto! — Y como yo protestara del arreglo, que ya él había aceptado recibiendo solamente un diez por ciento de lo que clara y esplícitamente confesaba haber distraido el ex-cajero, — ¡Vaya! ¡Vaya! —me decía empujándome por el hombro.—Con un buen millón de reis *ha p'ra fazer muito fogo!* Y para colmo de desvergüenza me hizo extender un documento de chancelación absoluta, á cambio del cheque del diez por ciento de lo robado que me restituía el ladrón.

— ¿Y querrás creer, hijo mío, esa honorable persona, escapada gracias al poder de nuestro propio abogado de la celda pe-

nitenciaría, ocupaba algunos meses más tarde una de las posiciones más espectables en la Corte; y más tarde aún, mi uniforme diplomático se inclinó, lo menos que le fué posible, es cierto, ante el omnipotente favorito: quien nunca nos devolvió la llave de la caja de fierro que vació indebidamente.

Yo solté la carcajada; mi padre continuó:

Años después, contándole el percance al doctor Lamas, éste rió tanto como tú ahora:—Si ya lo sé, me dijo concomiéndose—si fué una muchachada suya, mi amigo. ¿Sabe usted cuánto le dejó el arreglo á Don *JoâoAntonio*? — Y como yo le contestara lo sabía, puesto que le había pagado por ello cuatro mil patacones. — ¡Siete mil pesos oro! — me replicó, riendo á voces. El Senador Gavino iba á devolverles á ustedes, hasta con los intereses, los contos de reis de que había dispuesto con tal no hicieran público su robo en vísperas de ser electo. ¡Ya vé usted si había, con lo que ustedes pagaron al abogado y con lo que éste sacó al acusado, que fué casi otro tanto de lo dado por ustedes, si había, digo, con todo ello: *p'ra fazer muito fogo*!

—¿Pero ésto pasó en Rio Janeiro?—

pregunté á mi padre cuando hubo terminado su relato.

Y como el interrogado clavara en los míos sus ojos llenos de picardías, me adelanté á su respuesta afirmativa, diciendo:

—Está bién, pondré la escena en cualquier ciudad del mundo.

EL CAPITÁN TORMENTA

EL CAPITÁN TORMENTA

Tranquilízate — dijo mi padre sonriendo — no te voy á referir una tragedia de las muchas de la vida de don Pancho el Zurdo, ni á pintarte las angustias de la noche que pasé solo y al raso en el campo donde fuera dos días antes la encarnizada batalla de Carpintería; ni me propongo hacerte el relato de las horas de agonía durante las cuales estuve prisionero de las tropas del General Echagüe, cuando fuí á contratar con el gran Lavalle, el bastimento del Ejército Libertador.

La noche está triste; llueve... Parece que con el agua cae honda melancolía sobre la tierra... El ruido que producen las gotas adormece, y como va descargando

la tormenta, los nervios también se desmontan fundiéndose en la soñolencia de una cierta laxitud reparadora.

Hablando así, mi padre, se arregló la inmensa barba blanca que le pintaba como con espuma de mar el pecho, se arrepantigó en el sillón, encendió en la punta de su cigarro otro nuevo, arrojó la colilla, y continuó:

—Conoces ya, por habértelo pintado mil veces, el carácter socarrón, no muy moral, é insolente en demasía del Capitán Tormenta. Y no es ésta la oportunidad de ponderarte el sello de dominio que, la constante vida de cuartel y las durezas del campamento, le habían acostumbrado á poner como distintivo de sus actos. Á la manera de César, conseguía ó pretendía ser cabeza en todas partes. Indolente y voluntarioso andaba siempre mal con la disciplina. La misma enfermedad al estómago que socavaba su naturaleza de gigante, era la mejor prueba de la violencia de sus desaconsejadas resoluciones. Por no cargar con sus víveres durante las amargas horas de la montonera, comía algunas veces atrozmente y de sólo una entada, alimento bastante para toda las

semana, según decía el muy bárbaro. Ello es que se devoraba, el lúnes, la mayor parte de la provisión semanal; y que después, aunque poco, sacaba de donde hubiera, las piltrafas y condumios que le pidiera su estómago ó le solicitasen sus vicios. Lo mismo era en otras cosas. Una noche, durante las negras noches del sitio de Montevideo, nos hallábamos fastidiados de nuesta partida de dominó, y quebrando la disciplina nos lanzamos, Tormenta y yo, á las calles, con vehementes deseos de solazarnos en ellas. Era ya tarde y hace más de sesenta años de lo que te cuento. La violencia luminosa del alumbrado público no dañaba, como puedes imaginar, la pupila del viandante. Así es que iba mos por las tortuosas callejas entre las sombras, sin rumbo fijo, conversando sobre mil cosas del día, á merced de esa indolencia que, más que la falta de que hacer, proporcionan los veinte años. — De distancia en distacia, un pobrísimo farol de aceite, mandaba rayos intermitentes y como asmáticos sobre una vieja hornacina ó algún pequeño nicho vetusto; donde cierta imagen, pintada por la luz de color rojo, se aburría completamente á solas, entre

terroso montón de desconchadas flores de porcelana: recuerdo de la piedad y la industria de otros días. De lejos, la luz votiva se trasformaba en una como estrella luminosa que luciendo en las tinieblas tachonaba fantásticamente el manto funerario en que éstas convertían el vano de la tortuosa calleja.

Porque no deseábamos volver al cuartel antes de la medianoche, vagábamos en todos los sentidos, cruzando calles desiertas; hasta que el voceo del mar al quebrarse sobre las rocas, nos anunciaba la cercanía de las trincheras. Ésto nos hacía convertir la mirada hacia el foco de luz rútila de la hoguera de algún adormecido cuerpo de guardia sepultado en el silencio: ese aciago silencio del hombre que acecha al hombre junto al bullicio estrepitoso del mar, y que no es posible olvidar si se le escuchó cuando se andaba rayano con los veinte años. Esquivábamos entonces la guardia, ó tornando sobre nuestros pasos ó tomando al azar alguna calle traviesa que nos conducía también hasta muy lejos; donde algún encuentro semejante al anterior nos hacía variar de nuevo el rumbo.

De pronto, yo, que llevaba en ese instante la acera, oí risas y voces en la sala de una casa por ante cuyas cerradas ventanas pasábamos. Y me volví para pegarme curiosamente á las rejas.

Tormenta hizo igual cosa. Adentro seguían sonando las voces. El rezongo de colmena decía bien claro que debían de ser muchas las personas de ambos sexos que estaban allí reunidas.

No sé si la causa fué el haber juzgado yo por el efecto en mí producido, ó si fué realidad mi observación, ello es que creí ver relucir en la sombra los ojos del capitán, como los de un zorro que rodease un gallinero tratando de escalar sus tapias. En esa actitud escuchó mi amigo por un momento, como recapacitando sobre la resolución que en seguida iba á tomar.

—¿Sabe usted? —me dijo al fin —Están jugando á la treinta y una... y nosotros también somos hijos de Dios ¡mil rayos!

Comprendí que el gran tronera iba á hacer alguna espinosa locura de las suyas, y sentí arrebatos de dejarle que la hiciera solo, volviéndome yo antes con antes para el cuartel. Pero á mi vez me hallaba algo melancólico, y resolví por tal causa, pro-

yectara lo que proyectara Tormenta, secundar todos sus planes : saliese lo que saliere de aquella cabeza á pájaros.

Es de advertir — añadió mi padre, fijando en mí la mirada como para dar mayor realce á su expresión — es de advertir, que, si en tiempo de paz había yo hecho experiencia del resultado de las sandeces de mi amigo, en horas de estado de sitio y bajo la ley marcial, escapados como andábamos del cuartel, donde debíamos esperar la hora de montar también la guardia, las salvajadas del atolondrado oficial podían tener para ambos gravísimas consecuencias.

— ¿ Qué piensa hacer, amigo ? — le pregunté al ver que se cruzaba y ajustaba la ropilla, hacía estirar afanosamente cuellos y puños y sacudía con el pañuelo el polvo de que estaban cargados sus botines.

— ¿ Que, qué pienso hacer ? ¡ Mil rayos ! Divertirme y tratar de que usted se divierta.— Y se aproximó, al decir ésto á la grande puerta de la casa, que se encontraba cerrada, como todas las demás del barrio en aquella hora.

— ¿ Piensa preguntar usted por algunos oficiales conocidos suyos para que nos in-

troduzcan? — le observé prudentemente poniendo en el tono cierto aire de indicación, creyendo que quisiera seguir mi consejo; y mientras tal le decía, componía yo también mi tocado, allí entre las tinieblas, como mejor me era posible.

— No es necesario, — me contestó — vengo aquí muy á menudo.

Tan natural era el caso, que ni me ocurrió dudar, como siempre hiciera, de cuanto decía el capitán Tormenta. Tenía éste por extremo desarrollado, entre otros muchos, el vicio de la mentira; bien lo sabía yo, víctima cien veces de ello; pero estaba de Dios que aquella noche había de pasar, por culpa de mis pecados, horas muy amargas. — ¡Ah! Lo hubiera usted dicho desde luego; — me reduje á contestarle cuando hubo formulado su acerto de que era viejo amigo de la casa: y á tan confiada exclamación, el capitanejo repuso, no sin antes titubear:

— Es que no lo recordaba. — Y agregó luego con seguridad: — ¡Conoce uno tanta gente!

— ¿Quién es el dueño de casa? — le pregunté deteniendo ya su brazo que alcanzaba el grueso aldabón de la puerta.

No pudo satisfacer mi curiosidad porque una voz de mujer preguntó por la mirilla del postigo así como resonó el aldabonazo: ¿Quién es?

— ¡Un invitado! — contestó Tormenta con voz dulzona.

La puerta se abrió como por encanto. En el corredor obscuro y mientras la cerraba, la china que nos la abriera, marimacho que era una especie de cabo de cañón, volvió á interpelarnos de este modo:

— ¿Y diay: cómo se llaman ustedes?

Tormenta no creyó oportuno contestar, y adelantó resueltamente hacia la puerta de la sala. De allí brotaba un torrente de luz que formaba charcos de lo mismo en el piso de tierra húmeda del ancho patio.

Pisaba ya mi introductor el umbral de la entrada de la pieza, cuando le dí alcance; y mientras me empeñaba en detenerle allí para que satisfaciera los deseos de la china que rezongando venía tras de nosotros por escuchar nuestros nombres, yo, sin comprender aún lo que pasaba, pregunté á mi amigo:

— ¿Por qué, no dice quién es?

Pero al golpe dado hacía un instante con el aldabón en la puerta, y á las voces

que levantaba la mulata en vista de la negativa muda de Tormenta para decirle nuestros nombres, se habían asomado al patio varias personas de las que estaban bailando en el interior de la casa.

— ¿No está el señor Hche? — preguntó el capitán á la primera de aquellas que salió á recibirnos. Aspirando indefinidamente una hache, como si no recordara perfectamente el nombre del dueño de casa, pretendía hacer creer que él era su amigo.

— Párese... que aquí no hay ningún señor Hche — dijo el interpelado con no muy buen modo.

— ¡Ah! Cierto — agregó Tormenta sin detenerse y entrando casi en la sala, á despecho de su sorprendido interlocutor — ¡Cierto! Es la señora Hche por quien pregunto...

— ¡Tampoco hay ninguna señora Hche aquí! — contestó el joven sorprendido, y más que sorprendido indignado ya, pues comprendió trataba con un intruso.

— ¡No sea tigre! — murmuró el capitanejo; y escurriéndose como una anguila penetró en la sala.

Los brazos del rechazado se tendieron

hacia el audaz. Yo me interpuse, y hubiera ocurrido una escena muy violenta entre el joven y yo, á no hallarse ya el causante de todo ello en el centro de la sala y atraer hacia él la atención de mi presunto contrincante. Entonces creí ver alrededor de mi amigo, sobre los brillantes entorchados de su ropilla, caer más que la roja luz de los reverberos, las miradas chispeantes de toda la concurrencia de caballeros y de damas en trajes de alta etiqueta, formando una reprobación universal que me llenó de vergüenza. Tormenta, cuyo semblante cobrizo de efigie sardónica, hacía más purpúreo aún el resplandor del petroleo, buscaba por todas partes algún rostro conocido entre los del sorprendido grupo que le rodeaba.

Un significativo rezongo de desagrado se levantaba en contorno, como el mosconeo de una agitada colmena. Desde la puerta del patio dentelleaba todavía la negra que nos recibiera; y tronando las palabras al hacer nuestra denuncia, aumentaba mi espantosa confusión. El joven que nos salió al encuentro, irritadísimo un punto, se dirigió á Tormenta; pero en tal sazón una dama elegantemente vesti-

da adelantósele, llegó hasta mi compañero, y le preguntó muy dignamente, con voz contenida aunque nerviosa:

—¿Á quién buscaba usted, aquí, caballero?

—Al dueño ó dueña de casa, señora mía; —repuso el interpelado sin inmutarse ni mucho ni poco.

—Pues, la tiene usted delante—silbó la voz de la dama.

—¡Tanto gusto! Tanto gusto, mi señora. Tantísimo gusto de conocerla —repuso el cínico. —Y volviéndose luego hacia mí, entre el pasmo de todo el mundo: Áquí tiene usted,—prosiguió, designándome con el brazo extendido—á mi amigo don Juan José Soto, que precisamente me decía hace un instante: Mire, mire mi amigo Tormenta, si tuviéramos esta noche donde bailar ó jugar á la treinta y una, bien podríamos estimarnos los más felices oficiales de toda la guarnición—... Y como la señora, indignada, fuera á interrumpirle: —Usted verá,—continuó, apresuradamente —usted verá, señora ó señorita mía, qué excelentísimo caballero es mi amigo. —Volviéndose de nuevo hacia mí hasta tomarme por la

manga de la chaquetilla, y atrayéndome por ella junto á la adusta dama: — Tengo á honor — exclamó — el presentar á usted al señor don Juan José Soto, persona de toda mi confianza y digna de la más alta consideración y aprecio.

La consternación era general.

— Pero... En fin, caballero: esto no es regular, — dijo la dama — ¿Á usted quién le presenta?

— Yo me presento siempre solo, señora mía, — repuso con gravedad cómica, y agregó después de hacer breve pausa: — Pero esta vez, en atención á usted señora mía, esta vez, me haré presentar por mi amigo don Juan José Soto.

Yo me sentía rojo de vergüenza. Ese brutal aturdido me estaba haciendo desempeñar el papel menos delicado y más de estólido que haya desempeñado en mi vida. La irritación me hubiera hecho perder el tino, á no serenarme, y aun regocijarme, la espesa atmósfera de ambiente cómico que nos envolvió de pronto.

La señora, calmada por el insolente desgarbo de mi compañero, sonrió. Con la sonrisa de la dama, la mayor parte de las personas del mismo sexo dieron libre curso á

la risa; y cambiados los semblantes de los irritados galanes, quienes sólo esperaban una indicación de la dueña de casa para tomarnos de un brazo y ponernos en la calle, se iluminaron de súbito, en tanto que llenaron todo el recinto las carcajadas...

—¿Pero en fin... pero en fin... caballero... á... quien te... tengo el gusto de hablar? — preguntó riendo ya casi sin ambajes la dama, que se cubrió la boca con el país de su abanico tachonado de brillantes lentejuelas.

—Por eso no quede, ni se apure usted, mi buena señora mía. Habla usted al capitánTormenta, pues, al muy valiente capitán Tormenta,— repitió dirigiendo la mirada fiera hacia el grupo de civiles que festejaban sin cesar la ocurrencia.

— ... Quién va á ir ahora mismo preso al cuarto de bandera; — continuó imitándole la voz uno de los asistentes á la fiesta, el que fué saliendo de trás de un grupo en que había estado oculto como de intento hasta ese entonces.

— ¡Mayor!—murmuró con tono de ruego la dama. — Que no se turbe la buena armonía de la tertulia! Disculpe usted al juvenil capitán!

— Que no, señora. Que no me ha de disculpar; — dijo éste — sino que estamos á mano! — Y avanzó riendo cínicamente hacia el superior y le golpeó significativamente, con la punta del dedo, en la solapa del frac de paisano, que llevaba puesto contrariando la prescripción explícita de la ordenanza, la que mandaba vestir de militar y llevar armas y arreos á cualquier hora del día ó de la noche en que se estuviera en pie, dentro ó fuera del cuartel.

Explicado bien el caso, la risa fué ya de nuevo general, tomando en ella la mejor parte el mayor y su capitán. La fiesta continúo entonces acaso más animada que nunca.

Dos lámparas de petróleo alumbraban la gran mesa al rededor de la cual la familia de Seuratto, compuesta de tres jóvenes solteras y un varón de igual estado, el que saliera á recibirnos tan de pésimo talante, y que estudiaba medicina en la Universidad de Montevideo, reunía semanalmente varias amigas y amigos para jugar á la *treinta y una* y bailar: según que los concurrentes se inclinaban á uno ú otro divertimiento. Descendientes de ciertos ricos brasileños establecidos en la Repú-

blica desde hacía ya mucho tiempo, los hermanos Seuratto habían quedado huérfanos de padre y madre en el momento mismo en que Paca, la hija mayor, cumplía veinte y cinco años. Con equilibrio extraño en personas de no muy madura edad ni esmerada educación, se conservaban, las jovenzuelas, decorosas y medidas, á pesar de las dificultades que les creaba lo apetitoso de sus respectivas bellezas y la situación del relativo abandono en que vivían, en medio de las inquietudes consiguientes á una época de guerrear incesante y de militarismo ensoberbecido.

Por eso tenían siempre buenas amigas, que diesen tono y fuesen gala y ornato del gran salón, comedor y sala á un tiempo mismo, en que se efectuaban las reuniones que gozaban fama de muy alegres.

En la que estoy relatando, pasamos una noche deliciosa. Se jugó á la treinta y una, se bailó á compás de un viejo piano desacordado; se dijeron y resolvieron charadas; cantó Tormenta unas décimas con acompañamiento de música de una guitarra que dejó desvencijada, como dejaba el loco aquel cuanto le pasaba por las ma-

nos; y, con los primeros desperezamientos del alba, que se iniciaba magnífica, ganamos el cuartel y remontamos la guardia: el mayor Talavera, mi amigo Tormenta y yo.

Durante algunos meses, después, y una noche cada semana, hubimos de gozar de sociedad tan atrayente. Pero las cosas buenas duran poco. Vinieron más tarde los tremebundos días que pusieron fin á la lucha: se desanudó la epopeya tan gloriosa; salí yo como tantos otros orientales de Montevideo y no volví á saber nada de la familia Seuratto.

Muchos años después de pasado lo referido, caminaba yo por la Rua das Larangeiras, que entonces formaba parte de los más bellos alrededores de Río Janeiro. Allí tenía, en el centro de la pintoresca ciudad que domina y engrandece el Corcovado, la casa de comercio de que era regente. Ocupadas todas las horas hábiles de los días de trabajo en el corazón de la mal-

sana población, volvía al caer la tarde á deleitarme en el seno del hogar abandonado desde el alba. El día á que me refiero, me encaminaba más temprano que de costumbre hacia mi casita de la Rua das Larangeiras, donde tu mamá con tus hermanos mayores me aguardaba, dispuesta á que saliéramos á pasear reunidos y á respirar el aire puro de aquellos inolvidables alrededores, cuando una persona que venía detrás de mí caminando apresuradamente, me dió alcance y golpeó con afecto mi hombro, murmurando algo que no me fué dado entender en el primer momento, embotado un segundo por la sorpresa.

Me dí vuelta violentamente. Un instante me quedé contemplando en silencio al importuno y tratando en vano de reconocerle mirándole de los pies á la cabeza. Como viera el extraño mi indecisión, me dijo riendo á voces :

— Pero, vamos á ver... ¿Qué, realmente no me recuerda usted ; ó se hace el olvidadizo ?

El timbre de su voz y sus risas características, fueron para mí una revelación más que una ayuda de memoria.

— ¡Ahora, sí! ¡Ahora, sí! — le dije y le tendí ambos brazos — ¡Le reconozco! Es usted el coronel... el general Pacheco... ¡Coronel! ¡Coronel! Siempre me confundo y le degrado acordándome de la famosa noche aquella en que tuve el gusto de conocerle de otra manera que no fuese en formación. Disculpe usted amigo general, que sin querer le haya adelgazado las charreteras...

— ¡Lindas están ahora mis charreteras! — me interrumpió, mientras reía, sacudiendo significativamente las solapas de su raído y viejo gabán de expatriado. — ¡Verdad! — prosiguió — Verdad que tuve el gusto de conocer á usted en Montevideo. Allá en tiempo del sitio de Rivera.

— ¿En las trincheras verdad? ¡Qué noches!

— Pero no, amigo mío — le dije entonces riendo — ¡En lo de Seuratto! En las famosas tertulias de la familia Seuratto: donde me metió sin invitación el locazo aquel de Tormenta.

El general dió entonces, suelta á su risa... — ¡Verdad, verdad! Y que esa fué una noche de las buenas! — Y después de exclamar así, se volvió á quedar silencioso

como ante la visión de un recuerdo desagradable. Pero yo le pregunté:

— ¿Y qué ha sido de aquel loco? ¡Mire que tenía unas ocurrencias el tal Tormenta!

— Verá usted... Su última hora fué una comedia transformada repentinamente en la más sangrienta tragedia que usted pueda imaginar. ¡Cómo murió!

— ¿Qué dice usted?

— Lo que usted oye... Una tragedia, en fin, como tantas otras de aquella época de inquietud, en que no sabía uno nunca cómo acabarían las cosas, por más plácidamente que se las hubiese comenzado.

— Pero, entremos á este Café — le repuse. — Tomaremos algo que nos abra el apetito, para ir á comer reunidos en casa, si es que usted me quiere acompañar esta noche; y me referirá entre tanto, sin premura, el fin de nuestro común amigo: desgracia que, según me han dicho, acaeció á consecuencia de un duelo...

— ¡Qué duelo ni que ocho cuartos! — me interrumpió aquí mi interlocutor.—Eso fué lo que se convino en decir para ocultar ó desfigurar la verdad deshonrosa de

lo ocurrido. Murió... vea usted... ¡ jugando á la treinta y una !

— ¿ Qué me cuenta usted ? ¿ Cómo así ?

— Pues nada. Que estando yo sentado en la misma mesa en cuyo contorno usted también se sentó ; en el mismo salón ; en el mismo asiento que solía yo ocupar ; y rodeado casi de las mismas personas que halló usted allí la primera noche. La escena y el escenario y los actores y todo como usted lo vió aquella primera vez. Allí murió su introductor curiosísimo. ¡ Y de qué vil manera !

Habíamos entrado, mientras hablaba el general de esta suerte, en el café de las Meninas. Dos pocillos humeaban á poco ante nosotros, mandándonos hasta el rostro aquel excitante aroma del café; y la charla del viejo militar, vivaz, entrecortada de exclamaciones, y pintoresca, me entretuvo una media hora.

Las persecuciones políticas y la vida azarosa de los combates, habían llenado de amargura el espíritu del anciano batallador. Era un descreído, un desencantado por la experiencia, de la hueca vanidad de los hombres y las cosas ; pero un algo inexpresable estaba saliendo continuamente á

sus ojos, como previniendo al que oía su hablar desilusionado, de que por ellos, y desde el fondo del alma, salían las emanaciones intermitentes de la mina de pasión y de terneza que le ocupaba todo el sitio destinado al corazón en aquel pecho respetado por las balas. Alguno que fué su amigo solía exclamar al verle con expresión tan tétrica paseando desterrado por las calles de Río Janeiro: — ¡Véan ustedes! Llega al Brasil, así, derrotado y emigrado, y establece una fábrica y depósito de vinagre! ¿Qué más que vinagre puede hacer un hombre que tiene esa cara y también esas intenciones que Dios le puso en la voluntad, como castigo de sus pecados?

Y sin embargo, eso no era más que una chuscada injusta y de mal género: una frase malevolente á la que no consiguió dar curso ni aún la espiritualidad indudable que la dictó: tan cierto es que, para la sátira la observación vale más que la malicia, Detrás de aquella agria fisonomía se ocultaba un volcán de sentimientos puros; y en aquel cuerpo de acero para la pelea, palpitaba un corazón rebosante de ternura.

Por eso le ví, mientras relataba alguna

de las proezas de Tormenta, reir como un loco, á destornillarse de risa; y luego, al precipitarse el recuerdo del desenlace de los sucesos que dieron fín con la vida del libertino, observé cómo se le anublaba el semblante y le ví casi verter lágrimas.

— ¡Oiga! Oiga usted... amigo. ¡Qué animal aquél! La pobre Paca... ¿Se acuerda usted? Una honradez acrisolada; una honradez rayana con el heroísmo! Pero ¿qué filtro tenía el bárbaro de Tormenta en la audacia brutal de que disponía? ¿Sabe usted? Era un infame: una bestia sucia y dañina, juguete de sus torpes apetitos. ¡Así acabó! Yo hacía tiempo que no quería ir por la casa de las Seuratto con él. Me habían dicho algunos amigos que Paca se casaba con Tormenta, quien hacía ya de jefe de la familia, y no quería yo sancionar con mi presencia, como superior, las barbaridades y bajezas del capitanejo. ¡Qué se había de casar Tormenta! Esa noche, la última de su vida, fuí casualmente, yo con Talavera, por allí: me hallaba algo fastidiado, y busqué distracción donde la hubiera. Entro. La reunión era la misma; algo raleaba en cuanto al bello sexo, á causa de las voces que corrían; pero con todo

la jugada era completa. Estaban allí los Ramírez, Juanicó: los amigos todos. Y las muchachas de Mazail; las de Otero y hasta aquellas viejas de Fuentes, tan llenas de dicharachos. Reinaba gran entusiasmo. Tormenta ocupaba la cabecera de la mesa; estaba en uno de los grandes sillones del comedor, sentado como en un trono. Paca, como siempre, permanecía á su lado, algo inquieta pero jubilosa. Después supe que ambos habían señalado el casamiento para la próxima semana de la en que estábamos entonces. Pero, ¡lo que es el destino! ¿Recuerda usted á Sergio? ¡El mismo! El mismo que interpeló á Tormenta en el patio la primera noche en que usted y el capitán se presentaron en la casa de la fiesta; el que quiso detener á su acompañante cuando éste se metió en la sala... el que hubo de reñir luego con usted. Bien. El mismo; con sus violencias y sus cavilosidades de siempre. Noté que, la noche á que me refiero, me recibía el muchacho con una actitud muy tétrica.

¿Está mal Sergio?— pregunté á Julia más tarde. ¡Qué esperanzas, coronel; locuras: muchachadas!... y esquivó tratar el tema. Pero pasaban rápidamente y ale-

gres las horas en la reunión. Cuando empezó á disminuir la concurrencia, yo me acerqué más al grupo de los novios, y se avivó la partida de treinta y una. De pronto, no sé por qué, me solicitó la atención el silencio de Tormenta. Estaba éste callado, muy encendido y cierta contracción nerviosa parecía desfigurarle el rostro; y como si le hormiguease la sangre en las venas, se revolvía en el asiento. En ese instante le tocaba pedir baraja para cantar luego su punto y explicarse, tendiendo después, como es de orden, las cartas. Dos... tres... cuatro... ¡cinco pidió, con gran asombro de todos! Se le encendía cada vez más el rostro y parecía inconscientemente seguir su demanda afanosa de cartas y más cartas por no interrumpir alguna tarea oculta, distrayéndose de ella al verse obligado á tender las barajas sobre la mesa y dar cuenta de su juego. Miré hacia la compañera, que estaba también encendidísima, y algo de lo que pasaba entre ellos me pareció comprender, sintiendo que la ira hacía dentro de mí de las suyas. Pero mi irritación duró lo que dura un relámpago. Sergio, que estaba dos sillas de por medio de la que ocupaba el

capitán, saltó como un tigre desde su asiento sobre él; y antes de que el agredido, ni yo, ni nadie, fuera parte á detener su mano, ensangrentó ésta el rostro del oficial con una bofetada atroz y repercutiente. El golpe derribó por tierra, como una masa inerte encajonada en la silla, al capitán; quien se alzó vociferando como un loco, luciente en la diestra el sable desnudo, revuelto el traje y la cabellera; y así, abriéndose paso entre las angustiadas señoras, persiguió á Sergio que atravesando la pieza ganó á todo correr el interior de la casa. Cuando yo quise detener al capitán que le perseguía, era ya tarde. Traspasaba la puerta del dormitorio de Sergio, cuando recibió en pleno pecho dos balazos de revólver que le derribaron por tierra, perforado el corazón. Aquello fué horrible. Todo descompuesto el traje, el rostro en atroz mueca, revueltas las greñas como las de un salvaje, expiró, cual fulminado, en un segundo, mientras llenaban la casa toda los concurrentes á la fiesta. Y los gritos y las carreras se redoblaban. Caballeros, damas: todos gritaban á una y se revolvían: aquéllos queriendo contener el pavor y la desesperación tumultuosa de éstas; enloqueci-

das las damas, como si con gritar y revolverse hubieran de remediar en algo lo ocurrido.

Inclinado ante el cuerpo cuyas heridas humeaban aún, mojado todo por la sangre que por ellas se escapaba cada vez con menos violencia, al volverme á pedir que llamaran pronto un médico, ví cómo el resto de la concurrencia ganaba hacia la puerta de la calle presa de un inexpresable pánico. Todas las niñas y las señoras huyeron. La casa quedó casi desierta en un segundo; y muchos gritos desgarradores dados en el patio, me arrebataron de al lado del cuerpo, ya casi frío, del causante de la sangrienta y tan desgraciada escena. —¿Qué hay? ¿Qué pasa? — ¡Sí! ¡Paca! ¿Pero qué? — Todo el mundo lloraba: las dos muchachas, la negra mucama, todas las gentes, visitas y servicio, ó lloraban ó gritaban. Casi sin que nos dijeran nada corrimos algunos hombres hacia el pozo. Los cuatro amigos que me asistían, y yo, sacamos de su alvéolo, al cabo de un buen cuarto de hora de trabajo, á la desesperada muchacha, abierta la cabeza por el golpe dado con ella al caer contra la tosca dura del fondo, sin colores ya en la faz y sin

conocimiento en el atribulado espíritu. Mientras la hacíamos volver en sí, acomodada ya en su lecho, vinieron algunas viejas amigas que encerraron á las otras muchachas en sus piezas y trataron de consolarlas; y tomaron, al cabo, bajo su dirección los cuidados debidos á la infeliz Paca, delirante con la fiebre como estaba.

Sergio se presentó, pocos minutos después de la escena, á la Policía; y entre tanto, en su casa, allí mismo, amigo mío, sobre la mesa en que cinco minutos antes jugara él con el novio de su hermana, velamos algunos tertulianos el cadáver del mal inclinado capitán causante de tal desdicha.

Hace años me aseguraron que Paca había perdido el juicio. Luisa y Teresa, ambas con el hermano, de quien supe que después de un feísimo proceso fué puesto en libertad, han desaparecido para siempre de Montevideo; y el bárbaro de Tormenta ¡ ya vé usted ! — terminó, entristecido mi amigo — el bárbaro de Tormenta, murió miserablemente, haciendo la desgracia de tan excelente y honorable familia; pero al fin, ¡ Dios le perdone ! murió como él decía siempre deseaba morir...

— ¡ Ah ! sí: " con el sable en la mano..."

Mi amigo debió creer que yo decía una chuscada muy gorda; porque rió á grandes voces, á pesar de que mi semblante debía de acusar en aquel entonces la tristeza en mí producida por el conocimiento del mísero desenlace de la existencia del curioso personaje cuya amistad compartí en el cuartel durante largas semanas, y cuyas locuras, si no aplaudí, reí tan de buen grado.

Cuando se me pasó la mala impresión causada por la noticia, comprendí el por qué de las carcajadas del general; y como yo ya me volvía solo en dirección á mi casa, por no haber aceptado mi interlocutor la invitación de cenar en ella, no pude entonces contener tampoco la risa, pues me dí cuenta del epígrama involuntario que acababa de soltar.

—¡Qué impíos!—exclamé—¡Vaya una oración fúnebre la que hemos rezado al muerto!

CON PRIMOR Y COSA BUENA

CON PRIMOR Y COSA BUENA

La estancia de mi padrastro el Coronel Albín — decía mi padre ya entusiasmado á causa de la polémica que habíamos tenido momentos antes sobre el interés literario de los temas de relatos nacionales — estaba situada en la margen derecha del río San Salvador. Enfrente de ella y con éste de por medio, veíase á lo lejos dos pequeñas poblaciones muy *gauchitas*, como decían sus dueños; poblaciones compuestas de varios ranchos y enramadas, cuyos habitantes parecían cuidar más que de sus cuerpos de los de las ovejas y vacas y caballos que en magníficos corrales y mangueras y potreros refocilaban. El campo tendía gracioso sus lomadas verdegueantes; y como por

lindar la anchísima propiedad, el montoso río cerraba en el horizonte su luciente anilla. Eran dueños de aquel feudo dos hermanas del famoso general Quedina. Irene, la mayor, casada con el bravísimo indio Valenzuela, y Jacinta, mujer del sargento Fausto. Irene y Jacinta, tenían una conejada de hijas de todos gustos y edades: como las madres alentadas, como ellas vivas, resueltas, inquietas; metidas todas en carne: duritas las unas y retobadas; á modo de vegiga de grasa, las otras, que conserva la huella de los dedos que la oprimen; cual, de ojos tan vivos como los del basilisco; cual, de adormidas pupilas de torcaz en la época del celo; aquella dejativa y querendona; ésta áspera y huraña como siempre, puesta en guardia: rosal, en fin, era aquella casa, de lo más florido del pago, y que atraía á sí, desde más de diez leguas á la redonda, igual que á las moscas la gordura de la leche, á los peones y reseros ó entonados patroncitos, que andaban todos medio ladeados de puro arrastrar el ala...

Con ésto, y con decirte que corría el primer día del carnaval de 1830, ya sabes tú por qué tan atentamente y con tal mi-

nucia enjaezan los caballos mis hermanos Pancho y Gumersindo, el retobado indiecito Botija y quien te hace este relato. Está el día, al decir del buen Botija, muy torpón, y echando chispas; el rescoldo de las cuchillas que baña el sol da en la cara ; el campo tendido y verde pone en el cuerpo ganas de retozar; y los mismos teruteros parecen estar riéndose rebosantes de contento:—¡Muévanse! ¿No ven el río barroso cómo se anda también retobado y con el lomo hinchado? Véan: los pingos están pidiendo que se les azote al agua; y relinchan y escarcean como para sacarse con los dientes una espina que tuvieran clavada en medio del pecho; y allá en la costa de enfrente, las muchachas, con sus pañuelos punzóes atados á la cabeza y sus polleras de zaraza relumbrante y resquejosa, ya mismo nos van toreando... Se han venío tuitas, don Pepe —me decía el indiecito — y están las de doña Irene, y están las de Ña Jacinta, y tamién las del puestero don Bálsamo. ¡Á ver, pues, sí se despacha!

Yo no necesitaba de que me apurase el indio para hacer cuanto podía por andar listo.

Por fin, bien cinchados los caballos y

con nuestros sendos jarros de lata atados á los tientos del recado, apechugamos todos cuatro al río. Así como la bandada de muchachas vió, desde la otra orilla, la actitud de los mozos, voló dando agudos gritos hacia la casa. Muy cerca de ella, y casi junto al corral, estaba, desbordado por la avenida del agua de las lluvias anteriores pródigas en esos días, el gran charco de los patos. En derredor de él, formando línea de batalla, nos esperaron las criollitas á pie firme. Allí debía tener lugar la lucha; y las madres sacaron muy complacidas, las sillas de asiento de cuero crudo sobado, hasta el borde mismo de la enramada, para poder ver á gusto desde ahí las movidas peripecias del combate.

De á caballo, no más, saludamos nosotros gallardamente á todo el mundo; y Pancho y Gumersindo, como buenos muchachos que eran, apenas echaron pie á tierra y dejaron los redomones asegurados en los postes del palenque, deseaban atropellar inconsultamente al enemigo por aquel lado. Pero yo que dirigía el ataque ordené una fingida carga, y mandando hacer conversión rapidísima, en que el indio Botija perdió una de sus botas que le que-

daban muy grandes y eran muy duras y en que se sacó como un relámpago la otra para poder correr más á gusto, fuimos á llenar de agua velozmente nuestros jarros, allá casi en el otro extremo del charco. Las muchachas reían y tumultuaban y nos hacían blanco de sus epígramas, atribuyendo á temor nuestra evolución. Sus ensoberbecidas tropas contaban más de una docena de muy robustas gandulas y otra media de chiquillas, con otro tanto de chicos y pegotes de todas formas y tamaños.

Envalentonadas por el número habían establecido el fortín regularizando el servicio con las chicas y pergenios que rellenarían los grandes cuernos de vaca que les servían de jarros, una vez ellos vaciados sobre nosotros. ¡Alto! grité viendo todo ésto. ¡Alto! repetí á mi tropa que se avanzaba entusiasmada; y hube de arengarla en esta ó parecida forma: si atacamos, muchachos, nos tiene que ahogar el número: guerrillemos en montonera hasta conseguir batir en detalle al enemigo.

El bando contrario mandábalo en jefe *Irenesita:* un sargentón robusto y temeroso que salió como el gigante Goliat al frente de sus ejércitos, muy resoluta y audaz á retar á combate singular al enemigo. Y como nos viera indecisos, atribuyendo á temor lo que era treta de excelente táctica militar, dió orden á sus gentes de cerrar contra nosotros; y en lo que dura un relámpago, tuvimos que esquivar cada uno el cuerpo á cinco ó seis jarros de agua... Las furibundas hijas de Irene y las dos mayores de las de Jacinta, magníficamente hermosas y desenvueltas, arremetieron en grupo contra mí; y antes de lo que yo pueda tardar en contarlo, me pusieron hecho sopa. Yo vacíaba sobre ellas mi jarro y lo llenaba precipitadamente en el charco de los patos, de cuyo margen no me podían desalojar de ningún modo; en tanto que, los pobres muchachos y el indiecito Botija, eran verdaderamente ahogados á golpes de agua y pasaban de aquí para

allá perseguidos por nubes de aleteadoras muchachas y chiquillos cuyas risas y gritos llenaban de alegría estruendosa el ámbito, extremecido por los golpes, las carreras y las voces. Mi posición me permitía tener á raya al enemigo: pues aunque sus ayudantes le traían los cuernos repletos de agua á cambio de los vacíos, yo baldeaba del charco inagotable que defendía heroicamente á mi espalda y conservaba al alcance de mis brazos, los que manejaban el jarro con el voltear afanoso é incansable de las alas de un molino. No se resolvían las muchachas que me acosaban á tentar conmigo la lucha cuerpo á cuerpo, conocedoras como eran de lo hercúleas de mis fuerzas. De pronto, la sombra de la derrota extendió sus alas turbias sobre los míos.

Al pobre Gumersindo, estirado entre un hervor de manos chicas y grandes, brazos y faldas, lo arrastraban indefenso ya para zambullirlo en el charco, como hiciera un ejército de hormigas con un avispón difunto. Pancho luchaba como bueno en defensa del hermano, corriendo del agua al grupo y del grupo al agua; tironeando y sacudiendo en el montón, á la manera de un mastín rabioso entre majada de ovejas; y

Botija, habiendo perdido su jarro, el cual le había sido arrebatado de las manos por una de las intrépidas hijas de Bálsamo, corría desaforado y descalzo hacia donde estaban sus botas; las llenaba de agua en el charco y riendo y dando salvajes gritos, las traía chorreantes y amenazadoras, cogidas por las precillas, y hacía con la sorpresa del recurso y el temor que inspiraban tales armas, poner en derrota á las tropas enemigas que aprisionaban al pobre Gumersindo, quien iba á ser ya metido en el estanque. Las enormes botas chorreantes vinieron entonces en mi auxilio; y dos de las furias que me acorralaban viéronse reducidas á atender á retaguardia, y con el refuerzo de mis gentes vencedoras tuvieron ya que cejar. Irene, cargada por mí, fué desarmada en un Jesús, y con la propia guampa de que se valía para mojarme, la hice correr entre la bata y el seno un cumplido torrente de agua, cuya frialdad la obligaba á gritar y debatirse furiosa, mientras yo me reía con regocijo de la escena pantagruélica.

Pero las hijas de Bálsamo, acaudillando dispersos, vinieron en auxilio de la Irene; y una de ellas perseguida por Botija, que quería rociarla con su bota llena de agua, separó de nosotros el irresistible armamento del indio; y la ola de muchachas, entonces nos envolvió; y hubiéramos sucumbido seguramente, pues estábamos ya cubiertos de agua, á no oír yo las risas estrepitosas de ña Jacinta que decía con los estampidos del bombo de su estómago convulso, del fondo del cual salían borbolleantes, estas sabrosas palabras:

—Pero... ¿qué hace don Pepe que no me revuelca bien de una vez á esas mozas?

Y esa fué la voz de: ¡Sálvese quien pueda! porque yo, perdido ya del todo el juicio, me abracé fuertemente á la hermosa china para arrastrarla hasta el charco: lo cual visto y comprendido por la hija menor de Bálsamo la llevó á sujetar mis brazos para socorrer á Irene; y ésta, asiéndose de

la de más allá y aquélla de la otra, formamos todos un nudo tan revuelto y enroscado, que, al dar yo en tierra con mi presa, arrastré en la caída á cinco de las tremendas mozas y fuimos todos á dar, con revuelto pataleo y manoteo espantoso, hasta lo más céntrico de la laguna, de donde salieron atemorizados los patos chicoteando el agua con las alas y arreglándose las colas. Entre tanto, la rimbombante risa de los gauchos y paisanos que llenaban con su grupo pintoresco la enramada, estallaba como una salva dominando la algarabía de los que chapoteábamos en el barro. Y, sobre todo, como un trueno que pasa por la altura apagando por un momento el ruido del mar: fuerte, salvaje y regocijada, la tremebunda voz del brutal Sargento Fausto, dando el grito de *¡alto el fuego!* agregaba entre enormes carcajadas:

—¡ "Con primor y cosa güena se han portao los muchachos"!!

OLA DE FUEGO

OLA DE FUEGO

Era alta, delgada, muy pálida y de expresión profundamente triste. Los ojos aterciopelados, en los cuales la nostalgia del no ser se concentraba, parecían estar siempre indagando los misterios de un más allá escondido entre las brumas del dolor y la resignación humanos. Nacida para el sufrimiento, el sufrimiento se había arrojado amorosamente en sus brazos por toda la vida; y cuando, muy de tarde en tarde, era de allí desalojado por el placer de brevísimos instantes, volvía más imperioso que nunca á reivindicar sus derechos sobre la víctima.

La primer noticia que tuvo mi tío don Francisco de doña Berta Linares — prosi-

guió mi padre—la hubo siendo alcalde de un distrito judicial en el antiguo Montevideo. Él fué quien me dió los curiosos antecedentes que pasaré á referirte: Personas de la vecindad fueron á buscar al funcionario, pasada ya la hora de la medianoche á fin de que pusiera paz en el hogar de don Pedro de Linares, en cuyo seno íntimo había estallado la más furibunda reyerta conyugal. ¿Por qué? Pues solamente porque el susodicho, después de cenar, hubo de convidar muy afectuosamente á su idolatrada consorte á dar un paseo por las calles iluminadas artificialmente con ocasión de ser aquel día glorioso aniversario del 18 de Julio; y la muy original de aquella extraña mujercita, se había echado á llorar como una Magdalena, tan sólo con escuchar el convite que se le hacía.

—¿Qué tienes, alma de mi alma?—le preguntó el marido, con sorpresa,

—Nada...

—¿Cómo, nada? ¿Por qué lloras, entonces?

—No lo sé...

Y de ahí no hubo medio de sacarla durante dos largas horas de continuas sú-

plicas y halagos. Al cabo de éstas el irascible marido excitado rogó muy tétricamente; insistió aún por largo rato en sus ruegos; volvió á rogar; y, viéndose impotente y desesperando de arrancarla una palabra, terminó, ya enloquecido, por darla el más furioso bofetón que dió en su vida. Ella contestó como una fiera; pero el muy bárbaro, enceguecido con la contrariedad, como sucede á menudo en tales ocasiones á los temperamentos débiles que ni encuentran resistencia digna de tenerse en cuenta ni satisfacción á lo que mueve sus impulsos, se encarnizó con la víctima, y á los gritos y á los golpes, las gentes de la vecindad tomaron cartas en el asunto.

Era don Pedro, por ese entonces, rico hacendado y último vástago de aquella orgullosa estirpe de los Linares, asentadapor su padre, el viejo Adrián, con sus dioses y penates en las puertas del Río de la Plata, hasta las que llegó huyendo de las contrariedades sufridas en la Península Española por no poder mantener á altura su misma posición realenga: que muchas veces el venir á menos de deshonesta nobleza, fomento fué de una honrosa villanía.

Desde la fecha de la instalación del hogar

del representante de casa tan encumbrada á la época en que mi tío intervino como funcionario público en el escándalo producido por el disgusto doméstico del último retoño de la estirpe nobiliaria en el seno mismo de su tan suntuoso retiro, habíanse ya pasado muchos años, con el transcurso de los cuales se fueron multiplicando fecundamente las vacas y los caballos, en que habían sido convertidos, en esta tierra americana, los lucientes escudos columnarios importados en ella por el arrogante padre de don Pedro. Muerto éste, seis años antes de la noche tempestuosa de que arranca mi relato, veíase en tal sazón el joven Linares universal heredero de propiedades y haciendas que le ponían en estado más que holgado de fortuna. Y como se sentía en condiciones y prurito de tomar, por fin, estado, súbito pensó en ello. Colmado de salud y de bienes, tanto como de hermosura y juventud, su cuarto de hora de gloria fué esplendoroso.

Por ser de educación esmerada lo bastante para en aquel entonces, y por abonarle y valorizar su mano á lapar que los posibles los honrosos antecedentes de fa-

milia, casó en una de las de más alta alcurnia de nuestra naciente sociedad. La joven y bella esposa fué hasta el momento mismo en que los unió el sacramento, predilección y encanto de los salones uruguayos. Con su afinada voz de contralto, Berta atraía la simpatía y los rendidos halagos de cuantos seres tenían la dicha de conocerla; y refieren que su discreción y compostura habituales eran aún más atractivos que su misma voz. Sólo reprochaban sus amigas, y lo echaban á la broma, las violencias de su apasionamiento afectuoso.

¿Don Pedro se unió con ella enamorado ó aturdido? ¿Lo hizo por vanidad, por obtener una alhaja codiciada de todo el mundo, ó llevado de la pasión que un alma tan singular como aquella era capaz de inspirar? Misterio es éste irresoluble, ó por lo menos de muy aventurada solución. Baste saber que, al cabo de cuatro meses de efectuado el matrimonio ya éste andaba bastante mal avenido.

— Berta... ¡qué abandonada! — profería el marido — ¡Parece increíble seas mujer decente! ¡Qué arreglo! El chiquero de "La Guardia" está más aseado que esto!

Otro día eran reproches de muy distinto jaez y de matices diversos los que se cruzaban, á manera de aceros afilados entre marido y mujer.

— Cómo te has peripuesto! — silbaba ella — ¡Muy bien la corbata blanca y los botines de charol! Mira... ¡Bien se conoce que no has de salir conmigo!

Y estallaba la tormenta.

Después de aquellos arrebatos brutales en que el cónyuge arrastraba bestialmente á la consorte de los cabellos hasta por sobre las frías baldosas del patio, venía el intenso, el violento desbordamiento amoroso que, uniendo al macho y la hembra en estrechísimo abrazo, los llevaba á embriagadores países fantásticos en alas del más espantoso de los deleites. Y si digo espantoso — prosiguió mi padre sacudiendo la cabeza con aire de convicción — es porque no conozco otro calificativo, ni creo haya posibilidad de encontrarlo, más digno de ser aplicado con justeza á las escenas á diario reproducidas.

En tales ocasiones el más desilusionado de los hombres jurara por su salvación, que aquella pareja enamorada entre sí

hasta la locura, podía servir de ejemplo de apasionamiento conyugal. Más de una vez las lágrimas humedecían también los ojos del marido; y un beso donde bebía con el aliento toda el alma de la esposa, parecía agotar repentinamente su ternura. Extinguida ésta del todo le hacía experimentar, por rechazo, un hastío invencible de caricias. Entonces arrojando como lo hiciera con un fardo á la incontinente y hermosísima dama lejos de sí sobre algún mueble: "¡no te acerques! — la decía — porque te mato! ¡perdida!"; y parapetado detrás de cualquier mueble, sufría luego con aspecto hoscoso de amenazante fiera selvática, el torrente de recriminaciones, amenazas y dicterios que Berta le echaba encima.

— ¡Mira! — le gritaba la mujer sublime de hermosura aterradora — Yo sé tienes un hijo con otra... lo sé muy bien! ¡Guárdalo! ¡Guárdalo! Escóndele como á tus más negras culpas; porque si le hallo en mi camino, le mato! ¡le mato!! ¡le mato!!!

Y escupía al rostro de su marido y arrojaba contra él lo primero que le caía entre las manos.

En ocasiones tales, si el inculpado no pretendía cambiar la dirección de la tormenta ó disolverla echando todo á la broma, la alucinada le saltaba al cuello y trataba de ahogarle clavándole en él las uñas tan violentamente, que hasta el momento mismo en que caía desvanecida sobre algún mueble cercano, ó extenuada ó derrumbada por un golpe del marido, sus dedos de histérica estaban crispados como las garras de un halcón fulminado en el instante mismo en que ase en firme su presa.

Pasada una lamentable crísis de éstas, la vida regular y afectuosísima se restablecía hasta por algunas semanas en aquella desdichada mansión poseída por el demonio inexorcisable de los celos.

Fué en una preciosa tarde de otoño cuando, según mi tío don Francisco, aconcejó él á la pareja buscarse nuevos horizontes á fin de cambiar de vida. Un viaje á Europa fué resuelto de consuno; y don Pedro terminó una de aquellas escenas brutales, llorando sobre el hombro del alcalde, llamándole "salvador", por haberle indicado tal salida; y señalando el día homónimo del en que estaban, en la

semana siguiente, para tomar el buque elegido á fin de trasladar su hogar al otro hemisferio, donde hallarían calma los nervios y confianza en el querer los corazones: único óbice para que fuera eterno idilio la vida de aquellos dos seres apasionados que se adoraban á pesar de sus torpezas. La mujer entre tanto sollozaba. Crispada por el dolor y el nervosismo yacía caída sobre un sofá de donde se levantó transformada de repente hasta ir á desplomarse encima de los hombros del marido. Y fué para cubrir éstos y la cara y la cabeza de besos apasionados; para envolver todo su semblante de bello Hércules con vida en las ondas blandas de la negra y abundosa cabellera; para quedarse, con la cara de iluminada junto á la cara febricitante del esposo mirándolo largamente, bebiéndole la más suprema delicia en el fondo de los ojos rebosantes de ternura á la par que de inquietudes.

— ¡Ah! — gritó de pronto como sintiendo horadado el corazón por un puñal. — Pero... si me engañas... ¡Ay de tí! eres muerto...

Luego se arrojó sentada en un diván y dijo ya algo más tranquilizada y fingien-

do una sonrisa que ponía pena en el alma:

—Mira... puedes tener la seguridad que haré cuanto te prometo : apenas me faltes, sentaré un amante á nuestra misma mesa...

Y alzándose endurecida, volvió á ahogar aturdidamente á fuerza de furiosos besos los labios y los ojos del marido.

Cinco días después de esta escena, sonaba el trueno final de aquel huracán angustioso.

Todo lo más conocido de la población del viejo Montevideo de aquel entonces, corría, sabiendo la sensacional noticia, á la calle Solis para darse cuenta directamente del hecho.

Claudio Lucero hubo de volverse loco, á consecuencia de la para él tan imprevista escena.

Muy feliz pasaba el buen muchacho aquel día en dirección á su casa, á las siete de la tarde, por frente de la lujosa mansión de los Linares, cuando la bonita mu-

jer de éste, desde el balcón, en donde estaba asomada, le dijo riendo con mimo y echando el cuerpo con ademán provocativo hacia adelante:

— Joven ¿quiere usted cenar hoy en intimidad conmigo?

— Pobre señora! — pensó el muchacho — está loca. ¡Qué lástima; tan joven y tan hermosa y tan rica! — Y discurriendo así iba á seguir su camino sin contestar á tan extraña invitación, pero la preciosa dama volvió á chistarle y viendo en su semblante pintada la indecisión, le dijo con aire de convicción irrefragable:

— No lo digo con intenciones perversas, buen muchacho, Es que estoy sola con el sirviente, quien nos servirá la cena: soy dueña de mis acciones; suba usted que no le correrá perjuicio y de seguro no lo pasará usted mal. Suba usted.

El muchacho aunque no conocía la interioridad del hogar de los Linares, sabía bastante bien cuánto eran éstos respetados y queridos en aquella sociedad rigurosa para con los delitos de honor. Por eso, trás de breve duda, subió las escaleras de la casa llevando la imaginación más ocupada por la curiosidad que por las ilu-

siones; pues ni un momento ofendió á la hermosa dama con mal cimentadas esperanzas de galantería.

Una vez arriba, fué recibido con seriedad afectuosa. Bien pronto se dió cuenta del capricho muy extraño aunque inocente de la extravagante señora. Ésta le explicó, haciendo uso del desparpajo más cómico, que sólo por despique al olvido de su esposo, le había hecho el honor de sentarle allí á su mesa; pues quería acompañar la soledad de la hermosa vivienda matrimonial, sobre todo en aquel día aniversario del ya tan lejano de sus malhadados desposorios. Y que ésto lo había hecho con él, como lo habría efectuado con el último de los pasantes que desfilara ante su casa al dar el reloj las siete.

Todo fué explicado con tal soltura y aplomo y tan sin, reparo al oído de los criados, que el muchacho empezó á comer frente á la hermosa, muy puesto ya en su quicio. Contribuía á tenerle más tranquilo el observar la actitud del respetuoso servicio quien le colmaba de agasajos, y á la dama de respeto y atención: hechos que no traslucían un ápice de reproche. La cena pasó, pues, como un relámpago para el encanta-

do mancebo; y el contento y alegría le pusieron radiante la expresión y le ocuparon toda el alma: pero los ojos hermosísimos de la dama eran un valladar más imponente aún por lo que descubrían ocultar y amenazaban, que por cuanto se pudiera temer viniera de fuera de ella. Si nada alentaban á hacer aquellos divinos ojos tampoco nada prohibían: tan seguros estaban ellos de la inmunidad de su dueña.

Así fué que el juvenil y desenvuelto convidado, después de devorar de varios postres gustaba un rico licor, ocupando el asiento de intimidad muy próximo á la dama en el sofá del comedor penumbroso, cuando hizo irrupción en éste la sombra vengadora del estanciero.

Claudio Lucero no se explicaba, un mes después del hecho, convalesciente aún del golpe que recibiera, cómo fué que él salió por el balcón á la calle en vez de tomar la puerta para salir.

En cambio el cuadro que hallaron mi tío y sus compañeros en el comedor de aquella lujosa casa, más bien que el relato palpitante de los criados, sirvió para ilustrarnos ampliamente de todo lo allí ocurrido.

Imagínate un bello aposento adornado por valiosas colgaduras á las que había puesto fuego espléndida lámpara de kerosene rota en cien mil pedazos al derramar su contenido ardiente sobre los tapices valiosos que cobijaban la alcoba. Salían de allí por la puerta como rojas y fluctuantes cabelleras de llamas que empezaban á enredarse en los artesonados del comedor y en los muebles más vecinos. Todo en la casa era desolación y tumulto. Las llamas crecían y se prolongaban con violencia inusitada, cuando á favor de tan aterradora luminaria sacábase de entre el infierno del aposento el cuerpo del que fué Pedro Linares, atravesado el cerebro por el plomo homicida de una bala de revólver. Allí en el comedor entre un grupo de gente horrorizada, veía separado del hermosísimo tronco ya helado, aquella preciosa cabeza de mujer tan violenta cuyos aterciopelados ojos parecían fulgurar, aunque velados por la opacidad de la muerte, la locura de pasión que la arrebató á la tumba por mano de su mismo enamorado consorte. Y de junto al hermoso cuerpo decapitado, retiraron con horror el retrato en miniatura de don Pedro de Li-

nares, joven robusto, inspirado, como pocos años antes de envolver su corazón en aquella onda de fuego. Y el medallón de marfil con labrado marco de oro, permamanecía aún húmedo por el ardiente vaho de los besos de la esposa.

ÍNDICE

El dorado de "Las Piedras" 15
La doma 35
El último tigre 59
Por sacarse los botines 77
Domingo Sustaita 101
Con el alba 139
Para qué sirven las manos 153
Por el anillo 179
Tío Juan 193
Transparencia 231
Las cuatro onzas 243
P'ra fazer muito fogo 279
El capitán Tormenta 301
Con primor y cosa buena 331
Ola de fuego 341